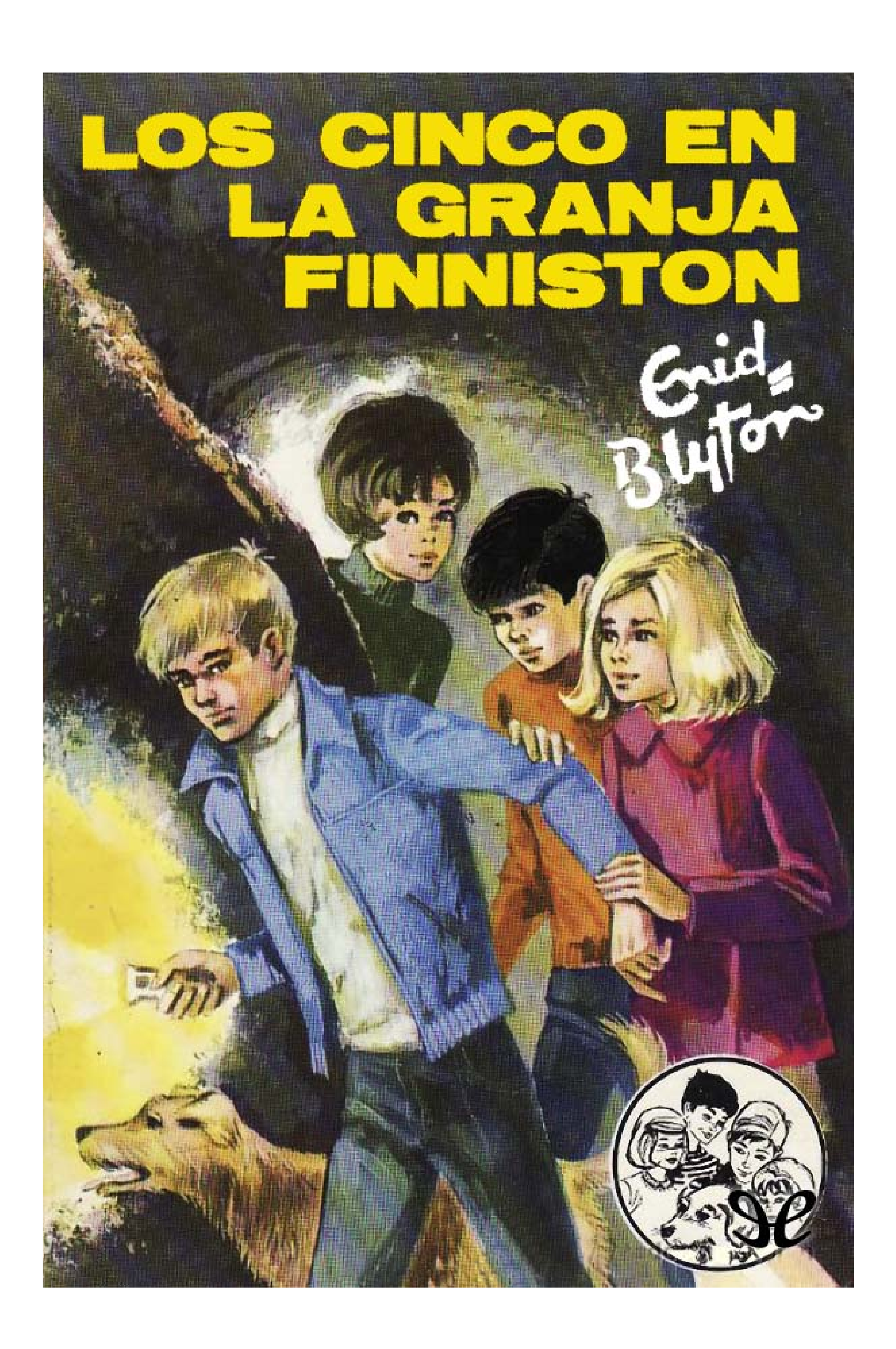

LOS CINCO EN LA GRANJA FINNISTON
Enid Blyton

Los Cinco van de vacaciones a la Granja Finniston, la casa de los Philpot. Allí se alojan también otros dos huéspedes: un codicioso norteamericano obsesionado con apropiarse de los objetos de valor de la casa, y su hijo Junior, un chico maleducado al que pronto *Tim* da un buen escarmiento. Con la ayuda de *Retaco*, el perro de los Philpot, los chicos hallan el sitio donde hace años hubo un castillo que se incendió. Los Cinco, los gemelos Philpot, *Retaco* y la urraca *Nariguda* exploran el lugar sin saber que alguien los espía.



Enid Blyton

Los Cinco en la Granja Finniston

Los Cinco - 18

ePub r1.0
liete 03.06.14

Título original: *Five on Finniston Farm*
Enid Blyton, 1960
Traducción: Mariano Orta Manzano
Ilustraciones: José Correas

Editor digital: liete
ePub base r1.1



LOS CINCO

Enid Blyton



LOS CINCO EN LA GRANJA FINNISTON



Nota especial de Enid Blyton

A mis lectores puede gustarles saber que la Granja Finniston que aparece en este relato es una granja verdadera de Dorset, propiedad de mi familia, aunque, naturalmente, he cambiado su nombre en el libro. La vieja capilla, convertida ahora en granero, sigue todavía allí y tiene, como siempre, una gata con sus gatitos sobre los sacos. El viejo portón traído del castillo normando sigue aún en la granja y lo utilizan como magnífica puerta de la cocina. Las viejas, viejísimas tejas sobre los pajares todavía relucen con su brillante verdín acumulado por los siglos, y la vieja y estrambótica estufa todavía está en la pared del dormitorio, completa, con su bandeja de hierro y sus ascuas para el calentador. Pero la verdad es que todavía no he encontrado la entrada secreta que lleva a los viejos calabozos o bodegas del castillo incendiado y derruido hace mucho tiempo al que pertenecía la capilla. Los famosos Cinco han sido más listos que yo.

Ahora leed el relato, sabiendo que la Granja Finniston existe tal como la he descrito en este libro.



Capítulo I

¡OTRA VEZ ESTÁN JUNTOS LOS CINCO!

—¡Uf! —dijo Julián, secándose la mojada frente—. ¡Qué día! Si nos fuéramos a vivir al Ecuador, estaríamos más frescos que aquí.

Estaba de pie, apoyado en su bicicleta, sin aliento después de haber pedaleado por la empinada cuesta de una colina. Dick le sonrió burlonamente.

—Estás desentrenado, Julián —dijo—. Sentémonos un poco y miremos el paisaje. Estamos a bastante altura.

Apoyaron sus bicicletas en un vallado próximo y se sentaron, con las espaldas descansando sobre las barras más bajas. Por debajo de ellos se extendía la campiña de Dorset, centelleando al sol, la distancia casi perdida en una neblina azul. Una ligera brisa vagaba en torno, y Julián suspiró con alivio.

—Nunca habría hecho este viaje en «bici» si hubiera sabido que iba a hacer tanto calor —dijo—. Menos mal que no ha venido Ana; se habría dado por vencida el primer día.

—A *Jorge* no le habría importado —dijo Dick—. Es lo bastante animosa para hacer lo que quiera que sea.

—Formidable Jorgina —dijo Julián, frotándose los ojos—. Me alegrará ver de nuevo a las chicas. También resulta divertido estar los dos solos, desde luego, pero da la impresión de que únicamente pasan cosas cuando estamos los cuatro juntos.

—Cinco, querrás decir —dijo Dick, echándose el sombrero sobre los ojos—. No te olvides del viejo *Tim*. ¡Qué perro! Nunca he visto otro tan listo. Sí, será divertido encontrarlos a todos. Ten en cuenta que nos queda poco tiempo, Julián. ¡Despierta, muchacho! Si nos echamos ahora a dormir, no llegaremos al pueblo antes que el

autobús donde vienen las chicas.

Julián estaba casi dormido. Dick lo miró y se echó a reír. Luego vio la hora en su reloj e hizo unos cálculos.

«Veamos: Ana y *Jorge* vendrán en el autobús que para en la iglesia de Finniston a las tres y cinco —pensó—. Finniston está a menos de dos kilómetros, al pie de esta colina. Le concederé a Julián quince minutos para que descabece un sueñecito, y espero, ¡por Dios!, no quedarme dormido yo también».

Al cabo de un minuto sintió que los ojos se le cerraban y se levantó inmediatamente y se puso a andar de un lado para otro. Tenían la obligación de encontrar a las dos muchachas y a *Tim*, porque traerían maletas que ellos pensaban transportar en sus bicicletas.

Los cinco iban a residir en un lugar llamado Granja Finniston, situado en una colina próxima al pueblecito de Finniston. Ninguno de ellos había estado allí antes y ni siquiera habían oído hablar de aquel pueblo. Todo había ocurrido porque una vieja amiga de la madre de *Jorge*, que había sido compañera suya de colegio, le había dicho que estaba tomando huéspedes en su casa de campo y le había pedido que hiciera propaganda entre sus amistades. *Jorge* había dicho inmediatamente que le gustaría pasar allí las vacaciones del verano con sus primos.

«Espero que sea un sitio que esté bien —pensó Dick mientras bajaba la mirada hasta el valle donde los trigales ondeaban a impulsos de la leve brisa—. De cualquier modo, sólo estaremos ahí dos semanas, y será divertido estar juntos otra vez».

Miró su reloj. Era hora de marcharse. Zarandeó a Julián.

—¡Eh, tú, despierta!

—Otros diez minutos —balbuceó Julián, tratando de volverse como si estuviera en la cama. Resbaló sobre las barras del vallado y se cayó sobre la dura tierra seca que había debajo. Se incorporó lleno de sorpresa.

—¡Caramba, creí que estaba en la cama! —exclamó—. Palabra: podría seguir durmiendo durante horas.

—Bueno, hay que ir a esperar el autobús —dijo Dick—. He tenido que estar andando todo el tiempo que has estado durmiendo, porque temía quedarme amodorrado yo también. ¡Vamos, Julián,

tenemos que irnos!

—¡Gracias a Dios: hay un sitio donde venden cerveza de jengibre y helados! —dijo Dick, viendo una tiendecita con un cartelón en la ventana—. Me siento capaz de llevar la lengua colgando como hace *Tim*. ¡Tengo tanta sed!

—Busquemos primero la iglesia y la parada del autobús —dijo Julián—. Vi un campanario cuando bajábamos por la colina, pero desapareció cuando llegamos al fondo.

—¡Ahí viene el autobús! —dijo Dick al oír el ronquido de un motor a cierta distancia—. ¡Sí, ahí viene! ¡Sigámoslo!

—¡Van en él Ana… y *Jorge*, mira! —gritó Julián—. Hemos llegado en el momento justo. ¡Hurra, *Jorge*!

El autobús se detuvo en la parada junto a la vieja iglesia, y se apearon Ana y *Jorge*, cada una con una maleta. También salió el viejo *Tim*, con la lengua fuera, muy contento por poder librarse del armatoste caluroso, traqueteante y polvoriento.

—¡Ahí están los chicos! —gritó *Jorge*, y agitó los brazos frenéticamente cuando el autobús se puso de nuevo en marcha—. ¡Julián! ¡Dick! ¡Qué bien que hayáis venido a esperarnos!

Los dos muchachos siguieron avanzando y se bajaron de sus bicicletas mientras *Tim* saltaba en torno de ellos, ladrando como un loco. Dieron unas palmaditas en las espaldas a las muchachas y les sonrieron.

—¡Las mismas de siempre! —dijo Dick—. Tienes una mancha en la barbilla, *Jorge*, y, ¿por qué se te ha ocurrido peinarte con cola de caballo, Ana?

—No eres nada cortés, Dick —dijo *Jorge*, dándole un empujón con la maleta—. Todavía no me explico por qué Ana y yo teníamos tantos deseos de veros de nuevo. Anda, coge mi maleta, ¿o es que no tienes modales?

—Muchísimos —dijo Dick, y agarró la maleta—. No puedo soportar el nuevo peinado de Ana. No me gusta, Ana. ¿Te gusta a ti, Ju? ¡Cola de caballo! Una cola de burro te sentaría mejor, Ana.

—Está bien, está bien… ¡Es que tenía tanto calor en la nuca…! —dijo Ana, soltándose el cabello a toda prisa. Le molestaba que sus hermanos encontrasen en ella alguna falta. Julián le dio un suave pellizco en el brazo.

—Es estupendo veros de nuevo —dijo—. ¿Qué os parecería una cerveza de jengibre y unos helados? Aquí cerca hay una tienda donde los venden. Y de pronto me han entrado unas ganas locas de ciruelas jugosas.

—Todavía no le habéis dicho una sola palabra a *Tim* —dijo *Jorge*, casi ofendida—. Lleva todo el tiempo dándoos saltos y lamiéndoos las manos y ¡tiene tanto calor y tanta sed…!

—Choca la pata, *Tim* —dijo Dick, y *Timoteo* levantó educadamente la pata derecha delantera. Cambió también un apretón de manos con Julián y seguidamente se volvió loco, dando carreras y casi derribando a un niño que iba en bicicleta.

—Vamos, *Tim*, ¿quieres un helado? —preguntó Dick poniendo la mano sobre la gran cabeza del perro—. Me da pena verlo cómo jadea, *Jorge*. Me apuesto algo a que le gustaría correrse la cremallera de su abrigo de pieles y quitárselo. ¿No es verdad, *Tim*?

—¡Guau! —dijo *Tim*, y con la cola fustigó las desnudas piernas de Dick.

Entraron en tropel en la heladería. Era también lechería y panadería. Una niña de unos diez años acudió a servirles.

—Mamá está durmiendo la siesta —dijo—. ¿Qué queréis? Supongo que helados, ¿verdad? Eso es lo que hoy quiere todo el mundo.

—Pues has acertado —dijo Julián—. Uno grande para cada uno, por favor, cinco en total, y cuatro botellas de cerveza de jengibre también.

—¿Cinco helados? ¿Es que queréis también uno para el perro? —preguntó la niña, sorprendida, mirando a *Tim*.

—¡Guau! —dijo el perro inmediatamente.

—¿Lo estás viendo? —dijo Dick—. Ha dicho que sí.

A los pocos momentos, los Cinco estaban tomando sus helados, *Timoteo* lamiéndolo sobre un platillo. Había dado pocos chupetones cuando el helado se le escapó del platillo y *Tim* fue persiguiéndolo por toda la tienda a medida que se iba alejando con sus vigorosos lametones. La niña lo miraba, fascinada.

—Tengo que presentar disculpas por sus maneras —dijo Julián solemnemente—. No lo han educado muy bien.

Jorge le lanzó una mirada llameante. Julián le sonrió

burlonamente y abrió su botella de cerveza de jengibre.

—Fuerte y fresca —dijo—. ¡Porque pasemos aquí una feliz quincena! —Bebió la mitad del vaso a una velocidad máxima y lo soltó con un gran suspiro—. ¡Dios bendiga a la persona que inventó los helados, la cerveza de jengibre y todo lo demás! —dijo—. Por mi parte, algún día inventaré cosas como éstas y no bombas y cohetes. ¡Uf, me siento mucho mejor ahora! ¿Y vosotras, qué decís? ¿Os sentís con fuerzas para ir a buscar la granja?

—¿La granja de quién? —preguntó la niña, al mismo tiempo que salía desde detrás del mostrador para recoger el platillo de *Tim*. El perro le dio un lametón amplio, húmedo y cariñoso cuando ella se agachó.

—¡Oh! —dijo la niña, rechazando al perro—. Me ha lamido toda la cara.

—Probablemente ha creído que eras un helado —dijo Julián alargándole la servilleta para que se secara la mejilla—. La granja adonde queremos ir se llama Granja Finniston, ¿la conoces?

—¡Oh, sí! —dijo la niña—. Bajáis por la calle del pueblo rectos hasta el final y torcéis a la derecha en el caminito que hay allí. La casa de la granja está al final del camino. ¿Vais a quedaros con los Philpots?

—Sí. ¿Los conoces? —preguntó Julián, sacando algún dinero para pagar la cuenta.

—Conozco a los gemelos —dijo la niña—. Los dos Enriques. Claro que no los conozco muy bien, nadie los conoce. Están tan unidos, que no se hacen de amigos. Habréis de tener cuidado con su abuelo; es un hombre terrible. Una vez estuvo peleando con un toro furioso y lo tumbó. Y tiene una voz que se oye a varios kilómetros. A mí me daba miedo de ir cerca de la granja cuando era más pequeña. Pero la señora Philpot es muy buena. También el padre de los gemelos es muy buena persona; sus hijos le ayudan a trabajar en el campo durante las vacaciones. No podréis distinguir al uno del otro. ¡Se parecen tanto!

—¿Por qué los llamas los dos Enriques? —preguntó Ana con curiosidad.

—¡Oh, porque los dos…! —empezó a decir la niña, y se interrumpió cuando una mujer regordeta entró presurosa en la

tienda.

—Juanita, vete a cuidar de la niña. Yo me encargaré de la tienda. Date prisa.

La niña echó a correr y cruzó la puerta.

—¡Es más habladora…! —dijo su madre—. ¿Quieren ustedes algo más?

—No, gracias —dijo Julián, poniéndose en pie—. Tenemos que irnos. Como nos vamos a quedar en la Granja Philpot, ya vendremos por aquí alguna que otra vez. Nos han gustado los helados.

—¡Ah!, ¿conque van ustedes allí? —dijo la mujer regordeta—. A ver qué tal se llevan con los Enriques. Y tengan cuidado con el abuelo: tiene más de ochenta años, pero todavía puede dar un buen mamporro a cualquiera que lo moleste.

Los Cinco salieron de nuevo a la luz abrasadora del sol. Julián dirigió una sonrisa a los demás.

—Bueno, vamos a conocer a la buena señora Philpot, a los huraños Enriques, quienesquiera que sean, y al temible abuelito. Parece una casa interesante, ¿verdad?

Capítulo II

GRANJA FINNISTON

Los cuatro niños, con *Tim* trotando junto a ellos, bajaron por la tórrida y polvorienta calle del pueblo hasta que llegaron al final, y entonces vieron el camino que torcía a la derecha, tal como les había dicho la niñita.

—Esperad un momento —dijo Ana, deteniéndose frente a una rara tiendecita al final de la calle del pueblo—. Mirad qué tienda tan curiosa: vende antigüedades. Mirad esas viejas herraduras de bronce; me gustaría tener una o dos. Y ved qué grabados tan bonitos y tan antiguos.

—¡Oh, no, no ahora, Ana! —dijo Julián con un gruñido—. Esta repentina y desagradable manía tuya por los baratillos lleva durando ya demasiado tiempo. Herraduras. Ya tienes montones. Si te crees que vamos a entrar en ese oscuro y maloliente tenducho y…

—No digo que vaya a entrar ahora —interrumpió Ana presurosamente—. Pero parece muy excitante. Ya bajaré yo algún día sola y curiosearé. —Miró el nombre que figuraba en el letrero de la tienda—. William Finniston. ¡Qué divertido tener el mismo nombre que el pueblo! Me pregunto si…

—¡Oh, vamos ya, Ana! —dijo *Jorge* impacientemente, y *Tim* le tiró de la falda. Ana lanzó una última mirada al fascinante escaparate de la tiendecita, y corrió tras los demás, formándose el propósito de escabullirse algún día ella sola a la tienda.

Subieron el serpenteante sendero en cuyos bordes rojas amapolas se balanceaban a la brisa, y al cabo de un rato avistaron la casa de campo. Era una casa grande, de tres pisos, con las

paredes encaladas, y las ventanas, más bien pequeñas, correspondían a la época en que fue construida. Rosas rojas y blancas pasadas de moda se desplegaban en el porche, y la vieja puerta de madera estaba abierta de par en par.

Los Cinco se detuvieron ante la gastada losa del umbral y miraron hacia el vestíbulo en penumbra. Había allí una vieja cómoda de madera y una silla tallada. Una alfombra más bien deshilachada yacía sobre el suelo de piedra, y un reloj de pared lanzaba su tictac lento y ruidoso.

En algún sitio ladró un perro, y *Tim* contestó inmediatamente al ladrido.

—¡Guau, guau!

—Cállate, *Tim* —dijo *Jorge* secamente, temerosa de que pudiera echárseles encima una horda de perros guardianes. Buscó con la vista un timbre o un llamador, pero no pudo ver ni uno ni otro.

Entonces Dick descubrió una manija de hierro hermosamente forjada que colgaba del techo del porche. ¿Podría ser una campana?

Tiró de ella e inmediatamente una campana sonó muy ruidosa en alguna parte de las profundidades de la casa de campo. Todos se sobresaltaron. Permanecieron en silencio aguardando que acudiera alguien. Luego oyeron pasos y dos niños aparecieron en el vestíbulo.

¡Eran exactamente iguales! «Los gemelos más gemelos que he visto nunca», pensó Ana, estupefacta. Julián sonrió con su más amistosa sonrisa.

—Buenas tardes; somos los Kirrins; espero que… bueno, que ustedes nos estarán esperando.

Los gemelos se quedaron mirándolo sin sonreír. Asintieron al mismo tiempo.

—Vengan por este camino —dijeron los dos, y volvieron a internarse en el vestíbulo. Los otros cuatro se miraron unos a otros sorprendidos.

—¿Por qué son tan envarados y altivos? —susurró Dick, poniendo una cara parecida a la de los gemelos.

Ana soltó una risita. Siguieron a los gemelos, que iban vestidos exactamente iguales con pantalones cortos y camisas de marinero. Atravesaron el largo vestíbulo, pasaron junto a una escalera,

doblaron por un oscuro rincón y entraron en una enorme cocina que indudablemente se utilizaba también como sala de estar.

—¡Los Kirrins, mamá! —dijeron los gemelos al mismo tiempo, e inmediatamente desaparecieron por otra puerta, hombro con hombro.

Los niños se encontraron frente a una mujer de aspecto agradable, de pie junto a una mesa, con las manos blancas de harina. Sonrió y luego soltó una risita.

—¡Oh, queridos míos! No os esperaba tan pronto. Perdonad que no pueda daros la mano, pero precisamente estaba haciendo pastelillos para vuestro té. Me alegro mucho de veros. ¿Habéis tenido un buen viaje?

Resultaba agradable oír su voz acogedora y ver su amplia sonrisa. Los Cinco le tomaron simpatía en seguida. Julián soltó la maleta que llevaba y lanzó una mirada circular por la estancia.

—¡Qué sitio más antiguo y más bonito! —dijo—. Usted siga con sus pastelillos, señora Philpot; nosotros ya nos arreglaremos. Simplemente díganos adónde tenemos que ir. Es usted muy amable teniéndonos aquí.

—Es cosa que me alegra mucho —dijo la señora Philpot—. Espero que tu tía te diría que la granja no va muy bien y por eso ella amablemente os ha enviado aquí para pasar dos semanas. Tengo también otros huéspedes: un americano y su hijo, así es que estoy bastante ocupada.

—Bueno, no necesita usted preocuparse mucho por nosotros —dijo Dick—. En realidad, podríamos acampar afuera, en un pajar, si usted quiere, o en un granero. Estamos acostumbrados a cosas peores.

—Bueno, eso podría ser una solución —dijo la señora Philpot, que siguió amasando—. Tengo un dormitorio que estará muy bien para las niñas, pero me temo que vosotros, los muchachos, tendréis que compartir la habitación con el muchacho americano… y… bueno, puede que no os resulte simpático.

—¡Oh, espero que nos arreglaremos perfectamente! —dijo Julián—. Pero mi hermano y yo desde luego preferiríamos estar solos, señora Philpot. ¿Qué le parece poner unos catres o algo por el estilo en un granero? A nosotros nos gustaría mucho.

Ana miró el rostro amable y cansado de la señora Philpot y de pronto sintió lástima de ella. ¡Qué espantoso que el hogar propio tenga que ser invadido por personas extrañas, sean simpáticas o no! Se acercó a ella.

—Usted nos dice a Jorgina y a mí en qué podríamos ayudarla —dijo—. Usted ya sabe: hacer las camas, limpiar el polvo y cosas como esas. Estamos acostumbradas a hacer cosas en casa, y…

—Voy a disfrutar mucho teniéndoos aquí —dijo la señora Philpot mirándolos a todos—. Y no necesitaréis ayudar mucho. Los gemelos trabajan bastante, demasiado quizá, Dios los bendiga, porque ayudan también en la granja. Bueno, ahora subid la escalera hasta la parte más alta de la casa, y allí veréis dos dormitorios, uno a cada lado del rellano; el de la mano izquierda es para vosotras, niñas; el otro es donde duerme el muchacho americano. En cuanto a vosotros, muchachos, podéis echar una ojeada al granero y ver si os gustaría que os pusiesen allí dos catres. Diré a los gemelos que os acompañen.

En aquel momento regresaron los gemelos y se quedaron silenciosamente hombro con hombro, tan idénticos como guisantes. *Jorge* los miró.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a uno de los gemelos.

—Enrique —fue la respuesta.

Se volvió hacia el otro.

—¿Y tú?

—Enrique.

—Pero seguramente no tendréis los dos el mismo nombre —exclamó *Jorge*.

—Bueno, hay que explicarlo —dijo su madre—. Cuando nacieron llamamos al varón Enriquito, y se convirtió en Enrique, naturalmente, y a la hembra la llamamos Enriqueta, y ella se hace llamar Enrique para abreviar; así es que todo el mundo les dice los dos Enriques.

—¡Pensé que los dos eran niños! —dijo Dick, atónito—. ¡Yo no podría distinguir quién es quién!

—Bueno, ellos tienen el deseo de ser iguales —dijo la señora Philpot—, y como Enriquito no puede tener cabello largo como una muchacha, Enriqueta tiene que tener el cabello corto para ser como

Enrique. Muchas veces ni yo misma los distingo.

Dick soltó una risita.

—Es curioso cómo algunas niñas quieren ser niños —dijo mirando intencionadamente a *Jorge*, quien a su vez le lanzó una mirada furiosa.

—Gemelos, id y enseñadles a los Kirrins los dormitorios de arriba —dijo la señora Philpot—, y luego llevad a los muchachos al granero grande. Pueden quedarse con los catres viejos si les gusta el aspecto del granero.

—Nosotros dormimos allí —dijeron los Enriques a coro, y se enfurruñaron exactamente igual que *Jorge*.

—Bueno, no debéis hacerlo —dijo su madre—. Ya os dije que llevarais vuestros colchones a la habitacioncita junto al establo.

—Allí hace demasiado calor —dijeron los gemelos.

—Mirad, nosotros no queremos molestaros —dijo Julián, comprendiendo que los gemelos estaban de muy mal humor—. ¿No podríamos dormir nosotros en la habitacioncita del establo?

—De ninguna manera —dijo la señora Philpot, quien lanzó a los Enriques una mirada de advertencia—. Hay sitio para todos vosotros en el granero grande. Vamos, gemelos, haced lo que os digo, llevad a los cuatro a los dormitorios de arriba, con las maletas, y luego al granero.

Los gemelos fueron a agarrar las maletas, todavía con expresión enfurruñada. Dick se interpuso entre ellos y el equipaje.

—Nosotros las llevaremos —dijo secamente—. No queremos molestaros más de lo que sea indispensable.

Y él y Julián agarraron una maleta cada uno y caminaron en pos de los Enriques, que repentinamente parecían haberse quedado sorprendidos. *Jorge* siguió con *Tim*, más divertida que enfadada. Ana se acercó a recoger una cuchara que se le había caído a la señora Philpot.

—Gracias, querida —dijo la señora Philpot—. Mira, no os enfadéis con las cosas de los gemelos. Son una pareja rara, pero de buen corazón. Sencillamente es que no les gusta ver a extraños en su casa, eso es todo. Habéis de prometerme que no les haréis caso. Quiero que seáis felices aquí.

Ana miró el rostro amable y cansado de la mujer que estaba

junto a ella y sonrió.

—Le prometemos no preocuparnos de los gemelos si usted promete no preocuparse de nosotros —dijo—. Estamos acostumbrados a componérnoslas, mire usted, sinceramente, estamos más que acostumbrados. Y, por favor, díganos en cualquier momento lo que quiera que le hagamos.

Salió de la cocina y empezó a subir por la escalera. Los otros estaban ya en uno de los dos dormitorios en la parte alta de la casa. Era una habitación bastante grande, encalada, con una ventanita demasiado pequeña y el suelo de madera. Julián se quedó mirando los listones sobre los cuales estaba de pie.

—¡Qué estupendo! ¡Mirad la madera de que está hecho este suelo: roble viejo y sólido, enblanquecido por el paso de los años! Estoy seguro de que esta casa de campo debe de ser muy antigua. Y mirad las vigas que sobresalen de las paredes y sostienen el tejado. ¡Vaya, gemelos, es una hermosa y vieja casa la vuestra!

Los gemelos inclinaron la cabeza para asentir los dos al mismo tiempo.

—Parece como si os hubieran dado cuerda a los dos: decís las mismas palabras al mismo tiempo, andáis cogiéndoos el paso, inclináis las cabezas simultáneamente —dijo Dick—. Pero, digo yo, ¿sonreís alguna vez?

Los gemelos lo miraron con disgusto. Ana le dio con el codo a Dick.

—¡Ya está bien, Dick! No los molestes. Quizás ahora quieran enseñaros el granero. Mientras tanto, nosotras desempaquetaremos algunas prendas limpias que os hemos traído en nuestras maletas y bajaremos a llevároslas cuando hayamos terminado.

—Está bien —dijo Dick, y él y Julián salieron de la habitación.

Enfrente, con la puerta abierta, estaba la otra habitación que servía de dormitorio al muchacho norteamericano. Estaba tan desordenada, que Dick no tuvo más remedio que exclamar:

—¡Uf, no sé cómo puede poner tanto desorden en su cuarto!

Él y Julián empezaron a bajar por la escalera, y Dick se volvió para ver si los Enriques los seguían. Los vio parados en el rellano, cada uno de ellos dirigiendo el puño cerrado, en señal de furia, hacia la puerta de la habitación del muchacho americano. ¡Y qué

expresión tan furiosa había también en sus rostros!

«¡Vaya! —pensó Dick—. Los Enriques miran con antipatía a alguien; esperemos que no la tomen también con nosotros».

—Bueno, vamos al granero —dijo en voz alta—. No te apresures tanto, Ju. Espera a los gemelos; están discutiendo si deben guiarnos o no.

Capítulo III

EN EL GRANERO

Los gemelos salieron de la casa de campo y condujeron a los dos muchachos, dando la vuelta al establo, hasta llevarlos a un enorme granero. Uno de ellos abrió la gran puerta.

—¡Caramba! —dijo Julián, mirando el granero en penumbra—. No he visto en toda mi vida un granero tan hermoso. Es tan viejo como las montañas. Mira esas vigas que sostienen el tejado: me recuerdan en cierto modo a una catedral. Me pregunto por qué pusieron el techo tan alto. ¿Qué almacenáis aquí, gemelos?

—Sacos de harina —dijeron los Enriques al unísono, abriendo y cerrando sus bocas simultáneamente. Los dos muchachos vieron un par de camas de campaña en un rincón del granero.

—Mirad —dijo Julián—, si realmente preferís dormir aquí solos, nosotros dormiremos en la habitacioncita junto al establo de la que habló vuestra madre.

Antes de que los gemelos pudiesen contestar, llegó un agudo ladrido desde las camas, y los muchachos vieron un diminuto perro de aguas negro que estaba allí en pie temblándole todos los pelos.

—¡Qué cosita más graciosa! —dijo Julián—. ¿Es vuestro, gemelos? ¿Cómo se llama?

—*Retaco* —fue la respuesta de ambos a la vez—. ¡Ven aquí, *Retaco*!

Inmediatamente el diminuto perrillo de aguas se separó de las camas y corrió hacia ellos. Dio vueltas alrededor de todos, ladrando alegremente, lamiendo por turnos a cada uno. Dick lo cogió en brazos, pero los gemelos inmediatamente le arracaron a *Retaco*.

—¡Es nuestro perro! —dijeron, tan indignadamente, que Dick

retrocedió.

—Está bien, está bien, quedaos con él. Pero tened cuidado de que no lo devore *Tim* —dijo Dick.

En las caras de los Enriques se pintó una expresión de temor, y se volvieron uno hacia otro angustiadamente.

—No pasa nada —se apresuró a decir Julián—. *Tim* es cariñoso con los animalitos. No necesitáis preocuparos. Lo que yo digo es: ¿por qué tenéis que ser tan ariscos? Realmente no os perjudicaría nada mostraros un poco más amables. Y podéis seguir durmiendo en vuestro sitio; a nosotros realmente no nos importa.

Los gemelos volvieron a mirarse como si cada uno quisiera leer los pensamientos del otro, y luego se volvieron gravemente hacia los muchachos con un aire que ya no era tan adusto.

—Dormiremos todos aquí —dijeron—. Vamos a buscar los otros catres.

Y se marcharon con *Retaco* corriendo excitadamente tras sus talones.

Julián se rascó la cabeza.

—Estos gemelos me hacen sentirme raro —dijo—. En cierto modo me parece que no son completamente reales. La manera como se mueven y hablan juntos me los hace ver como muñecos o algo por el estilo.

—Lo que pasa es que son terriblemente huraños y desconfiados —dijo Dick con rudeza—. Bueno, no tendrán mucho trato con nosotros. Propongo que exploremos la granja mañana. Parece que es bastante grande; por todas partes llega hasta las faldas de las colinas. Me pregunto si podríamos darnos un paseíto en tractor.

En aquel momento el tañido de una campana llegó desde la dirección de la casa.

—¿Para qué será eso? —dijo Dick—. Espero que sea para el té.

Los gemelos regresaron en aquel instante con dos catres más que procedieron a colocar lo más lejos posible de los suyos. Dick se acercó para echar una mano, pero ellos lo rechazaron con un ademán y montaron las camas muy eficaz y rápidamente.

—El té está dispuesto —dijeron, enderezándose cuando las camas estuvieron terminadas y puestas las sábanas y almohadas—. Os indicaremos donde podéis lavaros.

—Gracias —dijeron Dick y Julián simultáneamente, y luego se sonrieron uno a otro.

—Será mejor que tengamos cuidado —dijo Julián—, o se nos pegará su costumbre de hablar exactamente en el mismo momento. Fíjate lo divertido que es el perrillo; mira cómo persigue a esa urraca.

Una urraca negra, cuyo cogote aparecía gris mientras corría frente a *Retaco*, había emprendido el vuelo desde algún sitio del techo del granero. Mientras *Retaco* se afanaba en perseguirla, ella se ocultaba tras los sacos, se escabullía por los rincones y hacía bailar tanto al perrito, que los dos muchachos estallaron en carcajadas. Incluso los gemelos sonrieron.

—¡Chack! —graznó la urraca, y se elevó por el aire. Se posó limpiamente en la espalda del perrillo, y *Retaco* se volvió loco de furia y se puso a correr por el granero a una velocidad frenética.

—¡Revuélcate, *Retaco*! —gritaron los Enriques, y *Retaco* inmediatamente se tumbó boca arriba, pero la urraca, con un triunfante «chack», se levantó por el aire y vino a posarse en la cabeza de uno de los gemelos.

—Pero… ¿está domesticada? —preguntó Dick—. ¿Cómo se llama?

—*Nariguda*. Es nuestra. Se cayó por una chimenea y se rompió un ala —dijeron los gemelos—. La cuidamos hasta que se puso bien, y ahora ya no quiere dejarnos.

—¡Cielos! —dijo Dick, mirándolos boquiabierto—. ¿De verdad habéis hecho vosotros todo eso o ha sido la urraca? Al fin y al cabo, sabéis hablar como Dios manda.

Nariguda dio un picotazo en la oreja del gemelo que tenía a su lado, y el gemelo lanzó un grito.

—¡Estáte quieta, *Nariguda*!

La urraca se levantó por el aire con un «chack-chack-chack» que sonaba casi lo mismo que una carcajada, y desapareció en algún sitio del techo.

En aquel momento las dos niñas vinieron para buscar a los muchachos en el granero, enviadas por la señora Philpot, que estaba segura de que no habían oído la campana. Naturalmente *Tim* venía con ellas, husmeando todos los rincones, disfrutando por

doquier con los olores propios de una granja. Llegaron al granero y entraron.

—¡Ah, estáis aquí! —exclamó Ana—. La señora Philpot dijo que viniéramos…

Tim empezó a ladrar y Ana se interrumpió. El perro había visto a *Retaco* husmeando entre los sacos, buscando todavía a la revoltosa urraca. *Tim* se detuvo y se quedó mirando. ¿Qué podía ser aquel divertido animalito negro? Lanzó otro ruidoso ladrido y se precipitó hacia el perrito de aguas, que exhaló un gemido de terror y corrió a refugiarse en los brazos de uno de los gemelos.

—Llevaos vuestro perro —dijeron ambos gemelos impetuosamente, mirando a los cuatro.

—No pasa nada, no va a hacerle daño al perrito —dijo *Jorge*, avanzando hacia *Tim* y agarrándolo por el collar—. De verdad que no le hará nada.

—¡LLEVAOS VUESTRO PERRO! —gritaron los gemelos, y desde alguna parte del techo la urraca lanzó con el mismo ímpetu:

—¡CHACK, CHACK, CHACK!

—Está bien, está bien —dijo *Jorge* con miradas tan llameantes e irritadas como las de los gemelos—. Vente, *Tim*. Ese perrillo de aguas no sería para ti más que un bocado.

Regresaron todos a la casa de campo en silencio. *Retaco* se quedó en uno de los catres de los gemelos. Se alegraron al entrar en la inmensa y fresca cocina. El té estaba ya servido en la mesa de la casa de campo, una mesa grande y sólida de viejo y lustroso roble. Alrededor de la misma estaban colocadas las sillas, y todo tenía un aspecto muy hogareño.

—Pastelillos calientes —dijo *Jorge*, levantando la tapadera de una fuente—. Nunca creí que pudieran gustarme pastelillos calientes en un día de verano, pero éstos parecen maravillosos. Están chorreando mantequilla. Justamente como a mí me gustan.

Los cuatro se quedaron mirando los pastelillos de fabricación casera, los bizcochos y la gran tarta de fruta. Miraron los platos de mermelada casera y la gran fuente de ciruelas maduras. Luego miraron a la señora Philpot, que estaba sentada detrás de una grandísima tetera e iba llenando las tazas de té.

—No debe usted mimarnos, señora Philpot —dijo Julián,

pensando que realmente su anfitriona estaba excediéndose—. Por favor, no permita que la hagamos trabajar demasiado.

Una voz ruidosa y dominante hizo que todos se sobresaltaran. Sentado en un gran sillón de madera cerca de la ventana había alguien a quien no habían visto: un corpulento anciano con una melena de cabello blanco como la nieve y una poblada barba blanca que le caía casi hasta la cintura. Sus ojos resultaban sorprendentemente brillantes al mirar enfadado a los jóvenes.

—¡DEMASIADO TRABAJO! ¿Qué estáis diciendo? ¿DEMASIADO TRABAJO? Ja, ja, hoy día la gente no sabe lo que es trabajar, no lo sabe. No hace más que criticar, criticar, CRITICAR, pidiendo esto y esperando aquello. Una vergüenza, digo yo.

—Vamos, vamos, abuelo —dijo la señora Philpot cariñosamente —. Usted tómese su té y descanse. Ha estado trabajando todo el día en la granja y eso es demasiado para su edad.

El anciano volvió a sulfurarse ante aquellas palabras.

—¡DEMASIADO TRABAJO! Permitidme que os diga algo. Cuando yo era un muchacho, recuerdo… ¡caramba!, ¿quién es éste?

Era *Tim*. Sorprendido por el repentino bocinazo del anciano, se había erguido sobre sus cuatro patas, reprimiendo un sordo gruñido en la garganta. Y luego había ocurrido una cosa muy curiosa.

Tim caminó lentamente hacia el terrible anciano, se quedó en pie junto a él y puso la cabeza suavemente sobre su rodilla. Todo el mundo se quedó mirando atónito, y *Jorge* apenas podía creer lo que veía.

Al principio el anciano no echó cuenta. Se limitó a dejar que *Tim* estuviese allí y continuó vociferando.

—Hoy día nadie sabe nada. No saben distinguir una buena oveja, un buen toro o un buen perro. Lo único que saben…

Tim movió un poco la cabeza, y el anciano se interrumpió de nuevo. Bajó la mirada hasta *Tim* y le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Porque éste sí que es un perro, un perro de verdad. Un perro que podría ser el mejor amigo que tuviese hombre alguno. ¡Ah, me recuerda a mi viejo *Fiel*, me lo recuerda!

Jorge miraba a *Tim* estupefacta.

—Es una cosa que no ha hecho nunca —dijo.

—Todos los perros se comportan así con abuelito —dijo la señora Philpot dulcemente—. No os preocupéis por sus voces. Es su manera de hablar. Ahora vuestro perro está echado junto al abuelo y los dos se sienten felices. El abuelo tomará su té y se quedará callado y tranquilo. No le hagáis caso ahora.

Todavía atónitos, los niños tomaron un té maravilloso, y pronto estaban hablando animadamente con la señora Philpot, haciéndole preguntas sobre la granja.

—Sí, desde luego, podréis ir en el tractor. Y tenemos también un viejo «Land-Rover»; podréis dar una vuelta en él por la granja, si os apetece. Esperad hasta que venga mi marido; él os dirá lo que tenéis que hacer.

Nadie vio cómo una sombrita negra se asomaba a la puerta y se deslizaba quedamente hasta el abuelo. Era *Retaco*, el perrillo de aguas. Había abandonado el granero y venía a la cocina que tanto le gustaba. Sólo cuando la señora Philpot se volvió para preguntarle al anciano si quería otra taza de té, vio un espectáculo realmente muy extraño. Dio con el codo a los gemelos y éstos se volvieron a mirar.

Vieron a *Tim* tendido apaciblemente sobre los grandes pies del abuelo, y a *Retaco*, el perrito, tendido entre las grandes patas delanteras de *Tim*. Desde luego era un espectáculo asombroso.

—El abuelo se siente ahora feliz —dijo la señora Philpot—. Dos perros a sus pies. ¡Ah, ya está aquí mi marido! Entra, Trevor; estamos todos aquí, y también los perros.

Capítulo IV

JUNIOR

Entró en la cocina un hombre corpulento que se parecía mucho a los dos gemelos. Iba un poco encorvado y tenía aire de cansancio. No sonrió; se limitó a saludar con una inclinación de cabeza.

—Trevor, aquí están los visitantes de que te hablé —dijo la señora Philpot—. Mira, éste es Julián y…

—¿Más visitantes? —dijo Trevor con un gruñido—. ¡Cielo santo, qué cantidad de chiquillos! ¿Dónde está ese niño americano? Tengo que darle un buen tirón de orejas. Esta mañana trató de poner en marcha el tractor por su cuenta y…

—¡Oh, Trevor, no te preocupes ahora de eso! Lávate las manos y toma tu té —dijo la señora Philpot—. Te he guardado algunos de tus pastelillos preferidos.

—No quiero té ninguno —dijo su marido—. No puedo quedarme sino para tomar una taza, y la tomaré en el establo. He de ir a ver cómo ordeñan. Bob no está hoy.

—¡Nosotros ayudaremos, papá! —dijeron los gemelos, hablando juntos, como de costumbre, y se levantaron inmediatamente de la mesa.

—No, vosotros os sentáis —dijo su madre—. Estáis en pie desde las siete de la mañana. Sentaos y acabad vuestro té con tranquilidad.

—Me vendría bien vuestra ayuda, gemelos —dijo su padre mientras se encaminaba hacia la puerta para ir al establo—, pero ahora vuestra madre tiene tanta faena, que os necesitará más que yo.

—Señora Philpot, deje usted que los gemelos vayan, si quieren

—dijo Julián inmediatamente—. Nosotros podemos ayudar; ya sabe usted que estamos acostumbrados a ayudar en casa.

—Y, lo que es más, nos gusta hacerlo —dijo Ana—. Déjenos usted, señora Philpot; nos sentiremos entonces mucho más como en casa. ¿No podríamos quitar la mesa, fregar los platos y todo lo demás mientras los gemelos ayudan a ordeñar?

—¡DEBES DEJARLAS QUE AYUDEN! —gritó de pronto el abuelo desde su rincón, haciendo que *Tim* y *Retaco* se pusieran en pie, sobresaltados—. ¿PARA QUÉ VAN A SERVIR LOS NIÑOS DE HOY DÍA, SI SE LO ENCUENTRAN TODO HECHO?

—Vamos, vamos, abuelo —dijo la pobre señora Philpot—. No empiece a preocuparse. Nos podremos arreglar muy bien.

El anciano soltó un ruidoso bufido y dio un palmetazo con la mano sobre el brazo del sillón.

—LO QUE YO DIGO ES ESTO…

Pero no siguió hablando, porque en el vestíbulo se pudo oír el sonido de pasos que se dirigían hacia la cocina, y ruidosas voces norteamericanas se acercaban más y más.

—Mira, papá, tengo que ir contigo. Éste es un sitio aburridísimo. Debes llevarme a Londres contigo. Tienes que hacerlo, papá.

—¿Son esos los americanos? —preguntó Dick volviéndose hacia los gemelos.

Las caras de éstos se habían ensombrecido como la tempestad. Asintieron. Entró un hombre corpulento que causaba un efecto raro con su elegante traje de ciudad, y un niño gordo de unos once años. El padre se detuvo a la puerta y miró en torno frotándose las manos.

—¡Hola, gente! Hemos estado en el viejo poblacho y hemos comprado unos recuerdos estupendos, tan baratos como si fueran basura. ¿Llegamos tarde al té? ¡Vaya!, ¿quiénes son todos estos críos?

Dirigió una sonrisa circular a Julián y a los otros. Julián se puso en pie cortésmente.

—Somos cuatro primos —dijo—. Hemos venido a residir aquí.

—¿A residir aquí? ¿Y dónde vais a dormir entonces? —preguntó el niño, empujando una silla hacia la mesa—. Aquí no hay nada de nada, ¿verdad, papá?, ni piscina, ni…

—Cállate —dijeron los gemelos al mismo tiempo, y le lanzaron una mirada tan llameante, que Ana se quedó atónita.

—Bueno, yo puedo decir lo que me parezca, ¿no? —replicó el niño—. ¿No dicen que éste es un país libre? Me río yo. ¡Tendríais que ver América! Eso sí que es algo. Señora Philpot, déme un pedazo de esa tarta, me parece que no está mal.

—¿NO PUEDE USTED DECIR POR FAVOR? —tronó una voz desde la esquina. Naturalmente, era el abuelo. Pero el niño no hizo caso y se limitó a alargar su plato mientras la señora Philpot le cortaba una enorme tajada de tarta.

—Yo tomaré lo mismo que Junior, señora Philpot —dijo el americano, sentándose a la mesa. Alargó su plato también.

—Tendrán ustedes que ver las cosas que hemos comprado. Hemos tenido un buen día, ¿verdad, Junior?

—Formidable, papá —dijo Junior—. Oiga, ¿no podríamos tomar algo helado? ¿A quién se le ocurre tomar té caliente en un día como éste?

—Te traeré una naranjada fría —dijo la señora Philpot levantándose.

—¡DÉJALO QUE VAYA ÉL! ¡DESVERGONZADO!

Naturalmente, era otra vez el abuelo. Pero los gemelos ya se habían puesto en pie y habían ido a buscar la naranjada. *Jorge* les miró las caras cuando pasaron a su lado, y se estremeció de sorpresa. ¡Cielo santo, qué antipatía tan grande le tenían los gemelos a aquel chiquillo!

—Este abuelo de ustedes debe de ser una molestia para todos, ¿verdad? —dijo el americano en voz baja a la señora Philpot—. Siempre metiendo la pata, ¿verdad? Un viejo muy gruñón.

—¡NO SE PONGA USTED AHORA A CUCHICHEAR! —gritó el abuelo—. ¡NO SE ME ESCAPA NI UNA SOLA PALABRA!

—Vamos, vamos, abuelo, no se enfade —dijo la pobre señora Philpot—. Siéntese cómodo ahí y duerma un poco.

—No, me voy otra vez —dijo el abuelo levantándose—. Hay cierta gente que me pone enfermo.

Y se marchó, apoyándose en su bastón; una figura magnífica con su cabeza cubierta de cabello blanco como la nieve y su larga barba.

—Como alguien del Antiguo Testamento —dijo Ana a Dick.

Tim se incorporó y siguió al anciano hasta la puerta, con *Retaco* oliéndole la cola. Junior vio a *Tim* inmediatamente.

—¡Caramba, vaya un perrazo! —dijo—. ¿Quién es? No lo he visto antes. ¡Eh, tú, ven aquí y toma un bocado!

Tim no le hizo el menor caso. *Jorge* se dirigió a Junior con una voz helada:

—Ése es mi perro *Timoteo*. No permito que nadie le dé nada de comer si no soy yo.

—¡Pamplinas! —dijo Junior, y arrojó el trozo de tarta al suelo, que fue a caer entre los pies de *Tim*—. ¡Eso es para ti, perro!

Tim se quedó mirando la tarta y permaneció perfectamente quieto. Luego miró a *Jorge*.

—¡Ven aquí, *Tim*! —dijo *Jorge*, y el animal se acercó a ella. El pedazo de tarta se quedó en el suelo hecho migajas.

—Mi perro no va a comer eso —dijo *Jorge*—. Mejor es que lo recojas, tú que lo has tirado. Has dejado el suelo hecho una porquería.

—Recógelo tú —dijo Junior, sirviéndose otro pedazo—. ¡Cáspita, qué mirada me has echado! ¡Tendré que ponerme las gafas de sol!

Le asestó a *Jorge* un inesperado codazo en las costillas, y la niña se quedó jadeando. Al momento, *Tim* estaba al lado de su dueña, gruñendo tan profundamente, que Junior se levantó de su silla todo alarmado.

—¡Ay, papá, este perro está rabioso! —dijo—. ¡Ha querido morderme!

—Eso no es verdad —dijo *Jorge*—. Pero podría morderte si no haces lo que te he dicho: recoger ese trozo de tarta.

—Vamos, vamos —dijo la señora Philpot, verdaderamente acongojada—. Dejemos eso; ya se barrerá después. ¿Quiere usted otro trozo de tarta, señor Henning?

Realmente fue una merienda embarazosa, y Ana deseaba que hubiera terminado ya. Junior se tranquilizó considerablemente cuando vio que *Tim* se quedaba pacíficamente tendido entre su silla y la de *Jorge*, pero su padre no paró de hablar sobre las cosas estupendas que había comprado aquel día. Todo el mundo estaba terriblemente aburrido. Los gemelos regresaron con un jarro de

naranjada que colocaron, con dos vasos, sobre la mesa, por si el señor Henning quería tomar también. Luego desaparecieron.

—¿Adónde han ido? —preguntó Junior, después de servirse un vaso de naranjada que bebió ávidamente haciendo un ruido muy curioso con la garganta—. Esto sí que está bueno.

—Creo que los gemelos habrán ido a ayudar a ordeñar —dijo la señora Philpot con una repentina expresión de gran cansancio.

Julián la miró. Pensó que ella debía encontrar aquellas comidas muy molestas, teniendo que compartirlas con tanta gente. En seguida Junior alzó su voz chillona:

—Ahora mismo voy y ayudo a ordeñar —dijo, levantándose de su silla.

—Preferiría que no lo hicieras, Junior —dijo la señora Philpot—. Ya sabes que la última vez pusiste muy soliviantadas a las vacas.

—Pero eso es porque todavía no las conocía —dijo Junior.

Julián miró al señor Henning, esperando que éste le prohibiese a Junior ir, pero el americano no dijo nada. Encendió un cigarrillo y tiró la cerilla al suelo.

Jorge frunció el ceño cuando vio que Junior se dirigía a la puerta. ¿Cómo se atrevía a ir al ordeño contra los deseos de su patrona? Se agachó, le murmuró unas cuantas palabras a *Tim*, y el perro se levantó inmediatamente y corrió hasta la puerta, bloqueándola contra Junior.

—¡Quítate de en medio, perro! —dijo Junior, deteniéndose. *Tim* gruñó—. ¡Dile que se vaya! —pidió Junior, dando media vuelta.

Nadie dijo nada. La señora Philpot se levantó y empezó a recoger la vajilla. A *Jorge* le pareció que tenía lágrimas en los ojos. No era de extrañar, si cosas como éstas pasaban todos los días.

Como *Tim* permanecía igual que una estatua a la puerta, lanzando pequeños y amenazadores gruñidos de vez en cuando, Junior decidió renunciar. Le habría gustado asestarle una patada al perro, pero no se atrevía. Regresó junto a su padre.

—Bueno, papá, ¿y si diéramos un paseo? —propuso—. Salgamos de aquí.

Sin pronunciar una palabra, padre e hijo salieron por la otra puerta. Todo el mundo lanzó un suspiro de alivio.

—Usted ahora se sienta y descansa un poco, señora Philpot —

dijo Aña—. Nosotras haremos el fregado. Nos encanta.

—Bueno, sois muy amables —dijo la señora Philpot—. He estado trajinando todo el día, y veinte minutos de descanso me vendrán muy bien. Temo que Junior me ataca los nervios. Espero que *Tim* no lo morderá.

—Probablemente le dará un susto antes de que pase mucho tiempo —dijo *Jorge* alegremente, mientras recogía con Ana las tazas y los platos—. ¿Vosotros qué vais a hacer, muchachos? ¿Vais a ir a ordeñar?

—Sí. Hemos ordeñado vacas un montón de veces —repuso Dick —. Es un trabajo bonito. Me gusta el olor de las vacas. Nos veremos más tarde, niñas, y si ese mocoso trata de molestaros, no tenéis más que llamarnos. Me gustaría frotarle la cara sobre esa porquería que ha dejado en el suelo.

—Ahora voy a fregarlo —dijo Ana—. Nos veremos a la hora de la cena.

Los muchachos salieron, silbando. La señora Philpot había desaparecido. Sólo se quedaron *Jorge*, Ana y *Tim*, pues *Retaco* se había marchado con los Enriques.

—Preferiría que no hubiésemos venido —dijo *Jorge*, mientras llevaba una bandeja a la alacena—. Es un trabajo enorme para la señora Philpot. Claro que si necesita el dinero…

—Bueno, nosotras podemos ayudar y estaremos fuera la mayor parte del día —dijo Ana—. No veremos mucho a Junior, ese mal educado.

Estás equivocada, Ana. Lo veréis demasiado. Es una cosa buena que esté *Tim* aquí; es el único que sabe manejar a gente como Junior.

Capítulo V

ANOCHECER EN LA GRANJA

Jorge y Ana salieron a buscar a los demás en el establo. Había allí muchísimas vacas que agitaban alegremente sus colas. El ordeño estaba casi terminado y los gemelos conducían de nuevo a algunas vacas a su pastizal.

—¿Qué, cómo se os ha dado la cosa? —preguntó Ana.

—Estupendamente, ha sido muy divertido —dijo Dick—. Pero mis vacas se han portado mejor que las de Julián. Claro que les he estado cantando todo el tiempo y eso les gusta.

—¡Tonto! —dijo *Jorge*—. ¿Habéis hablado con el granjero?

—Sí, dice que tiene un viejo «Land-Rover» y que nos llevará mañana a dar una vuelta por la finca —contestó Dick, complacido —. Y podremos montarnos en el tractor si Bill, uno de sus encargados, nos deja. El granjero dice que Bill no montaría a Junior en el tractor por nada del mundo, así es que tal vez haya jaleo si nos ve.

—Bueno, estoy preparada para cualquier jaleo, y a *Tim* le pasa lo mismo —dijo *Jorge* ceñudamente—. Más tarde o más temprano voy a cantarle a Junior unas cuantas verdades.

—A todos nos gustaría hacerlo —dijo Julián—. Pero contengámonos hasta que se presente una buena ocasión. No me gustaría que la simpática señora Philpot tuviese un disgusto, y ya os imagináis que se lo daríamos si perdiera a los americanos. Sufriría bastante… en el bolsillo, se entiende. Me apuesto algo a que le pagan bien.

—Tienes razón, Ju —dijo *Jorge*—. Yo te comprendo, pero *Tim* no. Está deseando darle un susto a Junior.

—Y yo comparto sus sentimientos —dijo Dick, acariciando la cabezota del perro—. ¿Qué hora es? ¿Damos un paseo?

—No —dijo Julián—. Todavía me duelen las piernas de tanto pedalear por las colinas de Dorset. Voto por que demos una vueltecita sin recorrer kilómetros.

Los Cinco se pusieron en marcha mirando con curiosidad los diversos edificios de la granja. Todos eran muy viejos y algunos de ellos se desmoronaban. Los tejados tenían grandes tejas de Dorset, hechas de piedra, desiguales y bastas de forma. Eran de un bonito gris y brillaban de liquen y musgo.

—¿No son deliciosas? —dijo *Jorge*, parándose para mirar las tejas de una casita—. Fijaos en esos líquenes: ¿habéis visto alguna vez un naranja tan brillante? Pero, qué lástima: la mitad han desaparecido del tejado y alguien las ha sustituido con feas tejas baratas.

—Tal vez las hayan vendido los Philpots —dijo Julián—. Viejas tejas como ésas, brillantes de liquen, pueden producir un montón de dinero, especialmente de los americanos. Hay muchos graneros en América cubiertos con viejas tejas de este país, con su musgo y todo. ¡Un trozo de la vieja Inglaterra!

—Si yo tuviese un lugar bonito y atractivo como éste, no vendería una sola teja ni una pizca de musgo —dijo *Jorge* muy orgullosamente.

—Tal vez no las vendieran —dijo Dick—, pero alguien tendría que hacerlo si le tienen bastante amor a su granja y no quieren verla convertirse en una ruina por falta de dinero. Para ellos, sus campos deben de ser de más valor que las tejas viejas.

—Me apuesto algo a que el viejo abuelo no las vendería si pudiera evitarlo —dijo Ana—. Me pregunto si el americano habrá tratado de comprar alguna de estas tejas. Sospecho que sí.

Pasaron un buen rato curioseando por los alrededores. Encontraron un viejo granero atestado de cosas desechadas, y Julián se puso a rebuscar con gran interés.

—Mirad esta gigantesca rueda de carreta —dijo, señalando una rueda apoyada en la pared en un oscuro rincón—. Es casi tan alta como yo. Seguramente hacían todos sus propias ruedas aquí, en este mismo cobertizo quizá. Y tal vez también se hacían sus propios

útiles de labranza. Mirad esta vieja herramienta, ¿para qué podrá servir?

Contemplaron la extraña herramienta curvada, todavía tan fuerte y tan sólida como lo había sido dos o tres siglos antes. Era pesada, y Julián pensó que no le habría gustado tener que usarla más de diez minutos seguidos.

—Pero me apuesto algo a que el abuelo podría usarla un día entero y no cansarse —dijo—. Cuando era joven, quiero decir. Entonces debió ser tan fuerte como un buey.

—Bueno, recuerda lo que nos contó la mujer de la tienda —indicó Ana—. Dijo que una vez había luchado con un toro y lo había derribado. Debemos preguntárselo a él. Me figuro que le gustará contárnoslo.

—Es un personaje verdaderamente antiguo —dijo Julián—. Me resulta simpático a pesar de sus gritos y de su mal humor. Bueno, vámonos, se está haciendo tarde. No preguntamos a qué hora es la cena. No sabemos cuándo debemos estar.

—A las siete y media —dijo *Jorge*—. Yo lo pregunté. Será mejor que volvamos ya, porque tenemos que lavarnos, y Ana y yo queremos ayudar a poner la mesa.

—Perfectamente. Volvamos pues —dijo Julián—. Vamos, *Tim*. Deja de husmear entre estas antiguallas. No creo que vayas a oler por aquí nada excitante.

Volvieron a la casa de campo, y las muchachas fueron a lavarse en el fregadero, viendo que la señora Philpot ya estaba preparando la cena.

—No tardaremos un minuto —prometió Ana—. Nosotras le pelaremos las patatas, señora Philpot. Oiga, qué granja tan bonita es ésta. Hemos estado explorando los viejos cobertizos.

—Sí, necesitan un buen limpiado —dijo la señora Philpot, que tenía mejor aspecto después del rato que había estado descansando—. Pero el abuelo no quiere que nadie toque nada. Dice que le prometió a su abuelo que no dejaría que nadie lo hiciese. Pero vendimos una vez alguna de esas bonitas y antiguas tejas grises, a un americano, desde luego, un amigo del señor Henning, y el abuelo casi se volvió loco. Estuvo gritando día y noche, pobre viejo, y se puso de guardia con una horca en la mano por si algún

desconocido se atrevía a entrar en el campo. Nos hizo pasar un mal rato.

—¡Cielo santo! —dijo Ana, imaginándose al imponente anciano rondando por los campos, gritando y blandiendo una gran horca.

La cena fue una comida muy agradable, pues el señor Henning y Junior no comparecieron. En la mesa hubo mucha charla y muchas risas, aunque los gemelos, como de costumbre, apenas dijeron nada. Ana los miraba intrigada. ¿Por qué tenían que ser tan huraños? Les sonrió una o dos veces, pero ellos apartaban siempre la mirada. *Retaco* estaba tendido a sus pies, y *Tim* echado debajo de la mesa. No estaban ni el abuelo ni el señor Philpot.

—Aprovechan hasta el máximo la luz del día —explicó la señora Philpot—. Ahora hay mucho que hacer en la granja.

Los niños disfrutaron con el pastel de carne que había cocido la señora Philpot y con las ciruelas pasas y la rica crema que vinieron a continuación. De pronto Ana soltó un amplio bostezo.

—¡Perdón! —dijo—. No he sabido contenerlo. No sé por qué siento tanto sueño.

—Ya me has contagiado —dijo Dick, y se puso la mano en la boca para disimular un bostezo aún mayor—. Bueno, no me extraña que tengamos sueño. Ju y yo estamos levantados desde el amanecer, y vosotras habéis tenido un pesado viaje en autobús.

—Bueno, podéis iros a la cama todos en cuanto queráis —dijo la señora Philpot—. Espero que por la mañana bien tempranito estaréis completamente descansados. Los Enriques se levantan siempre a las seis, no les gusta quedarse en la cama.

—¿Y a qué hora se levanta Junior? —preguntó *Jorge*, con una sonrisa burlona—. ¿También a las seis?

—¡Oh, no! Por lo general, nunca antes de las nueve —dijo la señora Philpot—. El señor Henning baja a eso de las once; le gusta tomar el desayuno en la cama. Lo mismo le pasa a Junior.

—¿Cómo? ¿Quiere usted decir que le lleva el desayuno a ese haragán? —dijo Dick, estupefacto—. ¿Por qué no lo saca usted de la cama por las orejas?

—Bueno, son huéspedes y pagan bien por estar aquí —dijo la señora Philpot.

—Yo le llevaré a Junior su desayuno —dijo *Jorge* en medio del

asombro de todos—. *Tim* y yo. Nos gustará hacerlo. ¿No es verdad, *Tim*?

Desde debajo de la mesa, *Tim* hizo un ruido muy peculiar.

—A mí eso me ha sonado como una carcajada —dijo Dick—. Y no me extraña. Me gustaría ver la cara de Junior si tú y *Tim* entraseis en su habitación para llevarle el desayuno.

—¿Es que te crees que no lo haré? ¿Qué te apuestas? —preguntó *Jorge*, picado su amor propio.

—Me apuesto mi cortaplumas nuevo a que no lo harás —dijo Dick inmediatamente.

—Aceptada la apuesta —dijo *Jorge*.

La señora Philpot escuchaba con expresión de perplejidad.

—No, no, queridos míos —dijo—. No puedo permitir que uno de mis huéspedes atienda a otro. Aunque debo confesar que esas escaleras son una prueba para mis piernas, sobre todo cuando llevo bandejas.

—Yo subiré la bandeja de Junior y también la del señor Henning, si usted quiere —dijo *Jorge* con voz medio amable, medio desafiante.

—La del señor Henning no —dijo Julián, lanzando a *Jorge* una mirada de advertencia—. No vayas demasiado lejos, muchacha. Con la bandeja de Junior habrá bastante.

—Está bien, está bien —dijo *Jorge* algo sombríamente—. ¿El señor Henning y Junior no van a venir a cenar?

—Esta noche no —respondió la señora Philpot con tono de alivio—. Creo que están comiendo en algún hotel de Dorchester. Supongo que están un poco cansados de nuestras sencillas comidas caseras. Espero que no vuelvan demasiado tarde. Porque al abuelo le gusta echar la llave muy pronto.

Los niños se sintieron realmente contentos cuando se quitó la mesa y se fregó la vajilla, pues estaban muertos de sueño. El aire fuerte y puro, el día excitante y los muchos trabajos cumplidos los habían cansado de verdad.

—Buenas noches, señora Philpot —dijeron cuando todo estuvo hecho—. Nos vamos a acostar. ¿Vienen también los gemelos?

Efectivamente, los gemelos condescendieron a inclinar la cabeza en señal de asentimiento. Parecían estar cansados. Julián se

preguntó dónde estarían el señor Philpot y el abuelo. Supuso que todavía trabajando. Bostezó. Bueno, se iba a la cama, y aunque tuviese que dormir en el suelo pelado aquella noche, estaba seguro de que dormiría bien. Pensó complacido que lo esperaba un buen catre.

Cada cual tomó su camino: los gemelos y Julián y Dick al granero grande, las niñas al piso de arriba, a la habitación frente a la de Junior, a la cual *Jorge* echó un vistazo al pasar. Estaba todavía más desordenada que antes e indudablemente Junior debía de haber estado comiendo nueces allí, porque el suelo estaba lleno de cáscaras.

Pronto estaban todos acostados, niños y animales, las niñas juntas en la cama inmensa, antigua y más bien dura, los niños en sus catres independientes. *Tim* a los pies de *Jorge*; *Retaco* primeramente durmió a los pies de uno de los gemelos, luego a los pies del otro. Siempre era perfectamente imparcial en sus favores.

Dos horas más tarde, un ruido ensordecedor despertó a las niñas, que se incorporaron, alarmadas, en la cama. *Tim* empezó a ladrar. *Jorge* salió al rellano, oyó cómo sonaba abajo la voz poderosa del abuelo y luego volvió junto a Ana.

—Son el señor Henning y Junior, que han regresado —explicó —. Por lo visto, el abuelo ya había echado la llave, y ellos se han vuelto locos tirando del llamador. ¡Dios mío, qué ruido! ¡Aquí viene Junior!

Y efectivamente, Junior venía dando zapatazos en la escalera y cantando a todo pulmón.

—¡Impertinente! —masculló *Jorge*—. ¡Que se prepare para el desayuno que le llevaré mañana!

Capítulo VI

UN POCO DE EXCITACIÓN PARA EL DESAYUNO

Resultaba divertido dormir en el granero. Dick trató de mantenerse despierto un rato y disfrutar de los olores del granero y de la vista de las estrellas en el ciclo que podían atisbarse a través de la puerta abierta, por la que entraba una fresca y leve brisa nocturna.

Julián se quedó dormido en seguida y ni siquiera oyó el estrépito del llamador en la puerta principal cuando llegaron los Hennings ni las ruidosas voces. Se despertó con un sobresalto a eso de la una de la madrugada y se incorporó en la cama, latiéndole el corazón muy aprisa. ¿Qué podía ser aquel ruido que acababa de oír?

Lo escuchó de nuevo y se echó a reír. «¡Qué burro soy! No es más que una lechuza. O quizá varias. ¿Y qué ha sido ese grito? ¿Un ratón o una rata? ¿Estarán quizá las lechuzas cazando aquí?».

Se tendió y se puso a la escucha. De pronto sintió un soplo de aire frío sobre la cara y se puso rígido. Debía de haber sido el roce de las suaves plumas de un ala de lechuza. Él sabía que las alas de las lechuzas no hacen ningún ruido. Tienen unas plumas tan suaves, que ni siquiera los ratones, de tan buen oído, pueden escuchar a una lechuza que se abata sobre ellos en su silencioso vuelo.

Otra vez se oyó un agudo gritito. «La lechuza está trabajando bien —pensó Julián—. ¡Qué cazadero más bueno para ella: un granero donde hay almacenada comida y que está atestado de ratones y ratas, naturalmente! Juraría que esta lechuza vale para el granjero lo que pesa en oro. Bueno, lechuza, sigue con tu trabajo, pero, por el amor de Dios, no confundas mi nariz con un ratón. Ya

estás aquí otra vez, justamente encima de mi cabeza. Ahora te he visto, como una sombra que pasa».

Volvió a quedarse dormido y no se despertó hasta que el sol entraba a raudales en el granero, iluminando miles de diminutas motas que flotaban en el aire. Julián miró su reloj.

—¡Las siete y media! Y yo que me había propuesto levantarme a las siete. ¡Dick! ¡Dick, despierta!

Dick estaba tan profundamente dormido, que no se despertó ni siquiera cuando Julián lo zarandeó. Meramente dio media vuelta y siguió durmiendo. Julián miró al otro lado del granero y vio que los catres de los gemelos estaban vacíos. Habían apilado sus almohadas y ropa de cama en ordenados montones y se habían marchado silenciosamente. «Sin despertarnos —pensó Julián mientras se ponía los calcetines—. Me pregunto si podré lavarme en el gran fregadero de la cocina».

—Dick, ¿quieres despertarte de una vez? —gritó con voz fuerte —. Por lo que te preocupas, podían ser ya las diez.

Dick oyó las dos últimas palabras y se incorporó inmediatamente con expresión de susto.

—¿Las diez ya? ¡Oh, no, no es posible que haya dormido tanto tiempo! No tenía la intención de presentarme tarde para el desayuno, yo…

—Cálmate —dijo Julián mientras se peinaba—. Sólo he dicho que podrían ser las diez. Pero en realidad no son más que las siete y media.

—Gracias a Dios —dijo Dick, volviendo a tenderse—. Estaré diez minutos más.

—Los gemelos ya se han ido —dijo Julián—. Me pregunto si las niñas ya estarán levantadas. ¡Caramba!, ¿qué es esto?

Algo le había golpeado duramente en la espalda, obligándolo a dar un respingo. Julián dio media vuelta pensando que se tratase de Junior o de alguno de los gemelos que quería gastarle una broma pesada.

—¡Ah, eres tú, *Nariguda*, la urraca! —dijo, mirando al travieso pájaro, posado ahora en su almohada—. Tienes un pico terriblemente afilado.

—¡Chack! —graznó la urraca, y voló hasta su hombro. Julián se

sintió halagado hasta que la urraca le dio un picotazo en la oreja.

—¡Eh, tú, llévate al pájaro! —dijo al descuidado Dick, y le alargó a *Nariguda*. El ave se lanzó inmediatamente sobre el reloj que Dick tenía encima de la almohada y emprendió el vuelo llevándoselo en el pico. Dick lanzó una exclamación de disgusto.

—¡Devuélveme eso, pajarraco! ¿No sabes lo que es un reloj? Me ha quitado el reloj, Ju; Dios sabe dónde lo va a esconder.

—Se ha ido a un hueco del techo —dijo Julián—. Será mejor que se lo digamos a los gemelos. Tal vez ellos puedan convencerla. Pero, ¿por qué no se le ocurre mejor quitarle el reloj de Junior? Ésa sería una broma que yo le aplaudiría de todo corazón.

—Chack, chack, chack —graznó *Nariguda*, exactamente como si estuviera dando su asentimiento. Tuvo que abrir el pico para dejar oír «Chack», y el reloj se le cayó. Rebotó en un saco, y el pájaro descendió para recogerlo. Dick se lanzó hacia el mismo lugar, y, como el reloj se había resbalado entre dos sacos, pudo recuperarlo antes que la urraca.

Nariguda volvió al techo y chasqueó irritadamente.

—No uses un lenguaje tan feo —dijo Dick con severidad, poniéndose la correílla del reloj—. Debería darte vergüenza.

Salieron del granero y se dirigieron a la casa. Se oía ruido de gente, y los dos muchachos se sentían avergonzados por llegar tarde. El desayuno estaba en la mesa, pero por lo visto ya muchas personas lo habían tomado.

—Las niñas no lo han tomado aún —dijo Dick mirando los sitios correspondientes a las sillas donde *Jorge* y Ana se habían sentado la noche anterior—. Pero los gemelos sí. Parece que todo el mundo lo ha tomado ya excepto nosotros cuatro. ¡Ah, aquí está la señora Philpot! Sentimos llegar tarde. Me temo que hemos dormido más de la cuenta.

—Lo cual me parece muy bien —dijo la señora Philpot, sonriendo—. No cuento con que mis visitantes se levanten temprano. Cualquiera puede dormir hasta tarde estando de vacaciones.

Traía una bandeja en la mano y la puso sobre la mesa.

—Esto es para el señor Henning; llamará con el timbre cuando quiera su desayuno. Esta otra bandeja es para Junior. Haré el café

cuando llamen —dijo, y salió de nuevo.

Para el desayuno había jamón, huevos pasados por agua y frutas. Los dos muchachos se sentaron y miraron con aire de reproche cuando llegaron las dos niñas con *Tim* detrás, todavía con cara de sueño.

—Supongo que se os han pegado las sábanas, ¿verdad? —preguntó Dick, fingiendo estar escandalizado—. Sentaos. Os serviré un poco de café.

—¿Dónde está Junior? Espero que no haya bajado todavía —dijo *Jorge* ansiosamente—. No he olvidado mi apuesta sobre lo de subirle el desayuno.

—¿Vosotros creéis que es prudente dejar que *Jorge* le suba el desayuno a Junior? —dijo Julián después de una pausa—. *Jorge*, no vayas a tirarle la bandeja o a hacer alguna barbaridad por el estilo, por favor.

—Podría hacerlo —dijo *Jorge*, al mismo tiempo que se preparaba un huevo pasado por agua—. Soy capaz de hacer cualquier cosa por ganarte el cortaplumas.

—Bueno, pero no irrites demasiado a Junior —dijo Julián con tono de advertencia—. No querrás obligar a la familia Henning a tener que marcharse dejando a la señora Philpot sin tales ingresos.

—Está bien, está bien —dijo *Jorge*—. No te preocupes. Creo que tomaré otro huevo, Dick. Pásame uno, por favor. No sé por qué tengo tanta hambre.

—Deja un huequecito para este jamón —dijo Dick, que se había servido dos buenas lonchas—. Es algo extraordinario. Demasiado bueno para ser verdad. Podría estarlo comiendo todo el día.

Las dos niñas se enfrascaron en su desayuno, y cuando estaban terminando, un timbre sonó muy ruidosamente en la cocina, vibrando justamente encima de sus cabezas. Los cuatro se sobresaltaron. La señora Philpot entró inmediatamente en la estancia.

—Ése es el timbre del señor Henning —dijo—. Tengo que hacerle su café.

—Yo le subiré su bandeja —dijo Ana—. *Jorge* subirá la de Junior.

—¡Oh, no, realmente no me gusta que hagáis vosotras eso! —

dijo la señora Philpot, acongojada. En aquel momento sonó otro timbre. Estuvo vibrando un rato muy largo.

—Ése es el timbre de Junior —dijo la señora Philpot—. Siempre parece que cree que estoy completamente sorda.

—¡Mocoso, mal educado! —dijo Dick, y le complació ver que la señora Philpot no le llevaba la contraria.

Ana esperó hasta que estuvo preparada la bandeja del señor Henning, y luego, firmemente, puso las manos en las asas.

—Voy a llevársela al señor Henning —dijo con voz muy resuelta, y la señora Philpot le sonrió, agradecida, y la dejó hacer.

—Es el dormitorio que está a la izquierda de la escalera, en el primer piso —dijo—. Y le gusta también que le corran las cortinas cuando se le entra el desayuno.

—¿Y a Junior también le gusta que le corran las cortinas? —preguntó *Jorge*, con voz tan melosa, que los dos muchachos se quedaron mirándola suspicazmente. ¿Qué estaría tramando?

—Bueno, yo se las corro —dijo la señora Philpot—, pero no se las corras tú, si no quieres. Muchísimas gracias, querida.

Ana ya había subido la escalera con la bandeja del señor Henning, y ahora *Jorge* se dispuso a hacerlo con la de Junior. Le guiñó el ojo a Dick.

—Ya puedes ir preparando el cortaplumas que tienes que darme —dijo, y desapareció por la puerta sonriendo maliciosamente. Subió con cuidado la escalera con *Tim* pegado a sus talones. El perro se preguntaba qué iba a hacer *Jorge* con la bandeja.

Jorge llegó a la puerta de Junior. Estaba cerrada. Le asestó un violento puntapié que la abrió de par en par. Entró pisando con toda su fuerza y colocó la bandeja sobre una mesa con tanta violencia, que derramó parte del café. Se dirigió silbando a las ventanas y corrió las cortinas de un lado a otro formando un agudo estrépito.

Por lo visto, Junior había vuelto a quedarse dormido, la cabeza debajo de la sábana. *Jorge* derribó una silla, que dio un golpetazo en el suelo. Eso hizo que Junior se incorporara medio asustado.

—¿Qué pasa aquí? —empezó a decir—. ¿Es que no puede traerme el desayuno sin…?

Entonces vio que quien estaba en la habitación era *Jorge*, y no la

amable señora Philpot.

—¡Vete de aquí! —dijo con enojo—. ¡Hay que ver el escándalo que has armado! Vuelve a cerrar las cortinas. El sol es demasiado fuerte. Y mira cómo has derramado el café. ¿Por qué no me ha traído el desayuno la señora Philpot? Siempre me lo trae ella. Aquí, pon la bandeja en mis rodillas, como ella hace.

Jorge le quitó la sábana de un tirón, cogió la bandeja y se la puso violentamente sobre las rodilleras del pijama. El café hirviendo sufrió un bamboleo violento, y algunas gotas cayeron sobre el brazo desnudo del niño. Estaban calientes, y él se puso a gritar. Dio un empujón a *Jorge* y la golpeó con fuerza en el hombro.

Eso fue un gran error. *Tim*, que estaba a la puerta vigilando, saltó inmediatamente a la cama, gruñendo. Derribó al aterrorizado muchacho al suelo y saltó sobre él mientras sordos gruñidos salían del interior de su enorme corpachón.



Jorge no prestó la menor atención. Daba vueltas por la habitación, tarareando una cancioncilla, poniendo en orden tal y cual cosa, limpiando la mesa de tocador, sin parecer darse cuenta de lo que estaba haciendo *Tim*. Cerró la puerta para que nadie pudiese escuchar los lamentos de Junior.

—¡*Jorge*, quítame este perro de encima! —imploraba Junior—.

¡Va a matarme! ¡*Jorge*! Se lo diré a mi papá. Siento haberte golpeado. ¡Oh, quítame este perro de encima, por favor!

Empezó a llorar, y *Jorge* lo miró despreciativamente.

—Niño mimado y caprichoso —dijo—. Estoy por dejarte aquí toda la mañana con el perro de guardia. Pero esta vez tendré lástima de ti. Ven aquí, *Tim*. Deja en el suelo a ese ridículo gusano.

Junior seguía llorando. Se arrastró hasta la cama y se envolvió en la sábana.

—No quiero desayuno —gimió—. Se lo diré todo a papá. Él va a darte lo que te mereces.

—Sí, tú díselo —dijo *Jorge*, agarrándolo con tanta fuerza, que el otro no se podía mover—. Tú díselo y yo le diré a *Tim* al oído que estás hablando mal de mí, y, sinceramente, no sé lo que él va a hacer entonces.

—Eres el niño más horrible que he conocido nunca —dijo Junior, reconociendo que estaba derrotado. *Jorge* sonrió. Así es que el otro pensaba que era un niño. ¡Aquello estaba bien!

—La señora Philpot no te va a subir nunca más tu desayuno —dijo—. Te lo subiré yo… con *Tim*. ¿Comprendes? Y si te atreves a tocar el timbre más de una vez por la mañana, te vas a arrepentir.

—No quiero que nadie me suba mi desayuno —dijo Junior con voz débil—. Prefiero levantarme y bajar a tomarlo. No quiero que tú me lo traigas.

—Muy bien. Así se lo diré a la señora Philpot —dijo *Jorge*—. Pero si cambias de idea, me lo dices. Yo te lo subiré todas la mañanas… con *Tim*.

Salió y cerró dando un portazo; *Tim*, detrás de ella, bajó las escaleras perplejo, pero complacido. No le tenía a Junior más simpatía que la que pudiera tenerle *Jorge*.

Jorge entró en la cocina. Dick y Julián estaban todavía allí.

—Has perdido tu apuesta, Dick —dijo *Jorge*—. El cortaplumas, por favor. No sólo le subí el desayuno y casualmente le derramé encima café hirviendo, sino que *Tim* lo echó de la cama y se le colocó encima, gruñendo. ¡Qué espectáculo! El pobre Junior ya no quiere que le lleven nunca más el desayuno a la cama. Bajará a tomarlo todas las mañanas.

—¡Buen trabajo, *Jorge*! —dijo Dick, y alargó su cortaplumas por

encima de la mesa—. Mereces ganar. Ahora siéntate y acaba tu desayuno, y ten en cuenta que no voy a cruzar contigo ninguna apuesta más durante mucho, muchísimo tiempo.

Capítulo VII

LOS GEMELOS CAMBIAN DE ACTITUD

Los gemelos, Enrique y Enriqueta, habían tomado su desayuno hacía ya algún tiempo. Ahora entraban en la gran cocina, *Retaco* pisándoles los talones, y fruncieron el ceño al ver que los Cinco todavía estaban desayunándose allí. Ana no hacía más que soltar carcajadas escuchando el relato de *Jorge* sobre la manera como había tratado a Junior.

—Tendríais que haber visto la cara que puso cuando le dejé caer la bandeja del desayuno sobre las rodillas y el café hirviendo lo salpicó —decía *Jorge*—. Soltó un grito que sobresaltó incluso al viejo *Tim*. Y cuando me propinó un golpe y *Tim* subió a la cama y lo tiró al suelo, los ojos casi se le salían de las órbitas.

—No es de extrañar, entonces, que haya decidido bajar todas las mañanas a tomar su desayuno aquí —dijo Julián—. Le aterraba pensar verte aparecer de nuevo con la bandeja del desayuno.

Los gemelos escuchaban todo aquello estupefactos. Se miraron y se hicieron una inclinación de cabeza. Luego se acercaron a la mesa y por primera vez sólo habló uno de los gemelos. Nadie sabía si era Enrique o Enriqueta, porque ambos eran idénticos como dos gotas de agua.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el gemelo a *Jorge*—. ¿Por qué subiste tú la bandeja con el desayuno de Junior?

—Porque estábamos ya hartos de la forma dominantona como Junior y su papi tratan a tu madre —dijo *Jorge*—. Hay que ver lo que significa tener que llevarle a un muchacho el desayuno a la cama.

—Así es que a *Jorge* se le metió en la cabeza subir el desayuno

ella en persona, y estaba diciendo que le ha dado una lección tal que en lo sucesivo será más considerado con vuestra madre —dijo Dick—. Pero aún hay más: fui lo bastante idiota para apostarme con *Jorge* que no sería capaz de hacerlo, y ahora me ha ganado el mejor cortaplumas que he tenido nunca, ¡mirad!

Jorge enseñó orgullosamente la navajita. Los gemelos soltaron una alegre risotada que sorprendió muchísimo a los demás.

—¡Bueno, bendito sea Dios! —dijo Dick—. Me imaginaba que no sabíais reír. Os mostráis siempre tan altivos y tan hoscos… Bueno, ya que os habéis dignado hablarnos, permitid que os diga que vuestra madre está apuradísima y que en vez de ocasionarle más molestias, todos la vamos a ayudar cuanto podamos. ¿De acuerdo?

Los dos gemelos estaban sonriendo ahora ampliamente. Hablaban por turno, lo que realmente resultaba mucho más agradable que su acostumbrada manera rígida de hablar al unísono.

—¡Junior nos es muy antipático! —dijo uno de los gemelos—. Cree que nuestra madre es una especie de esclava que ha de acudir cuando él toca el timbre o le da un grito.

—Su padre es lo mismo —dijo el otro gemelo—. A cada momento está queriendo esto o lo otro y mandando a nuestra madre a que vaya a buscárselo aquí o allá. ¿Por qué razón no se marcha y se queda en un hotel?

—No lo hace porque está husmeando entre nuestras cosas antiguas y se empeña en comprarlas —dijo el otro gemelo—. Sé de cierto que mamá le ha vendido algunas cosas de ella, pero no tenía más remedio que hacerse de dinero, porque ahora las cosas cuestan muy caras, y los trajes se nos quedan chicos en seguida.

—Resulta muy agradable oíros hablar como Dios manda —dijo Julián, dando una palmadita en la espalda a uno de los gemelos—. Y si no os importa nos gustaría que nos dejarais saber quién es cada cual. Yo sé que uno es un niño y otro una niña, pero los dos os parecéis tanto que no hay forma de distinguiros. Los dos podríais ser muchachos.

Los gemelos soltaron unas risitas repentinas y maliciosas.

—Bueno, pero no se lo digáis a Junior —dijo uno de ellos—. A mí siempre podréis distinguirme por esta cicatriz que tengo en la mano, ¿veis? Enriqueta no tiene ninguna cicatriz. Yo soy Enrique.

Los cuatro se quedaron mirando la larga y delgada cicatriz que había en la mano del muchacho.

—Me la hice al rajarme el dorso de la mano con alambre de púas —dijo Enrique—. Ahora podréis distinguirnos a los dos. Bueno, contadnos todo lo de *Jorge* y lo de la bandeja del desayuno, desde el principio hasta el final. Formidable, *Jorge*. Se parece a un muchacho tanto como Enriqueta.

Era muy agradable ver tan cariñosos a los gemelos, después de su envaramiento tan estirado y súbito. Los cuatro sentían por ellos la mayor simpatía, y cuando la señora Philpot apareció de pronto en la cocina para limpiar el servicio del desayuno, se quedó atónita al ver como sus gemelos charlaban y reían alegremente con los demás niños. Se detuvo y se quedó mirando con una sonrisa de complacencia en su rostro.

—¡Mamá! ¡Junior no va a tomar ya nunca más el desayuno en la cama! —dijo Enrique—. Escucha el porqué.

Y la historia hubo de ser contada de nuevo. *Jorge* se puso colorada. Casi le daba miedo de que la señora Philpot se disgustase. Pero no; la señora echó atrás la cabeza y se echó a reír.

—¡Oh, realmente me hace mucha gracia! —dijo—. Pero espero que Junior no le diga nada a su padre y vayan a marcharse aprisa y corriendo. Nos hace falta su dinero, vosotros comprendéis, por mucho que me desagrade tenerlos aquí. Bueno, ahora voy a despejar todo esto.

—No, eso no es cosa de usted. Es faena nuestra —dijo Ana—. ¿No es verdad, gemelos?

—Sí —dijeron los dos gemelos al unísono—. Ahora somos todos amigos, mamá; deja que pertenezcan a la familia.

—Bueno, entonces iré a echar una ojeada a los pollitos, si os encargáis de ordenar todo esto —dijo la señora Philpot—. Sabéis fregar también, ¡Dios os bendiga!

—Mirad, ¿os gustaría dar hoy una vuelta a la finca en nuestro viejo «Land-Rover»? —propuso Enrique a los demás—. Es la mejor manera de ver toda la granja. Creo que Bill va a dar una vuelta esta mañana para ver como están los campos y el ganado. Os llevará si yo se lo pido.

—¡Estupendo! —dijo Julián—. ¿A qué hora?

—Dentro de media hora —respondió Enrique—. Iré a buscar a Bill y cuando oigáis la bocina salid. A propósito, Bill no es muy locuaz que digamos, pero si le caéis en gracia, se mostrará de lo más agradable.

—Entendido —dijo Julián—. ¿Podemos Dick y yo hacer algo mientras las niñas están poniendo las cosas en orden?

—¡Uf, Dios mío, siempre hay algo que hacer en una granja! —dijo Enrique—. Venid con nosotros hasta los gallineros: Enriqueta y yo estamos poniéndoles parches para que no se cuele la lluvia.

Julián y Dick, con *Tim* detrás de ellos, salieron inmediatamente en pos de los gemelos, ahora tan alegres y amigables como antes habían sido hoscos y huraños. ¡Qué cambio!

—Bueno, gracias a Dios que se me ocurrió subirle el desayuno a Junior y darle una lección —decía *Jorge* en la cocina mientras plegaba el mantel—. Por lo visto era la única cosa que podía romper el hielo con los mellizos. ¡Oye, Ana, creo que baja Junior!

Se escondió detrás del aparador mientras Ana ponía en orden las sillas alrededor de la mesa. Junior entró deslizándose muy quedamente y miró en torno con expresión temerosa. Pareció muy aliviado al encontrar allí solamente a Ana. Consideraba que era completamente inofensiva.

—¿Dónde está ese perro? —preguntó.

—¿Qué perro? —dijo Ana, fingiendo la mayor inocencia—. ¿*Retaco*?

—No, ese gran chucho horroroso y el repugnante muchacho al que pertenece —replicó Junior todavía lleno de miedo.

—¡Ah, te refieres a *Jorge*, supongo! —dijo Ana, divertida con la idea de que Junior creyese que *Jorge* era un muchacho—. Bueno, mira aquí.

Junior vio que *Jorge* avanzaba hacia él desde detrás del aparador, soltó un grito de angustia y huyó temiendo que el perro estuviese por allí cerca. *Jorge* se echó a reír.

—No nos molestará mucho en lo sucesivo —dijo—. Espero que tampoco le habrá dicho nada a su papá.

Al cabo de un rato oyeron afuera el sonido de una bocina.

—Ése es el «Land-Rover» —dijo *Jorge*, excitada—. Bueno, ya hemos acabado el fregado. Cuelga a secar los paños de cocina, Ana.

Yo pondré todos estos platos en el escurridero.

A los pocos momentos, cruzaban la gran parte de la cocina y bajaban por el pasillo que llevaba al patio. No lejos estaba un coche tipo furgoneta, el «Land-Rover». Era un vehículo muy viejo, muy sucio y un poco ladeado. Dick y Julián gritaron a las niñas:

—¡Daos prisa! ¿No habéis oído la bocina?

Las niñas corrieron hacia el «Land-Rover». Bill, el encargado, estaba al volante. Les sonrió y las saludó con una inclinación de cabeza. *Tim* acogió a *Jorge* como si no la hubiese visto desde hacía años, y casi la derribó con sus caricias.

—¡*Tim*, no seas bruto! —dijo *Jorge*—. ¿A quién se le ocurre ponerme encima las patas llenas de fango? ¿Dónde están los gemelos? ¿Es que no van a venir?

—No —dijo Bill—. Tienen mucho que hacer.

Se subieron las niñas, y estaba el coche a punto de arrancar cuando apareció alguien.

—¡Esperad! ¡Yo también voy! ¡Esperad os digo!

Y empezó a correr Junior, tan poseído de sí mismo como de costumbre.

—Baja, *Tim*, dale un susto —dijo *Jorge* en voz baja. Y, muy gustosamente en realidad, *Tim* bajó y corrió a toda prisa hacia el inadvertido Junior. Éste lanzó un gran grito, dio media vuelta y echó a correr como alguien a quien le fuese la vida en ello.

—Bueno, ésa es una buena manera de desembarazarse de él —dijo Dick, con mucha satisfacción—. Mirad a *Tim*: se está riendo con toda su cara llena de pelos. Te gusta gastar bromas, ¿verdad, *Tim*?

Parecía en realidad como si *Tim* estuviera riéndose, porque tenía la boca abierta de par en par, mostraba toda la dentadura y la lengua le colgaba felizmente. Volvió a saltar al interior del coche.

—Un perro inteligente ese —dijo Bill, y luego recayó en su acostumbrado silencio cuando puso en marcha el «Land-Rover» con un ruido realmente escalofriante. El vehículo empezó a avanzar hacia los campos.

¡Cómo traqueteaba! Los cuatro asientos a los costados de la furgoneta casi de desencajaban cuando el «Land-Rover» iba abriéndose camino por los campos, colina arriba y colina abajo, bamboleándose sobre profundos surcos, pareciendo que a cada

momento iba a volcarse. Ana no estaba muy segura de que aquello le gustase mucho, pero los demás parecían disfrutar de lo lindo.

—Ahora vais a ver la finca —dijo Bill cuando llegaron a lo alto de la colina—. Mirad abajo. Podría ser la granja más hermosa del condado si el señor Philpot tuviese el dinero necesario.

Capítulo VIII

UNA VUELTA POR LA GRANJA

Los Cinco disfrutaron concienzudamente de su paseo en *jeep* por la gran finca. Ésta se extendía en todas direcciones sobre onduladas colinas, y el vehículo se bamboleaba una y otra vez por las cuestas. De vez en cuando, el conductor paraba para que los niños pudiesen admirar las espléndidas vistas.

Bill les decía los nombres de los grandes campos a medida que iban pasando junto a ellos.

—Ése es el campo del Roble, aquel otro es el del Matorral del Verdugo, ése es el campo del Bosque de los Caldereros, y aquel otro es el campo de la Lejanía, el más distante de la casa de campo.

Nombre tras nombre iban saliendo de sus labios, y daba la impresión de que la vista de los campos que tanto conocía y tanto amaba le iba desatando la lengua. Les hablaba también del ganado.

—Hay también las vacas nuevas, y muy buena leche que dan; ayudan a un granjero a no tener que gastar buenos cuartos todas las semanas en comprar leche, ya os hacéis cargo. Y están también los toros, allí, en aquel campo. Hermosas criaturas, y buen dinero que cuestan. Pero el amo Philpot no quiere más que animales buenos. Mejor se pasaría sin un coche nuevo que comprar ganado malo. Por aquí cerca están también las ovejas, mirad, allí desparramadas en aquellas laderas. Pero hoy no puedo llevaros a verlas. Os gustaría conocer al pastor. Lleva aquí tanto tiempo y es tan viejo, que conoce la granja al dedillo.

Volvió a recaer en su acostumbrado mutismo después de aquel insólito barbotón de charla, y dobló por una senda por la que llevó a los niños de vuelta a la casa de campo utilizando una ruta

diferente, para mostrarles más campos aún.

Había trigales gloriosos, dorados al sol, ondeando a la brisa con un susurro arrebatador.

—Podría estar sentada aquí horas y horas mirando y oyendo —dijo Ana.

—Entonces no te cases con un granjero, porque la esposa de un campesino no tiene tiempo para estar sentada —dijo Bill secamente, y volvió a quedarse callado.

No hacían más que tambalearse, zarandeados una y otra vez, pero disfrutando de todos aquellos instantes.

—Vacas, terneras, ovejas, corderos, toros, perros, patos, pollitos —canturreaba Ana—. Trigo, coles, remolachas, coliflores… ¡Oh, Bill, tenga cuidado!

El *jeep* había cogido con tanta velocidad un bache profundo, que Ana casi salió despedida. *Tim* fue lanzado por la entrada trasera de la furgoneta y aterrizó en el suelo, donde dio unas cuantas vueltas. Se puso en pie lentamente con expresión de gran asombro.

—¡*Tim*! ¡No ha sido nada! ¡Sólo un agujero más hondo que de costumbre! —gritó *Jorge*—. ¡Ven, salta!

Como el «Land-Rover» no se paraba, *Tim* tuvo que galopar detrás hasta que logró entrar con un magnífico salto por la parte trasera. Bill soltó una carcajada que hizo que las ruedas se tambalearan peligrosamente.

—Este viejo coche es casi humano —dijo—. No hace más que respingar de alegría cuando pasa un buen día como hoy.

Y condujo recto por un camino resbaladizo que desembocaba en una hondonada, haciendo que la pobre Ana gimiese de nuevo.

—Para Bill todo está muy bien —susurró la niña al oído de Julián—. Por lo menos él tiene un volante al que agarrarse.

A pesar del bamboleo y de los botes, los Cinco gozaron inmensamente de su viaje por la granja.

—Ahora sabemos cómo es realmente —dijo Julián, cuando el «Land-Rover» se detuvo muy repentinamente cerca de la casa de campo, empujándolos a unos contra otros—. La verdad es que no me extraña ahora que el abuelo y el señor y la señora Philpot tengan tanto cariño al lugar. Es grandioso. Un millón de gracias, Bill. Lo hemos pasado estupendamente. Me gustaría que mi familia

tuviese una granja como ésta.

—¿Una granja como ésta? ¡Ay! Se necesitan siglos para hacerla —dijo Bill—. Todos los nombres que os fui diciendo son también viejos de siglos. Nadie sabe quién fue ahorcado en el Matorral del Verdugo ni qué caldereros venían al Bosque de los Caldereros. Pero no serán olvidados mientras haya campos aquí.

Ana se quedó mirando fijamente a Bill, maravillada. «¡Cómo, pero si aquello era casi poesía!», pensó. Él se volvió y notó cómo lo estaba mirando. Le hizo una inclinación de cabeza.

—Tú lo entiendes muy bien, ¿verdad, jovencita? —dijo—. Pues hay gente que no entiende nada. Ese señor Henning lo curiosea todo, pero no entiende lo más mínimo. Lo mismo que ese chiquillo suyo. —Y para sorpresa de Ana dio media vuelta y escupió en la zanja—. Esto es lo que pienso de él.

—Bueno, es que depende de la manera como lo han educado, creo yo —dijo Ana—. He conocido a muchísimos niños americanos encantadores y…

—Pues ése necesita que lo enseñen —dijo Bill ceñudamente—. Y sino fuera porque la señora Philpot me suplicó que no le pusiese las manos encima, buena azotaina le habría dado. Os lo aseguro. El muy loco tratando de montarse en las terneras, persiguiendo a las gallinas hasta conseguir asustarlas y que dejasen de poner huevos, tirando piedras a los patos, pobres criaturas, y rajando sacos de simiente nada más que por el gusto de ver cómo se derraman los granos y se desperdician. Me gustaría sacudirle hasta que le crujieran los huesos.

Los cuatro escuchaban en silencio, horrorizados. Junior resultaba entonces que era mucho peor de lo que ellos habían creído. *Jorge* se sentía contentísima por haberle dado una lección aquella mañana.

—No se preocupe usted más por Junior —dijo Julián ceñudamente—. Nosotros lo mantendremos a raya mientras estemos aquí.

Dijeron adiós y regresaron a la casa de campo, envarados y molidos por el traqueteante viaje que les había quebrantado los huesos, pero con la mente llena de la visión de las deliciosas colinas ondulantes, de la distancia azul, del trigo mecido por el viento, en

fin, con el sentimiento que una tierra de granja despierta en un buen corazón.

—Ha sido muy agradable —dijo Julián, expresando el sentir de los demás—. Realmente muy agradable. En cierto modo me siento más inglés después de haber visto estos campos de Dorset cortados por setos y bañándose al sol.

—Me ha gustado Bill —dijo Ana—. Es tan… tan sólido y tan real. Pertenece a la tierra, como la tierra le pertenece a él. Son una misma cosa.

—¡Ah, Ana ha descubierto lo que significa verdaderamente el campo! —dijo Dick—. Pero, bueno, tengo un hambre espantosa, y no me gustaría ir a pedir nada a la casa. ¿Por qué no bajamos al pueblo y tomamos leche y bollos en la lechería?

—¡Oh, sí! —dijeron Ana y *Jorge*, y *Tim* soltó unos cuantos ladridos agudos como dando calurosamente su conformidad. Se pusieron en marcha por el sendero que llevaba al pueblo, y pronto llegaron a la tiendecita de los helados, medio panadería, medio lechería. Juanita, la locuaz niña, otra vez estaba allí. Les sonrió encantada.

—¡Habéis venido de nuevo! —dijo, muy contenta—. Mamá ha hecho esta mañana almendrados. Mirad, tiernos y frescos.

—¿Y cómo has sabido que a todos nos gustan mucho los almendrados? —preguntó Dick, sentándose en una de las dos mesitas que había en el establecimiento—. Nos pondrás una fuente, por favor.

—¿Cómo, una fuente entera? —exclamó Juanita—. Pero en una fuente hay casi veinte almendrados.

—Es lo que nos conviene —dijo Dick—. Y un helado para cada uno, por favor. Grande. Y no te olvidarás de nuestro perro, ¿verdad?

—¡Oh, no, no me olvidaré! —prometió Juanita—. Es un perro muy bonito, ¿verdad? ¿Habéis notado los ojos tan lindos que tiene?

—Pues sí, lo hemos notado. Has de saber que lo conocemos muy bien —dijo Dick, divertido. *Jorge* parecía sentirse complacida. Le gustaba mucho que alabasen a *Tim*. A *Tim* también le gustaba. Efectivamente, se acercó a Juanita y le lamió la mano.

Pronto tuvieron frente a ellos una fuente de deliciosos

almendrados, y eran realmente exquisitos, muy blandos, como Juanita había dicho con razón. *Jorge* le dio uno a *Tim*, pero en realidad fue perder el tiempo, porque el perro se lo tragó de un solo bocado. Una vez más empezó a perseguir su helado por todo el suelo, con gran delicia para Juanita.

—¿Qué os ha parecido la señora Philpot? —preguntó la niña—. Es muy simpática, ¿verdad?

—Mucho —dijeron todos a la vez.

—Nos gusta estar en la granja —explicó Ana—. Hemos pasado toda esta mañana dando una vuelta por la finca en el «Land-Rover».

—¿Os llevó Bill? —preguntó Juanita—. Es tío mío. Pero no acostumbra hablar mucho con desconocidos.

—Pues a nosotros sí nos ha contado muchas cosas —dijo Julián —. Nos contó cosas muy interesantes. ¿Le gustan a él los almendrados?

—¡Oh, claro! —dijo Juanita, más bien escandalizada—. A todo el mundo le gustan los almendrados que hace mamá.

—¿Crees tú que podría comer seis? —preguntó Julián.

—¡Oh, sí! —repuso Juanita, escandalizada todavía, sus azules ojos abiertos de par en par.

—Muy bien. Ponme seis en una bolsa —dijo Julián—. Se los daré al regreso en agradecimiento por el hermoso viaje.

—Eso es muy amable por tu parte —dijo Juanita, complacida—. Mi tío ha estado toda su vida en la Granja Finniston. Deberíais decirle que os enseñase dónde estaba el castillo Finniston antes de que fuera incendiado y…

—¡Castillo Finniston! —exclamó *Jorge*, sorprendida—. Hemos recorrido toda la granja esta mañana y hemos visto todos los campos, pero no hemos visto ningún castillo en ruinas.

—¡Oh, no, no podríais ver nada! —dijo Juanita—. Ya os dije que se incendió. Hasta los cimientos, hace ya muchísimo tiempo. La Granja Finniston pertenecía al castillo. Hay algunos cuadros del castillo en una tienda al final de la carretera. Yo los vi y…

—Bueno, Juanita, Juanita, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que no debes hablarles a los clientes? —dijo la madre de Juanita, entrando con el ceño fruncido—. ¡Qué lengua tienes! ¿Cuándo vas a enterarte de que la gente no quiere oírte charlar y

charlar sin parar nunca?

—Nos gusta hablar con Juanita —dijo Julián cortésmente—. Dice cosas muy interesantes. Por favor, no le diga que se vaya.

Pero ya Juanita había huido, con las mejillas rojas y asustada. Su madre empezó a arreglar los dulces del mostrador.

—Veamos, ¿qué han tomado ustedes? —preguntó—. ¡Cielo santo! ¿Dónde han ido a parar los almendrados? ¡Si había aquí por lo menos dos docenas!

—Bueno… la verdad es que hemos tomado casi veinte, y el perro ha contribuido, desde luego, y Juanita nos ha puesto seis en una bolsa, así es que…

—Había veinticuatro en esta fuente —dijo la madre de Juanita, todavía asombrada—. ¡Veinticuatro! ¡Los conté yo misma!

—Y cinco helados —dijo Julián—. ¿Cuánto es todo? Eran unos almendrados estupendos.

La madre de Juanita no tuvo más remedio que sonreír. Ajustó la cuenta, y Julián pagó.

—Vengan ustedes de nuevo —dijo—, y no dejen que la charlatana de mi hijita les dé la lata.

Salieron a la calle, sintiéndose muy contentos con la vida. *Tim* seguía relamiéndose como si aún tuviera en los labios el gusto de los almendrados y los helados. Caminaron hasta el final de la calle y llegaron al senderito que llevaba a la finca. Ana se detuvo.

—Me gustaría echar un vistazo a los arreos de caballo que tienen en esta tiendecita de antigüedades —dijo—. Vosotros seguid adelante. Yo iré más tarde.

—Voy contigo —dijo *Jorge*, y se volvió hacia el escaparate de la tienda. Los muchachos continuaron andando.

—Probablemente echaremos una mano en algún trabajo de la granja —dijo Dick—. ¡Hasta luego!

En el mismo momento en que Ana y *Jorge* entraban en la tienda, salían dos personas que casi tropezaron con ellas. Una era el señor Henning, el norteamericano; la otra era un hombre al que no habían visto hasta entonces.

—Buenos días —les dijo el señor Henning, y salió a la calle con su compañero. Ana y *Jorge* entraron en la oscura tiendecita.

Había allí un anciano que daba golpecitos en el mostrador con

aire de gran enojo. Lanzó a las dos niñas una mirada tan llameante, que se sintieron asustadas.

—¡Ese hombre! —dijo el anciano, y frunció el ceño con tanta furia, que se le cayeron las gafas. Ana le ayudó a encontrarlas entre el revoltijo de baratijas antiguas que tenía sobre el mostrador. Se las caló de nuevo sobre la nariz y miró severamente a las dos niñas y a *Tim*.

—Si habéis venido a hacerme perder el tiempo, mejor es que os vayáis —dijo—. Soy un hombre muy ocupado. No me hacen gracia los niños. Meten la nariz en todo y tocan esto y lo otro y nunca compran nada. Como ese niño americano; es…, bueno, pero vosotras no sabéis de quién estoy hablando, ¿verdad? Estoy trastornado. Me saca de quicio ver que hay gente que quiere comprar nuestras hermosas antigüedades para llevárselas a un país donde no pintan nada. Pues por lo que a mí…

—Lo comprendemos perfectamente, señor Finniston —dijo Ana con su voz más suave—. Porque usted es el señor Finniston, ¿no es así? Yo sólo quería mirar esos antiguos arreos de caballo que usted tiene, por favor. No lo molestaré mucho tiempo. Estamos residiendo en la granja Finniston y…

—¡Ah, en la granja Finniston decís! —exclamó el anciano alegrándosele la cara—. Entonces habréis conocido a mi gran amigo, el viejo y querido Jonathan Finniston. ¡Mi gran amigo!

—¿Es el señor Philpot, el padre de los gemelos? —preguntó *Jorge*.

—No, no; me refiero al abuelo. Fuimos a la escuela juntos —dijo el viejo, excitado—. ¡Ah, yo podría contaros cosas muy curiosas de los Finnistons y del castillo que poseyeron en tiempos! Sí, sí, habéis de saber que soy un descendiente de los propietarios de aquel castillo, el que se incendió. ¡Oh, las cosas que podría contaros!

Y justamente en aquel momento empezó la Aventura, la aventura de la Granja Finniston que los Cinco no habrían de olvidar nunca.

Capítulo IX

UN RELATO MUY INTERESANTE

Ana y *Jorge* miraban fascinadas al extravagante viejecillo mientras éste les iba contando cosas. Estaba allí tras el mostrador de su oscura tiendecita de antigüedades, rodeado por cosas mucho más viejas que él mismo; un hombrecillo encorvado con sólo unos cuantos cabellos en la cabeza. Tenía una carita arrugada con ojos tan tapados por párpados caídos, que parecían mirar a través de las rendijas.

Las dos niñas se sintieron sobrecogidas al oír que el anciano señor Finniston descendía realmente de los remotos Finnistons que vivieron en el castillo Finniston.

—Por eso se llama usted así, ¿verdad? —preguntó Ana—. Háblenos del castillo. Sólo hoy nos lo han mencionado por primera vez. Pero ni siquiera sabemos exactamente dónde estuvo. No he visto una sola piedra cuando esta mañana dimos una vuelta por toda la finca.

—No, no podríais —dijo el señor Finniston—. Fue incendiado hasta los cimientos, y a lo largo de los siglos la gente ha ido cogiendo las piedras viejas para construir cercados. Sí, fue hace mucho, muchísimo tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó *Jorge*.

—Veamos: lo quemaron en 1192, siglo doce —dijo el señor Finniston—. En la época normanda, ya sabéis. ¿Habéis oído hablar alguna vez de los normandos? Hoy no enseñan en las escuelas como en mis tiempos, así es que tal vez…

—¡Claro que hemos oído hablar de los normandos! —dijo *Jorge*, indignada—. Cualquier niño lo sabe. Conquistaron Inglaterra, y el

primer rey normando fue Guillermo I el Conquistador, en 1066.

—¡Vaya, está bien! Se ve que habéis estudiado algo —dijo el señor Finniston—. Bueno, era un castillo normando; mirad, como el de este cuadro, ¿veis?

Y les mostró una copia de un viejo grabado. Las niñas se quedaron mirando el castillo de piedra allí representado.

—Sí. Es un castillo normando —dijo *Jorge*—. ¿Era igual el castillo Finniston?

—Tengo una copia de un viejo dibujo donde está representado —dijo el anciano—. Ya la buscaré y os la enseñaré algún día. Un castillo pequeño, por supuesto, pero un ejemplar muy hermoso. Bueno, bueno, no creo que os interesen mucho estos detalles. El cómo lo quemaron no lo sé. Todavía no se ha podido aclarar con certeza. Corre la leyenda de que fue atacado de noche por el enemigo y que dentro del castillo había traidores que le prendieron fuego, y mientras la gente del castillo estaba combatiendo el incendio, el enemigo entró y los mató a casi todos.

—Entonces, supongo que después de eso el castillo no seguiría siendo habitable —dijo Ana—. Pero es extraño que por ninguna parte se vea ni siquiera una sola piedra.

—¡Oh, en eso te equivocas! —dijo el señor Finniston con tono triunfal—. Hay piedras del castillo, las hay por toda la granja. Pero sólo yo y el abuelo sabemos dónde están ahora. Hay una vieja pared con algunas de las piedras del castillo en la parte de abajo, y hay un pozo… pero no, no debo deciros estos secretos. Podríais contárselos a los americanos que vienen por aquí a comprar todos nuestros viejos tesoros.

—Nunca haremos eso, lo prometemos —dijeron ambas niñas al mismo tiempo, y *Tim* golpeó con la cola en el suelo como si también él quisiera dar su palabra.

—Bueno, quizás el abuelo quiera mostraros una o dos de las viejas piedras del castillo —dijo el señor Finniston—. Pero lo dudo, lo dudo. Os diré una cosa que podéis ver en la casa de campo. Como todo el mundo lo sabe, no es ningún secreto. ¿Habéis visto la vieja puerta de la cocina, la que da al patio?

—Sí. ¿Se refiere usted a la puerta de roble tachonada de clavos de hierro? —preguntó Ana inmediatamente—. Ahora están muy de

moda como portones en las casas corrientes. No irá usted a decirnos que esa puerta de casa de campo es verdaderamente antigua.

El señor Finniston se llevó las manos a la cabeza y gimió como si le doliera.

—¡De moda! ¡De moda! ¿Adónde vamos a parar? ¿Cómo es posible confundir esa hermosa puerta antigua con las ridículas copias que veis en las casas modernas? ¿Adónde va el mundo, Señor? ¿No os dais cuenta de que esa puerta es verdadera, vieja de siglos, y que una vez colgó sobre grandes goznes en un castillo? ¿No os dais cuenta de cuándo las cosas son venerables con el paso de los años?

—Bueno —dijo Ana, bastante turbada—, no me he fijado en la puerta, pero es que, mire usted, aquella parte está muy oscura y realmente no podemos verla muy bien.

—Sí, sí, mucha gente va siempre con los ojos casi cerrados —dijo el señor Finniston—. Echad una ojeada a esa puerta, palpadla, mirad el gran llamador que tiene. Pensad en la vieja gente normanda que hace siglos martilleaba la puerta con ese llamador.

Jorge suspiró. Aquel tipo de cosas no le interesaba a ella tanto como a Ana. De pronto se le ocurrió una idea.

—Pero, señor Finniston, si el castillo estaba construido de piedra, ¿cómo es que se quemó hasta los cimientos? —preguntó—. ¿Qué sucedió?

—No he podido averiguarlo —dijo el señor Finniston tristemente —. He estado en todas las bibliotecas antiguas del condado y he examinado todos los viejos libros de aquella época, y he rebuscado entre los viejos pergaminos de la iglesia de Finniston. Lo único que he podido sacar en claro es que el castillo fue asaltado por enemigos y, como ya he dicho, un traidor que estaba dentro prendió fuego al castillo al mismo tiempo. Los techos cedieron, y el castillo se vio envuelto en llamas desde las almenas a los fosos. Los grandes muros se derrumbaron hacia dentro y cubrieron la base, y la familia Finniston huyó. A lord Finniston lo mataron, pero su mujer recogió a los niños y los escondió. Se dice que los escondió en la vieja capilla, la que está cerca de los graneros de la granja. Tal vez los llevó por un pasadizo secreto subterráneo que iría desde los calabozos hasta la capilla misma.

—¿Qué dice? ¿Que todavía hay allí una vieja capilla? —preguntó Ana—. ¿No la quemaron también?

—No, no la quemaron. Todavía está en pie —dijo el señor Finniston—. El abuelo os la enseñará. —Movió la cabeza pesarosamente—. Ahora es un almacén para granos. ¡Lástima, lástima! Pero, fijaos, veréis que todavía está llena de oraciones.

Las niñas se quedaron mirándolo, preguntándose qué habría querido decir. Empezaban a pensar que debía estar un poco loco. Permaneció allí un rato con la cabeza inclinada sin decir nada. Luego alzó los ojos.

—Bueno, ésa es la historia, jovencitas, no un cuento cualquiera, sino historia de verdad. Ocurrió hace más de setecientos años. Y os voy a decir algo más.

—¿Qué? —preguntaron las dos niñas.

—Aquel castillo tenía bodegas y calabozos —dijo el anciano—. El fuego sólo quemó hasta el suelo de la planta baja, que estaba hecho de tierra apisonada, no de madera, y por eso no pudo arder. Las bodegas y los sótanos no pueden haber sido destruidos, continúan allí sin haber sufrido daños. Eso es lo que llevo pensando desde que tengo uso de razón. Pero ¿dónde están esas bodegas que deben hallarse intactas?

Hablaba con una voz tan hueca, que las niñas llegaron a sentirse amedrentadas. *Jorge* fue la primera en tranquilizarse.

—Pero ¿por qué no se han descubierto nunca los calabozos? —preguntó—. Quiero decir, seguramente alguien pensó en ellos y se preguntó asimismo dónde estarían situados.

—Bueno, cuando el castillo se derrumbó y se cayeron los muros, cualesquiera entradas subterráneas debieron de quedar cubiertas completamente con piedras enormemente pesadas —dijo el señor Finniston, mirando a las niñas con gran seriedad—. Los campesinos y jornaleros que vivían alrededor seguramente no podían moverlas y es probable también que estuviesen asustados. Quizás esas piedras estuvieron en el mismo sitio durante años y más años hasta que el viento y los cambios de temperatura fueron rompiéndolas. Entonces se las llevaron para construir cercados y brocales de pozo. Pero ya por ese tiempo todo el mundo se había olvidado de los calabozos. Porque esto debió de ocurrir siglos después.

Se detuvo y estuvo rumiando algún tiempo. Las niñas esperaban cortésmente que continuase.

—Sí, todo el mundo se olvidó, y todo el mundo sigue olvidándose —dijo—. Algunas veces me despierto en mitad de la noche y me pregunto qué habrá en aquellos sótanos. ¿Huesos de prisioneros? ¿Cajones de monedas? ¿Cosas metidas allí por la señora del castillo? No dejo de nacerme tales preguntas.

Ana se sentía incómoda. ¡Pobre viejo! Vivía absolutamente en el pasado. Su imaginación le había tejido una fantasía viviente, una historia que no tenía fundamento cierto ni verdad demostrable. Le daba lástima. Deseaba poder ir y ver el sitio donde se había alzado en tiempos el viejo castillo. Estaría todo cubierto de hierbas y yerbajos, se mecerían allí las ortigas, y en verano ondearían las amapolas. Probablemente no habría nada en absoluto que mostrar en el sitio donde en tiempos se había alzado un orgulloso castillo, recortadas sus torres contra el cielo, con las banderas flameando en las almenas. La niña podía casi oír los gritos del enemigo que se acercaba en un galope furioso, y el ruido temible del choque de las espadas. Tuvo un escalofrío y se enderezó.

«Estoy tan loca como ese pobre viejo —pensó—. Me dejo llevar de la fantasía. Pero es que es un cuento tan bonito. A los muchachos les gustará oírlo. Me pregunto si el americano estará enterado».

—¿Conoce ese americano, el señor Henning, la vieja historia? —preguntó, y el anciano se puso rígido de repente.

—La historia completa, no; sólo lo que ha oído en el pueblo —dijo—. Viene aquí y no hace más que fastidiarme. Le gustaría traer hombres y excavar todo el paraje. Lo sé. Sería capaz de comprar toda la granja nada más que por localizar la situación del castillo, si realmente supiera que había algo de valor en los sótanos del edificio desaparecido. No le contaréis nada de lo que os he dicho, ¿verdad? He hablado demasiado. Siempre me pasa lo mismo cuando alguien me saca de quicio. ¡Ah, pensar que mis antepasados vivieron en el castillo Finniston y que ahora yo estoy aquí: un pobre viejo en una tiendecita de antigüedades a la que no viene nadie!

—Bueno, nosotros vendremos —dijo Ana—. Quería comprarle algunos arreos de caballo, pero ya lo haré otra vez. Ahora está usted nervioso. Será mejor que descanse.

Salieron de la tiendecita casi de puntillas.

—¡Cielo santo! —exclamó *Jorge*, excitada—. No veo la hora de contárselo a los muchachos. ¡Qué historia! Y en realidad parece que tiene un gran fondo de verdad, ¿no crees, Ana? Propongo que nos dediquemos a descubrir dónde estuvo realmente ese viejo castillo. Y luego haremos un registro a fondo. ¿Quién sabe lo que podremos encontrar? ¡Anda, volvamos a la granja lo antes posible!

Capítulo X

UNA BUENA RACIÓN DE GRITOS

Ana y *Jorge*, con *Tim* corriendo delante de ellas, regresaron a la granja para buscar a los muchachos, pero no pudieron verlos por ninguna parte y se dieron por vencidas. Entraron en la casa y encontraron a la señora Philpot pelando guisantes. Inmediatamente se hicieron cargo de la faena.

—Los muchachos están todavía ayudando a arreglar el gallinero —dijo la señora Philpot—. Los Enriques se sienten muy complacidos al tener dos pares de manos más que los ayuden. Siempre hay algo que necesita reparación. Si pudiéramos adquirir unas cuantas cosas que necesitamos con urgencia, un tractor nuevo, por ejemplo… ¡Pero cuestan tanto! También hay que reparar los graneros, y en cuanto a los gallineros, están casi derrumbándose.

—Espero que la cosecha será buena este año —dijo Ana—. Eso será una ayuda, ¿no?

—¡Oh, sí, no dejamos de rezar para que continúe el buen tiempo! —dijo la señora Philpot—. Gracias a Dios, las vacas dan mucha leche. No sé qué íbamos a hacer sin el dinero que sacamos de la leche. Pero, ¿para qué voy a molestaros con mis problemas, si habéis venido aquí a pasar unas alegres vacaciones?

—Usted no nos molesta y creemos que es muy amable por su parte que nos deje ayudarla un poco —dijo Ana—. Nos disgustaría que no nos lo permitiese.

Las niñas no tuvieron ninguna oportunidad de poder decir a los muchachos lo que el viejo señor Finniston les había contado. Ellos estaban en los gallineros con los dos Enriques y *Retaco*, martilleando y aserrando alegremente. *Retaco* estaba encantado de

tener a tanta gente que silbaba con alegría en torno de él, y se afanaba en transportar trozos de madera de un niño a otro, en la equivocada creencia de que estaba prestando una gran ayuda.

Nariguda, la urraca, estaba allí también, pero no se granjeaba tantas simpatías como *Retaco*. Se lanzaba contra cualquier clavo o tornillo brillante que veía y levantaba el vuelo con él sin preocuparse de los indignados gritos que la seguían.

—¡Otra vez esa estúpida urraca! —dijo Julián, alzando la cabeza, enfurecido—. Acaba de quitarme el clavo justo que me hacía falta. ¡*Nariguda* de nombre y descarada por naturaleza!

Los gemelos reían. Ahora parecían niños completamente diferentes: amistosos, divertidos, serviciales y formalitos. Julián y Dick los admiraban: ningún trabajo era demasiado difícil para ellos, ninguna hora era demasiado larga para ellos si podían ayudar a su padre o a su madre.

—Nos irritaba pensar que ibais a venir, porque nos imaginábamos que eso le daría a mamá mucho más trabajo —explicó Enrique—. Pensamos que si nos mostrábamos groseros con vosotros os marcharíais. Pero no habéis venido para dar más trabajo. Ayudáis muchísimo. Es agradable teneros aquí.

—Espero que las niñas hayan vuelto ya —dijo Dick—. Sé que vuestra madre necesitará ayuda para los guisantes, con la cantidad tan enorme que tendrá que pelar para tanta gente… Veamos, contando a vuestro abuelo, casi doce personas para la comida. ¡Uf, confío en que las niñas hayan llegado! ¡Ah, ahí viene otra vez la urraca descarada! ¡Ten cuidado, Julián, te va a quitar uno de esos tornillos! ¡*Retaco*, échala!

El diminuto perro de aguas se lanzó contra la picuda urraca, ladrándole con su aguda vocecita, muy contento de tener tantos niños alrededor. *Nariguda* voló hasta lo alto del gallinero y movió las alas queriendo decir con sus chasquidos cosas muy groseras en voz muy alta realmente.

La comida fue más bien casi un banquete, por el número de personas que concurrió. El abuelo frunció el ceño cuando vio entrar al señor Henning con Junior. Éste se dirigió a su sitio en la mesa lanzando a *Jorge* su mejor mohín. Pero ella era tan buena como Junior en lo de hacer mohines, y el señor Henning, que por

casualidad la vio hacer aquella mueca gigantesca, se escandalizó.

—Vamos, vamos, muchacho —le dijo—. ¿Por qué pones una cara tan fea?

Nadie le explicó que *Jorge* era una niña. La señora Philpot se sentía en realidad muy divertida. Le tenía simpatía a *Jorge* y no podía menos de pensar que realmente habría sido un muchacho muy agradable.

—Oiga… señor Philpot, ¿le molestaría que trajese mañana aquí a un amigo para la comida del mediodía? —preguntó el señor Henning—. Se llama Durleston, señor Durleston, y es una gran autoridad en antigüedades. Va a darme algunos consejos. Como recordará, usted me habló de que tenía una vieja caldera empotrada en la pared de uno de los dormitorios y donde en otros tiempos la gente solía meter ascuas para preparar calientacamas y ladrillos y meterlos entre las sábanas. He pensado que…

—Supongo que ha pensado usted que la podría comprar —vociferó de pronto el viejo abuelo desde su sitio en la cabecera de la mesa. Golpeó en el mantel con el mango del cuchillo—. Pues lo primero que tiene que hacer es pedirme permiso a mí, ¿sabe? Esta casa es mía aún. Soy un viejo, tengo cerca de noventa años, pero todavía conservo la cabeza firme. No me gusta que se vendan las cosas que han pertenecido a nuestra familia durante centenares de años. No me gusta. Y le digo…

—Vamos, vamos, abuelo, no se excite usted —dijo la señora Philpot con su voz más suave—. ¿No le parece que es mejor vender cosas viejas que no vamos a utilizar nunca, para comprar herramientas nuevas o madera para reparar los graneros?

—¿Por qué no vendérselas entonces a nuestra propia gente? —vociferó el abuelo, dando golpes otra vez con el cuchillo—. ¡Sacarlas de nuestro país! ¡Forman parte de nuestra historia! ¡Vender nuestro derecho de primogenitura por un plato de lentejas, eso es lo que estamos haciendo! Y eso lo dice la Biblia, permítame que se lo diga, señor Henning, en caso de que no lo sepa.

—Claro que lo sé —dijo el señor Henning poniéndose en pie y vociferando como el abuelo—. No soy tan ignorante como parece que usted cree de mí. Debiera alegrarle que un país pobre, arruinado y retrógrado como Bretaña haya conservado algo que

vender a un país hermoso y floreciente como Norteamérica. Usted…

—Basta ya, señor Henning —dijo la señora Philpot, con tal dignidad, que el señor Henning se puso colorado y se sentó a toda prisa.

—Lo siento, señora —dijo—. Pero ese viejo me saca de mis casillas. Ésa es la verdad. ¿Qué mosca le ha picado? Todo lo que quiero es comprar cosas que ustedes quieren vender. Ustedes necesitan tractores nuevos, yo quiero trastos viejos, y estoy dispuesto a pagarlos. Sólo se trata de eso: de comprar y vender.

—¡Trastos viejos! —vociferó de nuevo el abuelo, golpeando esta vez con su vaso—. ¿Llama usted trasto viejo a esa antigua rueda de carreta que nos compró? ¡Pero si tiene más de doscientos años! La hizo mi bisabuelo, él me lo contó, cuando yo no era más que un chiquillo. No encontrará usted otra rueda como ésa en Inglaterra. Esa rueda se hizo antes de que hubiera nacido el primer norteamericano. Le digo a usted…

—Vamos, vamos, abuelo, ya sabe que se pondrá enfermo si sigue así —dijo la señora Philpot, y se levantó y se dirigió al anciano, que estaba temblando de furia—. Usted pertenece a los viejos tiempos, y no le gustan los tiempos nuevos, y yo no se lo censuro. Pero las cosas cambian, ya sabe usted. Cálmese y venga conmigo y tiéndase un ratito.

Sorprendentemente, el anciano permitió que la señora Philpot lo sacase de la estancia. Los siete niños habían permanecido en completo silencio mientras se desarrolló la discusión. El señor Philpot, con aire disgustado, rompió su silencio habitual y dirigió unas pocas palabras al señor Henning, quien también tenía una expresión de disgusto.

—Una tormenta en un vaso de agua —dijo—. Pronto despejará.

—¡Hum! —dijo el señor Henning—. Me ha estropeado la comida. Viejo egoísta, ignorante y rudo.

—No es verdad —dijo uno de los gemelos, con una voz que temblaba de cólera—. Es…

—¡Basta ya, Enrique! —dijo su padre, con voz tan severa, que Enrique se calló de improviso, pero empezó a rechinar los dientes para mostrar que todavía estaba enfadado, haciendo un ruido muy curioso en la mesa, que entonces se había quedado silenciosa.

Junior había permanecido callado como un ratón todo el tiempo, asustado ante el furioso anciano. *Tim* había soltado unos pocos y pequeños gruñidos, y *Retaco* había salido disparado de la cocina tan pronto el abuelo había empezado a gritar.

La señora Philpot volvió y se sentó, con aire de tristeza y de cansancio. Julián empezó a hablarle de Juanita y de los almendrados, y pronto consiguió hacerla sonreír. Incluso se rió alegremente cuando *Jorge* le contó que habían traído seis almendrados para dárselos a Bill por haberlos llevado en el «Land-Rover».

—Yo sé cómo son esos almendrados —declaró Junior—. Una semana compré más de treinta. Son sencillamente maravillosos.

—¡Treinta! No es de extrañar entonces que tengas esa cara de luna llena —dijo *Jorge*, antes de poder contenerse.

—¡Cara de luna llena, tú! —replicó Junior, sintiéndose a salvo con su padre al lado.

Oyó un repentino y ominoso gruñido bajo la mesa, sintió un cálido aliento en la desnuda pierna y decidió no decir nada más. Se había olvidado completamente del vigilante *Timoteo*.

Julián pensó que había llegado la hora de tener una conversación algo más alegre y empezó a hablarle a la señora Philpot de los gallineros y de la buena tarea que estaban haciendo remendándolos contra la lluvia. El señor Philpot escuchaba también, asintiendo de vez en cuando con una inclinación de cabeza, hasta llegar a tomar parte en la conversación.

—Sí, sabéis manejar bien las manos, muchachos. Eché una ojeada cuando pasé por allí. ¡Buen trabajo!

—También Enriqueta es buena —dijo Enrique inmediatamente —. Ella ha reparado ese rincón por donde entraban las ratas. ¿No es verdad, Enrique?

—Yo quería ayudar, papaíto, pero me echaron como si fuera un perro sarnoso —dijo Junior con tono de queja—. No quieren que esté con ellos. Eso me hace sentirme solo, papaíto. ¿No podría salir contigo esta tarde?

—No —dijo el padre tajantemente.

—Por favor, papaíto —insistió Junior con voz quejumbrosa—. ¡Déjame ir contigo, papá!

—¡No! —repitió el padre, exasperado.

Tim soltó un nuevo gruñido. No le gustaban las voces irritadas. No podía comprender por qué había allí tantas disputas y permanecía en pie, tenso y al acecho, hasta que *Jorge* le dio un suave golpecito con la punta del pie. Entonces se tendió, poniendo la cabeza sobre los pies de su ama.

Todo el mundo se sintió contento cuando la comida terminó, aunque los platos habían sido deliciosos. Las niñas y Enriqueta insistieron en que la señora Philpot debía retirarse a descansar mientras ellas quitaban la mesa y fregaban la vajilla.

—Bueno, procurad mostraros amables con Junior esta tarde —dijo ella al marcharse—. Se quedará completamente solo cuando su padre se vaya. Permitidle que esté con vosotros.

Nadie contestó. No tenían la menor intención de permitir que Junior estuviese con ellos. «¡Mocoso mimado y sin educación!», pensó *Jorge*, barriendo con tanta fuerza que casi derribó a Ana.

—Julián —dijo en voz baja, agarrándolo junto a la puerta cuando el muchacho salía—, Ana y yo tenemos algo interesante que contaros. ¿Dónde estaréis esta tarde?

—Supongo que en los gallineros —dijo Julián—. Allí os esperaremos a ti y a Ana. Podremos vernos dentro de una media hora.

Junior tenía buen oído. Escuchó exactamente lo que *Jorge* había dicho, y en seguida se sintió lleno de curiosidad. ¿Qué era esa cosa tan interesante que *Jorge* quería contarle a los muchachos? ¿Era un secreto? Perfectamente; ya procuraría él enterarse.

Y así, cuando las niñas acabaron su trabajo y se pusieron en marcha hacia los gallineros, Junior las siguió discretamente a cierta distancia. Se mantuvo sin ser visto hasta que observó como *Jorge* y Ana desaparecían en un gallinero donde los demás estaban trabajando, y entonces se arrastró hasta un rincón del exterior y pegó la oreja a un agujero que había en la madera. «¡Voy a hacer que se arrepientan de tenerme tan apartado! ¡Ya verán como lo consigo!».

Capítulo XI

UNA CHARLA MUY EXCITANTE

Los muchachos estaban ocupados dando martillazos y aserrando, y las niñas se sentaron a esperar que cesase el ruido. Estaba por allí *Retaco*, dando saltos ridículos con pedacitos de madera en la boca, y *Nariguda*, la urraca, se había enamorado de pronto de las virutas que ahora cubrían el suelo, y corría entre ellas dando chasquidos y picoteándolas.

Afuera, las gallinas cacareaban y cloqueaban, y no lejos de allí los patos parpaban ruidosamente.

—Ésos son los ruidos que a mí me gusta oír —dijo Ana, sentándose en un saco que había en un rincón. Alzó la voz y sobre el estruendo de los martillazos le gritó a Dick—: ¿Necesitas que te echemos una mano, Dick?

—No, gracias —respondió Dick—. Vamos a acabar esta parte y luego haremos un descanso para escuchar lo que tengáis que contarnos. Vosotras sentaos y admirad nuestra maravillosa obra de carpintería. Sinceramente, creo que ganaría muchas libras a la semana si me dedicase a esto.

—¡Ten cuidado, la urraca va a quitarte los clavos! —gritó *Jorge*. *Tim* dio un salto como si fuera a perseguir a *Nariguda*, y la urraca voló prontamente hasta una viga y se puso a soltar allí graznidos que parecían risotadas. *Tim* pensó que era desde luego un pájaro muy exasperante. Volvió a tenderse de golpe.

Por último, los niños acabaron la tarea en que estaban empeñados y se sentaron, pasándose las manos por las mojadas frentes.

—Bueno, ahora podéis contarnos las novedades —dijo Dick—.

Menos mal que nos hemos librado del pelmazo de Junior; no habría sido raro que le hubiese clavado por error unas cuantas puntas si hubiese venido a molestarnos esta tarde. —Imitó el habla quejumbrosa de Junior—: ¡Por favor, déjame ir contigo, papaíto!

Afuera, con la oreja pegada al agujero, Junior apretó los puños. Gustosamente le habría clavado unas cuantas puntas a Dick en aquel momento.

Jorge y Ana empezaron a contar a los cuatro niños lo que el viejo señor Finniston les había referido aquella mañana.

—Se trata del castillo Finniston —dijo Ana—. El viejo castillo que dio su nombre al pueblo y a la granja. El anciano que nos contó todo esto se llama también Finniston y aunque parezca raro es descendiente de los Finnistons que vivieron en el castillo hace muchos siglos.

—Parece que se ha pasado la mayor parte de su vida tratando de descubrir todo lo relativo al viejo castillo —dijo *Jorge*—. Dice que ha rebuscado en las viejas bibliotecas y en los documentos antiquísimos que se conservan en la iglesia para poder averiguar algo que le permita reconstruir la historia del castillo.

Fuera del gallinero, Junior contenía el aliento para no perder ni una sola palabra. ¿Cómo? Su padre le había dicho que no podía sacarle una sola palabra a aquel viejo señor Finniston de la tienda de antigüedades, ni una palabra sobre el castillo y sobre su historia, y ni siquiera sobre dónde se hallan las ruinas… Entonces, ¿por qué se lo había contado a Ana y a aquel antipático muchacho que era *Jorge*? Junior se sentía irritado y se dispuso a escuchar con mayor avidez aún.

—Cuenta la historia que en el siglo XII unos enemigos vinieron a atacar el castillo una noche y que ya había traidores en el interior, quienes le prendieron fuego, por lo que la gente del castillo tuvo que dedicarse a combatir el incendio y no estaban preparados para la lucha —dijo *Jorge*—. El interior del castillo se quemó hasta los cimientos, y luego los grandes muros de piedra se derrumbaron hacia adentro, formando enormes montones que cubrieron el sitio donde se había alzado el castillo.

—¡Uf! —dijo Dick, imaginándoselo todo—. ¡Qué nochecita debió de ser ésa! Supongo que todo el mundo perecería por las armas o

por el fuego, ¿no?

—No, a la señora del castillo no la mataron, y se dice que trasladó a sus hijos a la capillita que está cerca de la casa de campo (por cierto, gemelos, tenemos que ir a verla) y que allí permanecieron a salvo. Como quiera que sea, algunos miembros de la familia debieron escapar, porque uno de sus descendientes es el propietario de esa tiendecita de antigüedades, el viejo señor Finniston.

—Eso es tremendamente interesante —dijo Julián—. ¿Dónde estaba situado el castillo? Debería reconocerse fácilmente a causa de las grandes masas de piedras que cayeron cuando se derrumbaron los muros.

—Pues no, ahora no están allí —dijo *Jorge*—. El señor Finniston opina que cuando el viento y los cambios de temperaturas las rompieron en trozos más pequeños fueron retiradas por los granjeros y campesinos que vivían por los alrededores, para construir cercados o brocales de pozo. Dice que hay algunas en esta granja. Él tampoco sabe dónde estuvo en tiempos el castillo, porque el paraje debe de estar cubierto de hierbas, y si no ha quedado ninguna piedra como referencia, no sería fácil localizarlo.

—¡Pero, oh, Julián, cuánto me gustaría que pudiéramos encontrarlo! —exclamó Ana con voz excitada—. Porque, como dice el señor Finniston, las bodegas y los calabozos, probablemente siguen donde estaban, intactos. Haceos cargo, nadie pudo descubrirlos durante años a causa de las pesadas piedras allí amontonadas, y cuando se llevaron las piedras, la gente se había olvidado de todo lo relativo al castillo y a los calabozos.

—¡Caramba!, entonces todavía pueden seguir donde estaban, con lo que quiera que se hubiese guardado en ellos hace centenares de años —dijo Dick, excitado—. Puede que haya allí cosas de un valor incalculable, tan viejas como las colinas. Quiero decir que incluso una vieja espada rota valdría su peso en oro por ser tan antiquísima. Bueno, no digamos ni una palabra de todo esto delante del americano, porque es capaz de ponerse a excavar en toda la finca.

—Eso, ni pensarlo —dijo *Jorge*—. No se enterará de una sola palabra.

¡Ay! Poco sospechaba *Jorge* que ni una sola palabra se le había escapado a Junior, cuya oreja izquierda todavía estaba pegada al agujero de la madera. Tenía la cara roja de sorpresa y satisfacción. ¡Vaya un secreto! ¿Qué diría su padre? ¡Calabozos! ¡Quizá llenos de oro y de joyas y de toda clase de cosas! Se frotó las manos encantado pensando que pronto daría una lección a aquellos niños antipáticos, pues en cuanto su padre regresara, se lo contaría todo. ¡Qué gracia!

Tim oyó el ruidito que hizo Junior al frotarse las manos, y se irguió, gruñendo, con las orejas empinadas. *Retaco* gruñó también, un ruidito en miniatura que nadie tomó en serio. *Tim* oyó luego cómo Junior se escabullía con el mayor silencio posible, lleno de miedo porque había oído gruñir al perrazo. *Tim* gruñó de nuevo y seguidamente ladró con fuerza, corriendo hacia la puerta cerrada del gallinero, que se puso a arañar con las manos.

—¡Alguien está afuera, pronto! ¡Si es Junior, lo echaré al montón de estiércol! —gritó Dick, y abrió la puerta de par en par. Todos salieron en tropel y miraron en torno, pero no había nadie. Junior había puesto pies en polvorosa y estaba ahora a salvo detrás del seto más próximo.

—¿Qué era, *Tim*? —preguntó *Jorge*. Se volvió hacia los demás—. Puede que haya oído a las gallinas escarbando cerca de la puerta —explicó—. No hay nadie por aquí. Por un momento temí que fuera esa sabandija de Junior. No dejaría de contárselo todo a su papaíto.

—Escuchad, gemelos: el señor Finniston nos dijo que una de las cosas que se salvó del castillo, o que tal vez se encontró después, fue una gran puerta de roble con tachones de hierro —dijo Ana, que se había acordado de pronto—. ¿No es ésa una de las puertas de vuestra cocina?

—Sí, debe de ser la puerta que da al pasillo oscuro —dijo Enrique—. Vosotros no os habréis fijado mucho porque casi siempre está abierta, y aquella parte está muy oscura. Ahora que lo decís, caigo en la cuenta de que muy bien podría provenir del castillo. Es enormemente gruesa y fuerte. Me pregunto si papá estará enterado.

—Se lo diremos —dijo Enriqueta—. Bueno, ¿y si alguna vez saliéramos a buscar el sitio donde estuvo el castillo? ¡Si pudiéramos encontrarlo! ¿Creéis que si encontramos las bodegas y los calabozos

llenos de cajas y de cosas, nos pertenecerían? La granja desde luego pertenece a nuestra familia, y toda la tierra de los alrededores.

—¿Sí? Bueno, pues entonces, naturalmente, todo lo que se encuentre en esta tierra será vuestro —dijo Julián.

—¡Podríamos comprar un nuevo tractor! —dijeron los gemelos, al unísono, con idéntica voz excitada.

—Vamos a buscar ahora mismo —propuso *Jorge*, con voz tan enérgica, que *Tim* se incorporó y se puso a ladrar.

—No. Debemos acabar antes este trabajo —dijo Julián—. Prometimos que lo haríamos. Sobra tiempo para husmear, puesto que nadie está enterado de esto excepto nosotros.

Naturalmente, Julián estaba equivocado. Junior lo sabía, y Junior pensaba contarle a su padre todo el secreto tan pronto como pudiese. Le costaba trabajo aguardar su regreso.

—Bueno, será mejor que volvamos a casa —dijo Jorge—. Le prometimos a la señora Philpot que cogeríamos algunas frambuesas para la cena, así es que vamos a buscar cestillos y a empezar. ¡Oh, espero que localizaremos el paraje del castillo! Estoy segura de que soñaré con él esta noche.

—Bueno, procura soñar dónde está el sitio —dijo Julián, con una carcajada—. Así, mañana por la mañana podrás llevarnos sin titubear al lugar exacto. Supongo que vosotros no tendréis la menor idea de dónde es, ¿verdad, gemelos?

—No —dijeron los dos, frunciendo el ceño—. Ni la menor idea.

Y Enriqueta añadió:

—Habéis visto lo grande que es la finca, y supongo que pudo estar construido en alguna parte de nuestros terrenos.

—Sí, pero probablemente cerca de la cresta de una colina —dijo Julián—. Como sabéis, los castillos solían dominar el terreno de los alrededores, para poder divisar fácilmente a los enemigos que se acercaran. Y además, *Jorge* dijo que el señor Finniston les habló de que la señora del castillo escapó con sus hijos y los llevó a salvo a la capilla, que no debería de estar muy lejos. Sospecho que el paraje del castillo no debía estar a más distancia que a medio kilómetro de la capilla, lo que reduce la extensión donde hay que buscar. A propósito: tenemos que echar una ojeada a esa capilla; resulta interesante, aunque la hayan utilizado como almacén durante años.

Las niñas estuvieron cogiendo frambuesas el resto de la tarde, y los muchachos acabaron sus tareas. Regresaron a la casa de campo para tomar el té, sintiéndose agradablemente cansados. Las niñas ya estaban allí, poniendo la mesa. Se precipitaron hacia los gemelos, y *Jorge* habló excitadamente:

—¡Gemelos! Hemos estado mirando la vieja puerta tachonada de clavos. ¡Es magnífica! Venid a verla, Julián y Dick. Si no procede del viejo castillo, yo soy la emperatriz de Hungría.

Los condujo hasta la gran puerta que se abría desde la cocina al pasillo que llevaba al patio. Con mucha dificultad, la movió para cerrarla. Todos miraron atentamente. Se comprendía que a *Jorge* le hubiese costado trabajo moverla. Era maciza y fuerte, hecha de roble viejísimo. Grandes tachones de hierro habían sido introducidos en la madera tan profunda y firmemente, que sólo destruyendo la puerta se habrían podido quitar. Había un curioso llamador de hierro en el centro de la parte exterior, y *Jorge* lo levantó y lo dejó caer dulcemente. Un sordo retumbo resonó en la cocina e hizo dar a los demás un respingo.

—Supongo que era el llamador que utilizaban las visitas que iban al castillo —dijo *Jorge*, riéndose ante las caras de sorpresa de los demás—. Forma bastante ruido para despertar a cualquiera y dar la alerta a los centinelas. ¿Creéis que era la puerta principal del castillo? Es lo bastante grande para eso. Debe de pesar unos cuantos cientos de kilos.

—¡Mirad, allí está Junior! —dijo Ana en voz baja—. Está sonriendo muy maliciosamente. ¿Qué creéis que estará tramando? Me gustaría saberlo.

Capítulo XII

REALMENTE MUY EMOCIONANTE

A la hora del té, Julián le habló a la señora Philpot sobre la vieja puerta de la cocina.

—Es una hermosa puerta antigua —dijo el niño—. ¿Cree usted que procede del castillo?

—Sí, eso dicen —contestó la señora Philpot—. Pero el abuelo sabe de eso mucho más que yo.

El abuelo no estaba sentado a la mesa. Se había arrellanado en su enorme y viejo sillón junto a la ventana, con *Retaco* a sus pies. Estaba fumando su pipa apaciblemente con una taza de té sobre el alféizar de la ventana.

—¿De qué se trata? —preguntó el anciano—. Hablad en voz alta.

Julián repitió lo que había dicho a la señora Philpot, y el anciano inclinó la cabeza asintiendo.

—¡Oh, sí! Esa puerta es desde luego del castillo. Está hecha con la misma madera de roble que las vigas de los graneros y los suelos de los dormitorios de arriba. También ese tipo americano me ha estado fastidiando con eso. Me ofreció cincuenta libras por la puerta. ¡Cincuenta libras! ¡No aceptaría ni mil! ¿Qué pinta esa vieja puerta colgada en una casa recién construida de ese país americano? No. He dicho que no y lo seguiré diciendo hasta quedarme ronco.

—Está bien, abuelo, no se irrite —dijo la señora Philpot, que luego le indicó a Julián en voz baja—: Cambia rápidamente de tema, o el abuelo empezará con su manía de siempre, pobre viejo.

Julián se estrujó los sesos para buscar un tema nuevo, y

afortunadamente recordó los gallineros. En seguida le empezó a contar al abuelo todo lo que habían hecho aquella tarde, y el anciano se calmó inmediatamente y escuchó con placer. *Retaco*, que había corrido asustado hacia los gemelos tan pronto como el anciano había empezado a gritar, volvió junto a él y se tendió a sus pies. *Tim* decidió también acercarse a ellos, y pronto el abuelo volvía a sentirse completamente feliz chupando su vieja pipa, con un perro a sus pies y el otro descansando la cabezota sobre su rodilla. Estaba demostrado que *Tim* quería, en efecto, al abuelo.

El señor Henning no regresó aquella noche, para alivio de todos, pero llegó al día siguiente poco antes de la comida, trayendo con él a un delgado hombrecillo que portaba gruesas gafas y al que presentó como señor Richard Durleston.

—¡El gran señor Durleston! —dijo orgullosamente—. Sabe más de las viejas casas de Inglaterra que cualquier otra persona del país. Me gustaría enseñarle esa vieja puerta después de la comida, señora Philpot, y esa extraña abertura en la pared del dormitorio de arriba que se usaba para conservar ascuas y ladrillos para calentar las camas hace siglos.

Afortunadamente, el abuelo no estaba allí para poner objeciones, y después que hubieron comido, la señora Philpot condujo al señor Durleston hasta la vieja puerta tachonada de hierro.

—¡Ah, sí! —dijo el forastero—. Completamente auténtica. Un ejemplar muy hermoso. Yo que usted, ofrecería doscientas libras, señor Henning.

¡Cómo le habría gustado a la señora Philpot aceptar semejante oferta! ¡Qué diferencia sería para ella en el modo de llevar su casa! Sacudió la cabeza.

—Tendrían ustedes que hablar con el abuelo —dijo—. Pero me temo que dirá que no. Ahora le llevaré a usted a ver el extraño hueco que hay en uno de los dormitorios.

Llevó al señor Henning y al señor Durleston arriba, y los cuatro niños fueron detrás, seguidos por *Tim*. Realmente era una extraña abertura la que había en la pared. Tenía una portezuela de hierro forjado bastante parecida a la portezuela de una antigua estufa. Dentro había una gran cavidad que indudablemente se había

utilizado como una especie de estufa donde colocar ladrillos para llevarlos a las camas frías. Algunos de los viejos ladrillos todavía estaban allí, efectivamente, ennegrecidos por el calor que habían recibido siglos atrás. La señora Philpot sacó lo que parecía ser una pesada bandeja de hierro de bordes ornamentados. Había en ella antiquísimos pedazos de carbón.

—Esta bandeja se utilizaba para conservar las ascuas antes de meterlas en los calientacamas —dijo—. Todavía conservamos uno de esos calientacamas; ahí en la pared, miren ustedes.

Los cuatro, tan interesados como los dos hombres, miraron el calientacamas de cobre, reluciendo en la pared con un fuerte brillo rojizo.

—Las ascuas se metían ahí —explicó la señora Philpot a los niños—, y luego esa especie de sartén era llevada con un largo mango por todos los dormitorios y se la dejaba reposar unos minutos sobre cada cama para calentarla. Y esta curiosa cavidad de la pared es, como ya os he dicho, el sitio donde la gente de hace muchos, muchísimos años, metía las ascuas y los ladrillos que, una vez calentados, eran envueltos en franela para ponerlos en las camas.

—¡Vaya, vaya! Todo esto es muy interesante. Y es muy raro ver cosas así tan bien conservadas —dijo el señor Durleston, mirando la abertura a través de los gruesos cristales de sus gafas—. También podría usted hacer una oferta por estas cosas, señor Henning. Es un interesante lugar antiguo éste. Creo que deberíamos echar un vistazo también a los graneros y a los edificios exteriores. Puede que haya algunas cuantas cosas que pueda usted adquirir ventajosamente.

Jorge pensó que era una suerte que los gemelos no estuviesen allí y no pudieran por tanto escuchar aquellas palabras. Parecían compartir con el abuelo la misma aversión a desprenderse de cualquiera de los tesoros pertenecientes a la vieja casa de campo. La señora Philpot guió a los dos hombres escaleras abajo, y los cuatro niños fueron detrás.

—Yo me encargaré de llevar al señor Durleston a la vieja capilla, señora —dijo el señor Henning, y la señora Philpot aprobó con una inclinación de cabeza.

Se apartó de ellos y se apresuró a volver a la cocina, donde tenía un pastel puesto en el horno. Los cuatro se miraron y Julián señaló a los dos hombres, que en aquel momento salían de la casa.

—¿Vamos nosotros también? —propuso—. Todavía no hemos visto esa capilla.

Así, pues, siguieron a los dos hombres y pronto llegaron ante un alto y extraño edificio con hermosas ventanitas de arcos abiertas en lo alto de los muros. Se quedaron a la puerta, a algunos pasos de distancia de los dos hombres, y miraron maravillados.

—Sí, en seguida se nota que fue en tiempos una capilla —dijo Julián, hablando instintivamente en voz baja—. Esas ventanas tan bonitas, ese arco de allá…

—Y la impresión que causa —dijo Ana—. Ahora comprendo por qué el anciano señor Finniston dijo en la tienda que aunque la capilla era ahora un granero, estaba todavía llena de oraciones. Se nota que aquí la gente venía a rezar, ¿no os da esa sensación? ¡Qué capillita tan linda! ¡Qué lástima que la utilicen como almacén!

—Me contó un viejo del pueblo, uno que tiene una tienda de antigüedades —dijo inopinadamente el señor Durleston—, que una tal lady Phillippa, que fue en tiempos la señora del castillo, traía aquí a sus quince hijos a enseñarles las oraciones. Es una historia bonita y probablemente cierta. Las capillas se solían construir cerca de los castillos. Me pregunto qué camino cogerían para ir desde el castillo a la capilla. Claro que como del castillo no queda el menor rastro, no lo podremos saber nunca.

—Me gustaría comprar esta capilla, derribarla y llevarla piedra a piedra a mi propiedad en los Estados Unidos —dijo el norteamericano entusiásticamente—. Es un bonito ejemplar, ¿verdad? Causaría un efecto maravilloso en mis tierras.

—No puedo aconsejarle eso —dijo el señor Durleston, meneando la cabeza—. No sería de buen gusto. Vayamos a esos edificios exteriores. Puede que haya algo interesante entre los viejos trastos.

Salieron, y los niños se quedaron detrás extasiados con la capillita. Había allí ordenadas pilas de sacos de granos y de productos que parecían fertilizantes. Una gata tenía tres gatitos acurrucados en uno de los sacos, y una paloma arrullaba en alguno de los arcos del techo. Era un sonido muy apacible, el más

apropiado para aquel sitio pequeño y silencioso. Los niños salieron calladamente sin sentirse inclinados a seguir por más tiempo al jactancioso señor Henning.

—Menos mal que el otro hombre le ha quitado de la cabeza la absurda idea de desmontar la capilla piedra a piedra —dijo Ana—. Me resultaría insoportable ver cómo este antiguo y delicioso edificio era derribado hasta los cimientos para trasladarlo a continuación a sabe Dios qué sitio.

—Parece que te has enfadado de verdad, Ana. Casi estás tan furiosa como el abuelo —dijo Julián, agarrando a su hermana del brazo—. No creo que el señor Henning pueda comprar la capilla. Ni aunque ofreciera por ella un millón de dólares.

—A mí me son muy simpáticos los americanos —dijo Ana—. Pero no precisamente el señor Henning. Éste quiere comprar historia como quien compra bombones o caramelos.

Los demás se echaron a reír.

—Bueno —dijo Julián—, ¿qué me decís de dar una vueltecita ahora para ver qué plan trazamos respecto a la localización del castillo? Me imagino que todos estamos de acuerdo en que no puede estar muy lejos de la capilla.

—Sí, en eso estamos de acuerdo —dijo Dick—. Y también lo estamos en que el castillo debió de estar probablemente en una colina. Lo malo es que en esta granja hay tantas colinas, que tardaríamos un año en recorrerlas todas.

—Vayamos por lo pronto a la colina más próxima —dijo *Jorge*—. ¡Ah, mirad, ahí están los gemelos! Vamos a llamarlos. Puede que les guste venir.

Los gemelos se acercaron y dijeron que sí, que desde luego les gustaría mucho tratar de localizar los restos del castillo.

—Pero podríamos tardar años —dijo Enrique—. Puede estar en cualquier parte de la granja.

—Por lo pronto nos proponemos examinar esta primera colina —dijo Julián—. Vamos, *Tim*; vamos, *Retaco*. ¡Caramba, aquí está también la urraca *Nariguda*! No te me pongas en los hombros, *Nariguda*. Tengo en mucho aprecio a mis orejas.

—Chack —graznó la urraca, y voló hacia los gemelos.

Subieron por la colina. Pero allí no se veía más que hierba.

Hierba por todos lados. Llegaron a un gran montículo y se quedaron mirándolo.

—Un topo muy grande es el que tiene que haber hecho esto —dijo Dick.

La frase hizo reír a todos, porque el montículo era tan alto que les llegaba a los hombros. Al pie podían verse madrigueras de conejos, aunque era poco probable que las utilizaran, ya que la gran enfermedad de los conejos, la mixomatosis, prácticamente los había exterminado a todos en la granja Finniston.

Tim no podía ver una madriguera de conejos sin ponerse a escarbar inmediatamente, y pronto él y *Retaco* estaban echando tierra sobre todo el mundo. *Retaco* era lo bastante pequeño como para colarse en una de las madrigueras. Fue lo que hizo, y volvió a los pocos segundos trayendo algo rarísimo: una cáscara de ostra. Julián, estupefacto, se la quitó de la boca.

—¡Mirad, una concha de ostra, y estamos a centenares de kilómetros del mar! ¿Cómo ha podido llegar aquí? Entra otra vez, *Retaco*. Escarba fuerte, *Tim*. ¡Ánimo! Se me está ocurriendo una idea.

Al poco tiempo, entre el trabajo de *Tim* y las exploraciones de *Retaco*, ya había sobre la hierba toda una colección de conchas de almejas y de huesos de distintos tamaños.

—¡Huesos! —dijo Ana—. No serán huesos de persona. No vayas a decirme, Julián, que este montículo tapaba una tumba antigua o algo por el estilo.

—No. Pero es algo más excitante todavía —dijo Julián—. Estoy casi seguro de que se trata de un viejo viertecocina.

—¿Un viertecocina? ¿Qué palabreja es ésa? —dijo Jorge—. ¡Oh, mirad, *Tim* trae otro montón de conchas!

—Un viertecocina es lo que podríamos llamar el basurero de las épocas antiguas —explicó Julián, al mismo tiempo que recogía algunas de las conchas—. A menudo era muy grande, cuando abarcaba toda la basura que salía de las casas solariegas… o de los castillos. Cosas como huesos y conchas no se pudren como otra basura, y creo que hemos encontrado el viertecocina del viejo castillo. ¡Qué hallazgo más magnífico! Ahora sabemos algo muy importante.

—¿Qué? —preguntaron todos, excitados.

—Pues sabemos que el castillo debió de estar situado en alguna parte de esta colina —dijo Julián—. Lo probable es que el viertecocina no estuviera lejos de sus muros. Estamos sobre la pista, exploradores, estamos sobre la pista. ¡Vamos, adelante, continuemos! Desplegarse. Examinad todo el terreno palmo a palmo.

Capítulo XIII

JUNIOR MONTA UNA SORPRESA

Los seis niños sintieron de pronto una oleada de excitación. A *Tim* le pasó lo mismo y se puso a ladrar ruidosamente. *Retaco* se unió al estrépito, y la urraca empezó a bailar de un hombro al otro de Enrique chascando roncamente. Junior, que los había visto ponerse en marcha y que estaba espiándolos, miraba sorprendido desde detrás de un matojo en un seto próximo. ¿A qué se debería toda aquella excitación? ¿Qué habrían encontrado *Tim* y *Retaco*?

Vio cómo los seis niños se desperdigaban y empezaban a subir despacio por la gran ladera de la colina. *Tim* los seguía, bastante perplejo. Le habría gustado saber qué era lo que estaban buscando, y entonces también él podría husmear. Junior seguía a salvo detrás del seto. Comprendía que si iba demasiado cerca detrás de los niños, *Tim* se daría cuenta y se pondría a ladrar.

De pronto, los Enriques lanzaron un grito.

—¡Eh! —Los otros interrumpieron su búsqueda y vieron como los gemelos se ponían a hacer señales muy nerviosos—. ¿Qué nos decís de esto? ¡Venid y mirad!

Todos corrieron hacia los gemelos, que estaban al borde de una pequeña loma a unos doscientos metros por debajo de la cresta de la colina que subía suavemente.

—¡Mirad! —dijo Enrique, haciendo un movimiento circular con el brazo—. ¿No sería éste un lugar probable para el asentamiento del castillo?

Los cuatro se quedaron mirando la gran depresión superficial que señalaban los gemelos. Su forma era como la de un plato muy llano, desde luego lo bastante grande para que allí hubiera estado

construido un castillo. Estaba cubierto de hierba muy espesa, de color un poco más oscuro que las hierbas de los alrededores.

Julián dio una palmadita en el hombro a Enrique.

—Sí, señor. Me apuesto algo a que aquí es donde estuvo en tiempos el castillo. ¿Por qué, si no, el terreno iba a mostrar de pronto esta depresión, como si se hubiera hundido por una u otra causa? La única razón podría ser la de que aquí hubo en tiempos un edificio enormemente pesado, y no podría ser otro que el castillo.

—No está muy lejos del basurero, ¿verdad? —preguntó Ana ansiosamente, volviendo la vista hacia la madriguera de los conejos para calcular la distancia.

—No, está a la distancia apropiada —contestó Julián—. No podían tenerlo demasiado cerca, porque olería mal, sobre todo con los calores. Pues sí, gemelos, creo que habéis localizado perfectamente el sitio del castillo, y estoy seguro de que si tuviéramos maquinaria para excavar, descubriríamos aquí calabozos, bodegas, pasadizos subterráneos y todo lo que contienen.

Los gemelos se pusieron rojos de excitación y miraron solemnemente aquella hondura circular verde de hierba.

—¿Qué dirá nuestra madre? —exclamaron los dos al mismo tiempo.

—Muchas cosas —contestó Dick—. Ésta puede ser la salvación de vuestra granja. Pero todavía no hay que decir una palabra, no vaya a enterarse el señor Henning. Vamos a ver a Bill y a pedirle que nos preste picos y azadones. Le diremos que hemos encontrado algunas conchas y huesos interesantes en la colina y queremos excavar un poco. Pronto sabremos si éste es efectivamente el lugar donde estuvo el castillo.

—Buena idea —dijo Julián, excitado por el pensamiento de ser uno de los primeros que penetrase en los viejos calabozos—. Vamos a recorrer este paraje y a ver qué extensión tiene.

Dieron una vuelta alrededor y llegaron a la conclusión de que era bastante grande para haber sostenido un amplio castillo. Una vez más pensaron que era extraño que la hierba tuviese allí un color diferente.

—Pero es que a veces ocurre que la hierba marca los sitios donde estuvieron en tiempos viejos edificios —dijo Julián—. Yo

creo que esto es lo más misterioso que nos haya ocurrido nunca, y me alegra mucho que hayan sido los gemelos los primeros en averiguar el lugar. Al fin y al cabo, ésta es su granja.

—¿No es aquél Junior, el que va corriendo por allí? —exclamó *Jorge* repentinamente al ver que *Tim* enderezaba las orejas y volvía la nariz al viento—. Sí, es él. Nos ha estado espiando, el muy intrigante. ¡Allá va, mirad!

—Bueno, no puede haberse enterado de mucho —dijo Julián, siguiendo con la mirada a la figurilla que corría—. Seguramente ni siquiera sabe que en estas tierras hubo en tiempos un castillo, y desde luego no podrá imaginarse que estamos buscando los restos. Está curioseando, eso es todo.

Pero Junior estaba muy bien enterado de todo lo referente al viejo castillo, porque había sorprendido la conversación de los niños en el gallinero. Y sabía muy bien lo que estaban buscando. Los había seguido lo más cerca posible, había escuchado sus gritos y comprendía ahora que había llegado el momento de correr junto a su padre y contarle todo lo que sabía.

Encontró a su padre, quien estaba todavía con el señor Durleston examinando una vieja chimenea.

—Esto vale la pena comprarlo —decía el señor Durleston—. Puede usted hacer que la desmonten y que la trasladen a su propia casa, porque es una cosa espléndida. Muy antigua. Y…

—¡Papaíto! ¡Mira, papaíto! ¡Escucha! —gritó Junior irrumpiendo bruscamente.

El señor Durleston lo miró con enojo. ¡Otra vez el molesto arrapiezo! Pero Junior no se preocupó de la fría acogida del anciano, y tiró insistentemente de la manga a su padre.

—¡Papá, ya sé cuál es el sitio donde el castillo estuvo en tiempos! ¡Y hay allí bodegas y calabozos subterráneos, llenos de tesoros, lo sé muy bien! Papá, esos chiquillos descubrieron el sitio, pero no saben que yo los vi.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Junior? —le reprochó su padre también un poco molesto—. No digas estupideces. ¿Qué vas a saber tú de castillos y calabozos y todo lo demás?

—¡Lo sé, lo sé! Oí todo lo que estuvieron hablando en el gallinero, te digo que lo sé —gritó Junior, volviendo a tirar de la

manga a su padre—. Papá, encontraron también un viejo montón de basuras que corresponde al castillo; le daban un nombre muy raro, algo así como…

—¿Un viertecocina? —preguntó el señor Durleston, interesándose repentinamente.

—Sí, eso es. Un viertecocina —dijo Junior triunfalmente—. Con huesos y conchas. Y luego buscaron el sitio donde podía haber estado construido el viejo castillo; decían que no podía estar lejos, y…

—Pues tenían razón —dijo el señor Durleston—. Un viertecocina es un punto de referencia muy claro. Señor Henning, esto es extremadamente interesante. Si usted consiguiera un permiso para excavar, sería…

—¡Oh, muchacho! —dijo el señor Henning, interrumpiendo, con los ojos casi fuera de las órbitas—. Imagínate lo que dirían los periódicos: «Un americano descubre restos de un castillo que estuvieron ocultos durante siglos. Excava calabozos, encuentra huesos de prisioneros de muchos siglos atrás, cajas llenas de monedas de oro…».

—No tan aprisa, no tan aprisa —dijo el señor Durleston desaprobadoramente—. Puede que no haya nada de eso. No contemos los pollos antes que salgan del cascarón. Y desde luego, ni una palabra a los periódicos, Henning. No tendría ninguna gracia que se llenara esto de gente, con lo que se elevaría el precio de la granja.

—No había pensado en eso —dijo el señor Henning, un poco avergonzado—. Está bien, procederemos con cuidado. ¿Qué aconseja usted?

—Yo aconsejaría que abordase usted al señor Philpot, no al abuelo, sino al granjero, y que le ofreciese, digamos, doscientas cincuenta libras por el derecho a excavar en la colina en cuestión —dijo el señor Durleston—. Luego, si tropieza usted con algo interesante, puede ofrecer otra suma más, pongamos otras doscientas cincuenta libras, por los hallazgos que realice allí. Si se encuentra algo será extremadamente valioso, antiguo, muy antiguo. Sí, ése es mi consejo.

—Y me parece muy acertado —dijo el señor Henning, lleno otra

vez de excitación—. Usted se quedará aquí y me asesorará, ¿no es cierto, Durleston?

—Desde luego, desde luego, si está usted dispuesto a pagar mis honorarios —dijo el señor Durleston—. Creo que quizá convenga que sea yo el que aborde al señor Philpot, no usted, Henning. A usted podría escapársele alguna palabra con el nerviosismo. Ni que decir tiene, vendrá usted conmigo, pero deje que sea yo el que hable.

—Muy bien, muchacho, usted se encarga de todo —dijo el señor Henning, lleno de simpatía por todo el mundo. Le dio una palmadita en la espalda a Junior, que no había perdido palabra—. ¡Bien hecho, hijo! Puede que nos hayas guiado hacia algo bueno. Y ahora, que no se te escape ni una sola palabra a nadie, ¿comprendes?

—Pierde cuidado, papá —dijo Junior—. ¿Crees que soy tonto? Desde ahora tendré un candado en la boca. ¿Cómo se me va a escapar nada, si estoy deseando darles una lección a esos niños tan engreídos? Tú ve a esa colina cuando ellos no estén y echa un vistazo por allí. El señor Durleston verá si es el sitio exacto o no.

Así, pues, cuando los seis niños y los perros no estaban a la vista, sino que se habían ido a ayudar en las diversas faenas de la granja, el señor Henning y el señor Durleston fueron con Junior a ver el viertecocina y el lugar donde se suponía que se había alzado el castillo. El señor Henning se puso muy excitado e incluso el minucioso señor Durleston resplandecía de satisfacción y movía la cabeza una y otra vez, asintiendo.

—Parece que es el sitio, en efecto —dijo—. Sí, esta noche, después que el terrible viejo, el abuelo, se haya acostado, empezaremos la gestión. Él podría estropeárnoslo todo. Es tan viejo como las colinas, pero listo como un lince.

Y así, aquella noche, cuando el abuelo se había ido a la cama, el señor Henning y el señor Durleston tuvieron una conversación muy reservada con el señor y la señora Philpot. El granjero y su esposa escucharon estupefactos. Cuando se enteraron de que el señor Henning se proponía darles un cheque de doscientas cincuenta libras, meramente por el derecho a hacer algunas excavaciones, la señora Philpot casi se echó a llorar.

—Y le he aconsejado al señor Henning que le ofrezca a usted nuevas sumas si él realiza hallazgos de cosas que le guste llevarlas a los Estados Unidos como recuerdos de su estancia tan agradable aquí —explicó el señor Durleston.

—Parece demasiado hermoso para ser cierto —dijo la señora Philpot—. Pero es un dinero que nos vendrá muy bien, ¿no es verdad, Trevor?

El señor Henning sacó su talonario de cheques y su pluma estilográfica antes de que el señor Philpot pudiera decir una palabra. Escribió la suma de doscientas cincuenta libras y firmó el cheque con un arabesco. Se lo presentó luego al señor Philpot.

—Y espero que podré darle más cheques en lo sucesivo —dijo—. Mañana traeré hombres que empiecen a excavar.

—Yo redactaré un contrato en debida forma —dijo el señor Durleston, pensando que veía una expresión de suspicacia en el rostro del señor Philpot cuando recogió el cheque—. Pero usted puede cobrar el cheque cuando quiera. Bueno, los dejamos para que hablen de esto.

Cuando a la mañana siguiente los gemelos y los cuatro se enteraron de lo ocurrido, se quedaron atónitos. La señora Philpot se lo contó primero a los gemelos, y Enrique y Enriqueta corrieron inmediatamente a buscar a los demás. Escucharon, asombrados y furiosos.

—¿Cómo es posible que se hayan enterado de todo eso? ¿Cómo han podido averiguar el sitio donde estuvo el castillo? —exclamó Dick con furia—. Me apostaría algo a que ha sido el intrigante de Junior quien ha organizado todo esto. Seguramente estuvo espiándonos. Y ayer creo que vi a dos personas en la colina, después de la hora del té. Debían de ser el señor Henning y ese amigo suyo, con Junior. ¡Cómo me gustaría darle un buen tirón de orejas a ese mocoso descarado!

—Bueno, me temo que ahora ya no podemos hacer nada —dijo *Jorge* malhumoradamente—. De un momento a otro llegarán camiones con hombres y picos y azadones y excavadoras y sabe Dios cuántas cosas más.

Tenía toda la razón. Aquella misma mañana la colina se convirtió en un lugar muy animado. El señor Henning había

contratado ya a cuatro hombres y éstos recorrieron la colina en su camión, pasaron junto al montículo del antiguo basurero y llegaron hasta la superficial depresión en forma de estanque, cerca ya de la cresta. En el camión rechinaban picos, palas y rastrillos. Junior estaba loco de alegría y bailaba a una distancia donde no podían alcanzarlo, gritando desafiante a los seis niños:

—Creíais que no sabía nada, ¿eh? Lo oí todo. Os lo tenéis bien merecido.

—¡*Tim*, persíguelo! —ordenó *Jorge* con voz furiosa—. Pero con cuidado, no vayas a hacerle daño. ¡Anda, ve!

Y *Tim* arrancó al galope, y si Junior no hubiese saltado dentro del camión y agarrado una pala, *Tim* lo habría hecho rodar más de una vez por el suelo.

¿Qué se podía hacer ahora? Los niños casi se daban por vencidos, pero no del todo. Tenía que haber una solución, algo que ellos pudieran hacer. ¿Por qué de pronto Julián se mostraba tan excitado?

Capítulo XIV

RETACO Y *NARIGUDA* SE MUESTRAN MUY SERVICIALES

—Escuchad —dijo Julián bajando la voz y mirando en torno para asegurarse de que no había nadie cerca—. ¿Recuerdas lo que nos dijiste, *Jorge*, sobre un pasadizo secreto desde el castillo a la vieja capilla?

—Sí, claro que lo recuerdo —dijo *Jorge*, y también Ana asintió con ojos brillantes—. ¿Te refieres a la historia que nos contó el anciano señor Finniston, en la tiendecita de antigüedades, sobre la señora del castillo que había puesto a salvo a sus hijos del castillo en llamas valiéndose de un pasadizo subterráneo que iba hasta la vieja capilla? ¡Dios mío, se me había olvidado eso!

—¡Oh, Julián! ¡Sí, claro, *Jorge* tiene razón! —dijo Ana—. ¿Estás pensando que el pasadizo puede existir todavía, oculto bajo tierra?

—Lo que estoy pensando es eso —dijo Julián—. Si la señora y sus hijos escaparon por un pasadizo subterráneo, primero tuvieron que huir hasta las bodegas del castillo, y por tanto el pasadizo o túnel debía empezar allí. No podían haberse escapado de ninguna otra manera, porque el castillo mismo estaba rodeado de enemigos. Así, pues, ella debió de bajar con sus hijos a ocultarse en las bodegas y luego, cuando el castillo cayó, los llevó a salvo por el pasadizo secreto que desembocaba en la vieja capilla. Lo cual significa…

—Significa que, si podemos encontrar el pasadizo secreto, podemos entrar en las bodegas, quizás antes de que lo hagan los trabajadores —exclamó *Jorge* casi gritando de excitación.

—Exactamente —dijo Julián, brillándole los ojos—. Ahora no perdamos la cabeza ni nos pongamos demasiado nerviosos.

Hablemos de esto tranquilamente y, por el amor de Dios, tengamos cuidado con Junior.

—¡*Tim*, en guardia! —dijo *Jorge*, y *Tim* inmediatamente se alejó unos cuantos pasos y se quedó erguido mirando ora en una dirección, ora en otra. Nadie podía dejarse ver ahora sin que *Tim* diese un ladrido de advertencia.

Los niños se sentaron junto a un seto.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Dick.

—Propongo que vayamos a la vieja capilla, que tomemos desde allí una línea hasta el sitio donde estuvo el castillo, y caminemos lentamente a lo largo de esa línea —dijo Julián—. Es posible que veamos algo que nos dé la pista del trazado del pasadizo secreto. No sé qué, tal vez la hierba pueda ser de un color algo diferente, un poco más oscura que la hierba de los alrededores, como pasa en el sitio del castillo. De cualquier forma, vale la pena probar. Si vemos una línea de hierba más oscura o algo por el estilo, cavaremos por nuestra cuenta con la esperanza de que el pasadizo secreto esté debajo.

—¡Oh, Julián, qué idea tan maravillosa! —dijo Ana—. Vamos inmediatamente a la capilla.

Todos se pusieron en camino y también *Tim*, *Retaco* y *Nariguda*, la urraca. A ella le gustaba estar con *Retaco*, aunque éste le daba pesadas bromas. Llegaron rápidamente a la puerta de la capilla y entraron.

—Siempre me da la sensación de que hay aquí un órgano que está tocando —dijo Ana mirando en torno los apilados sacos de granos.

—No te preocupes ahora de órganos —dijo Julián, colocándose en la puerta abierta y apuntando a la colina—. Fijaos bien: allí está el sitio donde se alzaba el viejo castillo y donde ahora están trabajando los hombres. Si nos dirigimos allí en línea recta, más o menos aproximadamente iremos andando sobre el viejo pasadizo. Supongo que los hombres que abrieron ese túnel lo harían lo más recto posible para ahorrarse trabajo. Construir un túnel con recodos exigiría mucho más tiempo.

—No veo que la hierba sea nada diferente de color a lo largo de la línea que estoy mirando —dijo Dick, guiñando los ojos, y todos le

dieron la razón, muy desalentados.

—Entonces no hay nada que pueda ayudarnos —dijo *Jorge* sombríamente—. Todo lo que podemos hacer es caminar en línea recta hasta la colina con la esperanza de encontrar algo que nos indique que vamos por encima de un túnel. Tal vez alguna parte que suene a hueco.

—Me temo que eso sería difícil —dijo Julián—. Pero no se me ocurre otra cosa. Vamos entonces. Está bien, *Tim*, puedes venir con nosotros. Fijaos cómo *Nariguda* ha vuelto a posarse en *Retaco*. Eso está bien, *Retaco*, revuélcate por el suelo y échala.

—¡Chack! —graznó *Nariguda*, irritada y emprendiendo el vuelo —. ¡Chack!

Los seis niños caminaron por la ladera siguiendo una línea tan recta como les era posible. Llegaron hasta donde los hombres estaban excavando y no vieron ni oyeron nada que pudiera servirles de ninguna ayuda. Era muy descorazonador. Junior los vio y se puso a gritarles escandalosamente.

—¡Prohibida la entrada a los niños! ¡Fuera de aquí! ¡Mi papá ha comprado este sitio!

—¡Embustero! —gritaron inmediatamente los dos Enriques—. Tu padre ha comprado el derecho para excavar, y nada más.

—Ya veréis —vociferó Junior—. Y no vayáis a azuzarme otra vez a ese perrazo. Se lo diré a mi papá.

Tim ladró amenazadoramente, y Junior desapareció a toda prisa. *Jorge* se echó a reír.

—¡Qué chiquillo tan necio! ¿Por qué no le darán un buen tirón de orejas? Estoy segura de que es lo que hará alguno de los trabajadores antes de que pase mucho tiempo. Fijaos cómo está intentando usar la taladradora mecánica.

—Desde luego, Junior no se estaba haciendo simpático a nadie. Era un gran estorbo, y su padre terminó por mandarlo a un camión con la orden de que se quedara quieto allí. Él gritó y lloriqueó, pero como nadie le hacía caso, pronto se quedó callado.

Los seis niños volvieron a bajar lentamente por la suave ladera de la colina, siguiendo esta vez una línea un poco distinta, todavía esperanzados. La urraca voló hasta el hombro de Enrique chasqueando ruidosamente, aburrida por la caminata. De pronto vio

a *Retaco* que se había sentado para rascarse el cuello, e inmediatamente se lanzó contra él. Sabía que el perrito de aguas siempre cerraba los ojos cuando estaba rascándose y que ése era un momento muy apropiado para darle un buen picotazo.

Pero desgraciadamente para *Nariguda*, el perrito abrió los ojos demasiado pronto y vio a la urraca en el momento mismo en que iba a posarse sobre él. Le tiró un mordisco que la agarró por el ala.

—¡Chack, chack, chack! —graznaba la urraca, pidiendo urgentemente ayuda—. ¡Chack!

Enrique corrió hacia *Retaco* gritando:

—¡Suéltala, *Retaco*, suéltala! ¡Vas a partirle el ala!

Antes de que pudiera llegar a la pareja, la urraca consiguió liberarse dándole a *Retaco* un repentino picotazo en la nariz que lo hizo aullar de dolor. Tan pronto como abrió la boca para ladrar, la urraca cayó al suelo y se alejó arrastrando el ala sin poder volar.

Inmediatamente el perro la siguió. Los gemelos gritaron en vano. *Retaco* tenía el propósito de darle una lección a la molesta urraca de la que se acordase toda la vida. El dolorido pájaro buscaba ansiosamente algún refugio y lo vio. Una madriguera de conejos, el lugar apropiado para desaparecer en un santiamén. Dio uno de sus ruidosos chasquidos y no se la vio más.

—Se ha metido en la madriguera —dijo Dick, con una carcajada —. ¡Qué pájaro más listo! Te ha dejado con un palmo de narices, *Retaco*.

Pero, no; Dick se equivocaba. También *Retaco* se había metido por aquel agujero. El perrito era tan pequeño como un conejo y podía penetrar fácilmente en una madriguera. No es que lo hubiera hecho antes, pues se limitaba a husmearlas, ya que los túneles oscuros le daban bastante miedo, pero si *Nariguda* había entrado por allí, también podría hacerlo él.

Los niños se quedaron mirando, sorprendidos. Primero la urraca, ahora *Retaco*. Los gemelos se agacharon junto al agujero y gritaron:

—¡Vuelve aquí, *Retaco*, idiota! ¿No sabes que la colina está toda agujereada de madrigueras y que podrías perderte para siempre? ¡Vuelve aquí, *Retaco*! *Retaco*, ¿no oyes? Ven aquí.

En la madriguera reinaba un profundo silencio. Ni un chasquido ni un ladrido.



—Deben de haberse ido muy abajo —dijo Enrique ansiosamente —. En esta colina hay todo un laberinto de madrigueras. Papá cuenta que aquí había en tiempos millares de conejos. ¡Vamos, *Retaco*, ven aquí!

—Bueno, lo mejor que podemos hacer es sentarnos hasta que quieran volver —dijo Ana, sintiéndose de pronto cansada por la excitación y por la caminata colina arriba, colina abajo.

—De acuerdo —dijo Julián—. ¿Tiene alguien chicle?

—Yo tengo —dijo *Jorge* como de costumbre, y sacó un paquete bastante arrugado de pastillas de chicle—. Aquí está; ¿queréis vosotros, gemelos?

—Gracias —dijeron—. Realmente nosotros tenemos que volver; hay mucha faena.

Se sentaron a masticar las pastillas preguntándose dónde estarían la urraca y el perro. Por último, *Tim* enderezó las orejas y soltó un pequeño ladrido mirando a la entrada de la madriguera.

—Ya vienen ahí —dijo *Jorge*—. *Tim* lo sabe.

Desde luego, *Tim* tenía razón. Salió primero *Retaco* y luego *Nariguda*, al parecer otra vez muy buenos amigos. *Retaco* corrió hacia los gemelos y se lanzó sobre ellos como si llevara semanas sin verlos. Depositó algo a los pies de los niños.

—¿Qué has encontrado? —dijo Enrique, recogiéndolo—. Algún hueso sucio.

Julián repentinamente se lo arrebató, casi arañándolo.

—¿Hueso? ¡No, esto no es un hueso! Es un puñalito tallado con el mango roto, una cosa tan vieja como las colinas. *Retaco*, ¿dónde has encontrado esto?

—La urraca también trae algo —exclamó Ana, señalando al pájaro—. Fijaos, en el pico.

Enriqueta agarró fácilmente a la urraca, pues ésta aún no podía volar.

—¡Es un anillo! —dijo—. Un anillo con una piedra roja, mirad.

Los seis niños se quedaron mirando los dos extraños objetos. Un viejo cuchillo tallado, negro por el paso de los siglos, y un viejo anillo con una piedra engastada. Sólo podían proceder de un sitio. *Jorge* expresó lo que todos estaban pensando.

—*Retaco* y la urraca deben de haber ido a las bodegas del castillo. Es lo que tienen que haber hecho. Esa madriguera debe llevar recta al túnel que va a los calabozos y a las bodegas, y allí han estado. ¡Oh, *Retaco*, perro inteligentísimo, acabas de decirnos justamente lo que queríamos saber!

—*Jorge* tiene razón —dijo Dick con júbilo—. Ahora sabemos un montón de cosas gracias a *Retaco* y a *Nariguda*. Sabemos que debe de haber multitud de cosas en esas bodegas del castillo, y sabemos

que en algún sitio cerca del final de esta madriguera está el pasadizo secreto, porque ése es el único camino que pueden haber seguido los animales para llegar hasta las bodegas. La madriguera conduce al pasadizo. ¿No crees tú lo mismo, Julián?

—Desde luego —dijo Julián, arrebolado de excitación—. ¡Qué suerte más enorme hemos tenido! Un hurra para *Retaco* y *Nariguda*. Mirad, la urraca está tratando de volar; no tiene el ala malherida, creo que sólo arañada. Buena y vieja *Nariguda*, poco sospechaba ella a dónde nos iban a llevar sus travesuras.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó *Jorge* con los ojos brillantes —. ¿Excavamos nosotros también ahora que sabemos dónde está el pasadizo? No puede estar muy lejos, y una vez que hayamos llegado a él podremos ir fácilmente a las bodegas, antes de que lo haga el americano.

¡Qué excitación! *Tim* pensó realmente que todo el mundo se había vuelto loco.

Capítulo XV

EXCAVACIÓN EN BUSCA DEL TÚNEL SECRETO

—¿Cómo podemos obtener permiso para excavar? —preguntó Ana—. Quiero decir, ¿se nos permitirá hacerlo?

—No veo por qué no; al señor Henning sólo le han dado permiso para excavar en un lugar —dijo Julián—. Supongo que a nosotros nos darían permiso para excavar precisamente aquí; está a bastante distancia del asentamiento del castillo.

—¿Por qué no nos ponemos sencillamente a excavar y vemos si alguien nos lo impide? —dijo *Jorge*—. Si el señor Philpot nos lo prohíbe, podemos decirle lo que realmente estamos haciendo. Probablemente nos dejaría entonces. Pero pase lo que pase no debemos permitir que el señor Henning sepa lo que hemos descubierto o lo que creemos haber descubierto.

—Bueno, pero ¿qué vamos a decir si pregunta por qué estamos excavando? —dijo Ana.

—Pues se dice cualquier tontería, una broma cualquiera —repuso Dick—. Gemelos, ¿tenéis trabajo que hacer esta mañana? ¿Creéis que podríais encontrarnos palas?

—Sí, podréis coger las nuestras y también las viejas de papá —dijo Enrique—. Nos gustaría poder ayudaros, pero tenemos montones de cosas que hacer y ya estamos retrasados.

—¡Oh, Dios mío, y yo que prometí que *Jorge* y yo ayudaríamos en la cocina! —exclamó Ana—. ¡Y coger guisantes para la comida y pelarlos, y buscar más frambuesas! ¿Podríais excavar tú y Dick solos, Julián?

—Claro que sí —repuso Julián—. Será más lento excavando nada más dos, pero pronto llegaremos al fondo, ya veréis. Además

podríamos organizar turnos esta tarde si los gemelos terminan sus trabajos.

—Sí, sí, lo haremos todo volando —dijeron Enrique y Enriqueta al unísono—. Ahora os traeremos palas.

Echaron a correr con *Retaco* al lado, y las dos niñas bajaron la colina más lentamente, presas de gran emoción. ¡Si pudieran excavar y encontrar el pasadizo secreto desde la capilla a las bodegas del viejo castillo…! *Tim* se daba cuenta de la excitación general y movía la cola muy feliz. Siempre se sentía feliz cuando *Jorge* se mostraba emocionada.

Pronto Enriqueta trajo a los muchachos dos palas grandes y otras dos más pequeñas. Pesaban bastante, y ella llegó jadeando por la subida de la cuesta.

—Buena muchacha, ¿o eres buen muchacho? —preguntó Dick al recoger las palas—. Espera, eres Enriqueta, ¿verdad? ¡No tienes cicatriz ninguna en la mano!

Enriqueta sonrió maliciosamente y echó a correr para reunirse con su hermano en el trabajo que tenían que hacer en la granja. Julián la siguió con la mirada.

—Son unos chiquillos estupendos —dijo mientras se volvía para clavar la pala en la tierra—. Valen por cien Juniors. Es curioso cómo algunos niños están hechos de tan buena pasta y otros no valen un ochavo. Bueno, Dick, manos a la obra. Esta tierra es bastante dura. Me gustaría que pudiéramos tomar prestada una de esas máquinas que están utilizando allá arriba.

Excavaron con ahínco y pronto tuvieron mucho calor. Se quitaron las camisas, pero el calor continuaba. Saludaron con júbilo a Ana cuando la vieron subir la cuesta con un jarro de limonada fría y algunos pastelillos.

—¡Caramba, habéis hecho un magnífico agujero! —dijo ella—. ¿A qué distancia creéis que estará el túnel?

—No creo que esté muy lejos —dijo Dick, que tomó seguidamente un gran trago de limonada—. Esto es soberbio, Ana. Un millón de gracias. Hemos excavado en la madriguera y vamos a seguir ahora mismo, con la esperanza de que tropezaremos con el túnel secreto antes de que estemos demasiado cansados para continuar.

—¡Oh, ahí viene Junior! —dijo Ana de pronto, levantando la mirada. En efecto, el niño americano descendía por la ladera, con un aire muy bravucón al ver que no estaban ni *Tim* ni *Retaco*.

Se detuvo a cierta distancia y gritó:

—¿Qué estáis haciendo ahí? ¿Cómo os atrevéis a excavar en nuestra colina?

—¡Vete de aquí y no digas tonterías! —gritó a su vez Dick—. Ésta no es vuestra colina. Si vosotros podéis excavar, también nosotros podemos hacerlo.

—¡Monos de imitación! —vociferó Junior—. Mi papá se va a morir de risa cuando se entere de la ridiculez que estáis haciendo.

—Pues dile que no se ría tanto, que se puede caer colina abajo. Y tú vete de aquí —gritó Dick.

Junior se quedó mirándolos un rato, perplejo, y luego se encaminó colina arriba, probablemente para informar a su padre. Ana se echó a reír y regresó a la casa de campo.

—Como su padre no sabe una palabra del pasadizo secreto, debe pensar que estamos locos al hacer excavaciones aquí —dijo Julián con un risita—. Bueno, que piense lo que quiera. Menudo disgusto se va a llevar cuando vea qué es lo que estamos haciendo realmente. Y no se enterará hasta que estemos ya en las bodegas.

Dick se echó a reír y se secó de nuevo la frente.

—Estoy deseando que se acabe esta madriguera. Y espero que nos lleve al túnel. No me gustaría tener que excavar media colina. Es una tierra tan dura y tan seca…

—Bueno, gracias a Dios aquí ya hay un poco de arena —dijo Julián, metiendo más profundamente su pala. De pronto dio un grito—. ¡Caramba! Se me ha colado toda la pala. Creo que he llegado al pasadizo secreto. La madriguera debe de terminar directamente en uno de sus costados.

Tenía razón. La madriguera se extendía de través y hacia abajo y desembocaba en un pasadizo. Los muchachos excavaban ahora febrilmente, jadeantes, con los cabellos pegados a la cara, sudando por todas partes.

Pronto tenían hecho un profundo agujero bastante ancho, y al fondo del mismo se abría un caminito que llegaba hasta el túnel. Se agacharon y se pusieron a mirar.

—Sólo está a poco más de un metro por debajo de la superficie —dijo Dick—. No ha sido mucho lo que hemos tenido que excavar. ¡Uf, qué calor tengo!

—Debe de ser la hora de la comida —dijo Julián—. Realmente no me gusta abandonar nuestro agujero, ahora que hemos llegado al túnel. Y sin embargo no nos queda más remedio que comer. Estoy muerto de hambre.

—Lo mismo me pasa a mí. Pero si dejamos el agujero sin vigilancia, puede venir el entrometido de Junior, asomarse y descubrir el pasadizo —dijo Dick—. Mira, allí viene *Jorge* con el viejo *Tim*. Quizá nos lo deje para que se quede aquí de guardia.

A la muchacha le encantó oír las noticias. Muy excitada, miró el agujero.

—¡Hay que ver lo mucho que habéis excavado! —dijo—. No me extraña que tengáis calor. Si el señor Henning supiera lo que habéis encontrado, estaría aquí en menos que canta un gallo.

—Tienes razón —dijo Julián lacónicamente—. Y eso es lo que tememos. O que el fastidioso de Junior pueda descubrir el hoyo si pasa por aquí. Ya se acercó para ver qué estábamos haciendo.

—Nos da miedo ir a comer porque pueden venir por aquí uno de los y examinar el agujero si no se queda nadie de guardia —dijo Dick—. Y habíamos pensado que…

Pero *Jorge* lo interrumpió como si supiera lo que el otro iba a decir.

—Dejaré aquí a *Tim* de centinela mientras vosotros bajáis a comer —dijo—. No permitirá que nadie se acerque a menos de diez metros.

—Gracias, muchacha —dijeron los niños, agradecidos, y bajaron la colina con *Jorge* dejando a *Tim* detrás.

—En guardia, *Tim* —dijo *Jorge*—. ¡En guardia! No permitas que nadie se acerque al agujero.

—Guau —dijo *Tim*, comprendiendo inmediatamente y mirando con ferocidad en torno de él. Se tendió con un pequeño gruñido. ¡Que se atreviese cualquiera a acercarse al hoyo de los muchachos…!

Y se atrevieron, pero cuando vieron que *Tim* se ponía de pie y se le erizaban los pelos del cuello, al mismo tiempo que gruñía de una

manera profunda y continua, Junior y su padre lo pensaron mejor y continuaron el descenso por la colina para ir a comer en la casa de campo. El pobre señor Durleston renqueaba detrás de ellos casi aplastado por el calor del sol.

—Tontos chiquillos —dijo el señor Henning a Junior—. Creerán que es muy inteligente dedicarse a excavar simplemente porque nosotros lo estamos haciendo. ¿Qué suponen que van a encontrar aquí? ¿Otro basurero?

Junior tiró una piedra en dirección a *Tim* y luego huyó para salvar la vida al ver que el perro descendía furioso. También el señor Henning se dio prisa. A él tampoco le gustaba *Tim*.

Aquella tarde, los gemelos, Julián, Dick, *Jorge*, Ana y *Retaco* subieron por la colina hasta llegar al agujero donde *Tim* estaba de guardia contra los intrusos. Le traían dos hermosos huesos y una lata con agua. Se puso realmente muy contento. *Retaco* bailaba alrededor esperando poder dar un mordisco a uno de los huesos, y la urraca, con el ala ya al parecer completamente curada, se atrevió a picotear el hueso más grande a pesar de los gruñidos de advertencia de *Tim*.

Los gemelos se emocionaron al ver el profundo agujero.

—¿No podríamos bajar ahora? —dijeron ansiosamente los dos a la vez.

—Sí, es un buen momento para deslizamos hasta el túnel —dijo Julián—. Todos los hombres que están trabajando en las ruinas del castillo han ido a comer a la taberna del pueblo y no han vuelto todavía, y los Hennings y el señor Durleston están descansando en la casa.

—Pasaré yo primero —dijo Dick, metiéndose en el hoyo. Se agarro a los bordes cubiertos de hierba y golpeó duramente con los pies para ensanchar la abertura que daba al túnel. Luego se dejó deslizar hasta que las piernas se le salieron de la madriguera y las balanceó contra la pared del túnel.

—Allá voy —dijo, y se dejó caer. ¡Catapum! Resbaló en el interior de un túnel oscuro y musgoso y aterrizó sobre un suelo blando—. Echadme una linterna —gritó—. Esto está negro como boca de lobo. ¿Te acordaste de traer las linternas, *Jorge*?

Sí, *Jorge* tenía cuatro.

—Atención, allá va una —dijo, y la dejó caer por el agujero. Ya la había encendido, por lo que Dick la vio llegar y la recogió limpiamente. Iluminó el negro espacio que lo rodeaba.

—¡Sí, es un túnel! —gritó—. El pasadizo secreto, no hay duda. Es estupendo; bajad todos; hagamos juntos la exploración. Vamos directamente a las bodegas del castillo. ¡Adelante todos!

Capítulo XVI

TÚNEL ARRIBA HACIA LAS BODEGAS

Dick alzó su linterna hacia el agujero para que los otros viesen por dónde tenían que bajar. Uno a uno fueron deslizándose al interior del negro túnel demasiado excitados para poder hablar. *Tim* bajó también y lo mismo hizo *Retaco*, pero la urraca lo pensó mejor y se quedó al borde de la agrandada abertura de la madriguera, chascando ruidosamente.

Los niños balanceaban sus linternas de un lado a otro.

—Ése debe de ser el camino que baja hasta la vieja capilla —dijo Julián iluminando con su linterna una parte del túnel. Tenían que mantenerse allí agachados, todos excepto *Tim*, porque el techo era bajo. El perro husmeaba con desconfianza aquí y allá y se mantenía pegado a *Jorge*.

—Bueno, vamos —dijo Julián, temblándole un poco la voz por la excitación—. Iremos hacia arriba para ver dónde acaba el pasadizo. Me cuesta trabajo esperar a ver lo que haya al final.

Avanzaban lentamente por el pasadizo. De vez en cuando se desprendía tierra del techo, pero no en tan gran cantidad como para preocuparlos. A veces tropezaban con raíces de árboles blanquecinas y retorcidas.

—Es curioso —dijo Enrique, sorprendido—. En esta parte de la colina no crecen árboles. ¿Cómo hay entonces aquí estas raíces?

—Pueden ser los restos de raíces de árboles que hace mucho tiempo crecerían en la colina —dijo Julián iluminando con su linterna parte del pasadizo, esperando contra toda esperanza que no habría obstáculo serio para el avance—. ¡Caramba!, ¿qué es esto que tengo en los pies? ¡Dos plumas! ¿Cómo han podido llegar dos

plumas aquí?

Era un enigma. Los niños las examinaron seriamente a la luz de sus linternas. Eran plumas que parecían además completamente nuevas. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿Habría otro camino cualquiera en el pasadizo y lo habrían encontrado los pájaros?

Dick soltó una carcajada que hizo que todos se sobresaltaran.

—Somos idiotas. Son dos plumas de la urraca; debieron caérsele del ala herida cuando bajó por la madriguera y se metió por este pasadizo perseguida por *Retaco*.

—Naturalmente. ¿Cómo no se me habrá ocurrido? —dijo Julián.

Continuaron avanzando y de pronto Julián volvió a detenerse. Un extraño ruido bajaba zumbando por el oscuro y reducido túnel, una vibración que parecía meterse en la cabeza.

—¿Qué es eso? —preguntó Ana, muy alarmada—. No me gusta ni pizca.

Todos se quedaron parados, sintiendo, como Ana, que el ruido parecía metérseles en la cabeza. Se pusieron los dedos en los oídos, pero aquello no servía de nada. La extraña vibración continuaba.

—Esto me resulta demasiado misterioso —dijo Ana, bastante asustada—. No creo que me atreva a seguir más adelante.

El ruido cesó e inmediatamente todos se sintieron mejor, pero casi en seguida empezó de nuevo. Con gran sorpresa por parte de todos, *Jorge* se echó a reír.

—No pasa nada. Son únicamente los hombres que están trabajando en las ruinas del castillo. Lo que oímos son sus máquinas taladradoras. Deben de haber vuelto ya de la fonda. ¡Ánimo todo el mundo!

Sonrieron todos, aliviados, aunque las manos de Ana todavía temblaban un poco mientras con su linterna iba creando luz entre las tinieblas.

—No hay mucho aire aquí —dijo—. Espero que llegaremos pronto a las bodegas.

—No pueden estar lejos —dijo Julián—. El túnel avanza en una línea bastante recta, tal como habíamos pensado. Si hace algún recodo es porque los antiguos que lo construyeron tropezarían de vez en cuando con raíces que les cerrarían el paso. De cualquier modo, como ahora podemos oír tan ruidosamente el zumbido de las

taladradoras, eso indica que no estamos lejos de las ruinas del castillo.

Estaban más cerca de lo que creían. La linterna de Julián alumbró súbitamente los restos de una gran puerta tirada en el suelo delante de él: la puerta que en tiempos separaba a las bodegas del pasadizo. El túnel terminaba allí mismo, y las linternas brillaron en un amplio lugar subterráneo silencioso y lleno de sombras.

—¡Ya hemos llegado! —dijo Julián en un susurro que se propagó en la oscuridad y que volvió como un extraño eco que dijera «ado, ado, ado».

—Esa puerta caída seguramente se pudrió con el paso de los siglos —dijo Ana con respeto. Tocó una esquina de la puerta con el pie, y la madera se deshizo en polvo con un extraño y leve suspiro.

Retaco se puso al frente de la comitiva y corrió hacia las bodegas. Soltó un corto ladrido como para decir: «Vamos, no tengáis miedo. Yo ya he estado aquí antes».

—¡Oh, *Retaco*, ten cuidado! —dijo Ana, temiendo que todo se derrumbase con el ruido formado por las pisadas de *Retaco*.

—Sigamos, pero con cuidado —dijo Julián—. Todo está deseando deshacerse en polvo, a menos que esté hecho de metal. Es una maravilla que la puerta se haya conservado así; parece bastante buena, pero estoy seguro de que si uno de nosotros estornudara se desharía como por ensalmo.

—Por favor, no me hagas reír, Julián —dijo Dick, dando cuidadosamente un rodeo a la puerta caída—. Incluso una carcajada puede provocar aquí un derrumbamiento.

Pronto estaban todos en medio de las tinieblas de las bodegas. Bambolearon en torno sus linternas.

—¡Qué sitio más grande! —dijo Julián—. Pero no veo que haya por aquí ningún calabozo.

—¡Gracias a Dios! —dijeron Enriqueta y Ana al mismo tiempo. Las dos habían temido tropezar con viejos huesos de prisioneros de otras épocas.

—Mirad, aquí hay un arco —dijo *Jorge* apuntando con su linterna hacia la derecha—. Y es un hermoso arco semicircular, hecho de piedra, y allí hay otro. Me inclino a creer que debían llevar a la cámara principal subterránea. No hay mucho que ver

aquí excepto montones de basura. Y todo huele a polvo.

—Bueno, seguidme con cuidado —dijo Julián, y abrió camino hacia los arcos de piedra, su linterna brillando limpiamente.

Llegaron a uno de los hermosos arcos semicirculares y se pararon allí, las cuatro linternas luciendo brillantemente en una gran habitación subterránea.

—No hay nada de bodegas aquí, sino nada más que este gran almacén subterráneo —dijo Julián—. El techo estaba reforzado con grandes vigas; mirad, algunas se han caído. Y esos arcos de piedra deben de haber soportado la mayor parte del peso. Ni uno siquiera se ha hundido. Deben de estar ahí desde hace siglos. ¡Qué trabajo tan maravilloso!

—¿Creéis que habrá algún tesoro? —susurró Ana, y el eco rebotó la frase lúgubremente, en un susurro también.

—Los susurros parecen despertar más el eco que nuestras voces corrientes —comentó Julián—. ¡Hola!, ¿qué es esto?

Dirigieron las luces de sus linternas hacia el suelo, donde había lo que parecía ser un montón de metal ennegrecido. Julián se agachó y profirió luego una exclamación ruidosa.

—¿Veis lo que es esto? Nada menos que una armadura. Casi perfecta todavía. Mirad, debe de ser antiquísima, y aquí hay otra y otra. ¿Serían las viejas, las desechadas, o serían las de repuesto? Mirad este casco. Es grandioso.

Le dio un suave golpecito con el pie, y el casco despidió un sonido metálico y rodó un poco.

—¿Valdrá eso algo ahora? —preguntó Enrique ansiosamente.

—¿Que si valdrá? Valdrá lo que pese en oro, diría yo —afirmó Julián, con voz tan excitada, que todos se sintieron más emocionados aún. Enriqueta lo llamó urgentemente.

—Julián, aquí hay una caja rara. Pronto.

Fueron lentamente hacia donde estaba la niña, porque ya habían aprendido que cualquier movimiento rápido levantaba nubes de un polvo fino que los hacía toser. Enriqueta señalaba una gran caja oscura con las cantoneras reforzadas con hierros, y con abrazaderas de hierro alrededor de la madera.

Ésta era tan negra, por el paso de los años, que parecía hierro también.

—¿Qué habrá dentro, qué crees? —susurró Enriqueta, e inmediatamente su susurro fue devuelto por el eco desde todos los rincones: «Crees, crees, crees…».

Tim se puso a husmear la caja, y no hizo más que tocarla cuando, con gran asombro por su parte, se desintegró inmediatamente. Con lentitud y suavidad, los costados y la gran tapa cayeron en polvo que se depositó suavemente en el suelo. Sólo quedaron las cantoneras y las abrazaderas de hierro. Resultaba extraño ver cómo una cosa se deshacía así ante sus ojos.

«Parece magia», pensó Ana.

Cuando las partes de madera de la caja se desmoronaron, algo brilló con fuerza a la luz de las linternas, algo que se movió y se deslizó fuera de la caja cuando desaparecieron los costados, algo que cayó con un sonido argentino y tintineante que resultaba curioso oír en aquella callada oscuridad.

Los niños se quedaron mirando atónitos, sin querer creer en lo que veían sus ojos. Ana pellizcó a Julián, haciéndole dar un salto.

—Julián, ¿qué es? ¿Es oro?

Julián se agachó para recoger una de las piezas caídas.

—Sí, es oro, no cabe la menor duda. El oro nunca se ennegrece, siempre se mantiene brillante. Éstas son monedas de oro de no sé qué clase, atesoradas y escondidas aquí. No debió tener tiempo para llevárselas cuando la castellana huyó con sus hijos, y ninguna otra persona pudo recobrarlas después, porque el castillo se había incendiado y se había hundido completamente al desplomarse los muros. Este montón de oro debe de llevar aquí intocado cientos y cientos de años.

—Esperando a que llegásemos nosotros —dijo *Jorge*—. Gemelos, vuestra madre y vuestro padre no tienen que preocuparse ya más de la granja. Hay aquí oro bastante para que compren todos los tractores que necesiten. Y eso puede ser únicamente el comienzo de los tesoros que hay aquí. Julián, mira, aquí hay otra caja como la primera, pero más pequeña y que está empezando a deshacerse. Veamos qué tiene dentro. Me imagino que más oro.

Pero la segunda caja no contenía monedas de oro, sino un tesoro de tipo distinto. Uno de los costados estaba abierto y el contenido se había derramado.

—¡Anillos! —dijo Ana, recogiéndolos del medio del polvo donde yacían.

—¡Un cinturón de oro! —dijo *Jorge*—. Y mirad, estas cadenas ennegrecidas deben de ser collares, porque tienen engastadas piedras azules. Aquí debió de ser donde la urraca encontró aquel anillo.

—Nosotros también hemos encontrado algo —gritó Enrique, con voz tan excitada, que sobresaltó a sus oyentes—. Mirad, panoplias de espadas y puñales. Algunos están también bellamente tallados.

Pegadas a las paredes había panoplias de hierro sujetas por grandes varillas de hierro empotradas en el duro adobe de la pared. Algunas varillas se habían soltado y las panoplias colgaban torcidas, con los puñales y espadas en posición oblicua o caídos en el suelo. *Retaco* corrió a coger uno, como había hecho cuando él y *Nariguda* habían sido los primeros en entrar en los sótanos.

—¡Qué espada tan maravillosa! —dijo Julián agarrando una—. ¡Uf, lo que pesa! Apenas puedo sostenerla. ¡Dios mío!, ¿qué ha sido eso?



Algo había caído del techo de la habitación donde se encontraban: un gran pedazo de vieja madera que había estado colocada allí como parte de la techumbre. Al mismo tiempo, el continuo zumbido de la taladradora de arriba se transformó en un rugido que hizo dar un salto a los niños.

Julián gritó:

—¡Fuera de aquí, pronto! Esos hombres van a llegar al techo y éste puede derrumbarse y encerrarnos. Hemos de irnos

inmediatamente.

Arrancó un puñal de la panoplia y todavía con la espada en la mano corrió hacia la entrada del pasadizo secreto tirando de Ana. Los gemelos fueron los últimos en salir, porque habían corrido a coger un puñado de oro y dos de los collares y anillos. Tenían que mostrarle a su madre algunos de los tesoros, tenían que nacerlo.

Justamente cuando llegaban a la entrada, se derrumbó otra parte del techo.

—Hemos de decir que no excaven más —se lamentó Julián, volviendo la vista atrás—. Si el techo se derrumba, puede destruir muchos de los viejos tesoros que hay aquí.

Se precipitaron por el túnel bajo y oscuro, experimentando la mayor emoción que habían sentido nunca en la vida. *Tim* iba a la cabeza contento al pensar que de nuevo iban a salir al aire libre.

—¿Qué dirá mamá? —no dejaban de decirse los gemelos uno a otro—. ¿Qué dirá cuando lo sepa?

Capítulo XVII

¡ATRAPADOS!

Los seis niños fueron dando tropezones por el túnel, oyendo todavía el lejano ruido de las taladradoras y temiendo que en cualquier momento las bodegas fuesen descubiertas por el señor Henning, quien sin duda estaría vigilando ansiosamente desde arriba.

Llegaron hasta donde pensaban que debía estar la madriguera por la que Dick había abierto el agujero, pero en lugar de eso no había más que una gran masa de tierra de la que una parte se iba deslizando dentro del túnel. Julián se quedó mirando aquello a la luz de su linterna, consternado.

—¡Se ha derrumbado la madriguera! —dijo, temblándole la voz—. ¿Qué vamos a hacer? No tenemos palas para abrirnos camino.

—Podemos usar las manos —dijo Dick, y empezó a escarbar en la tierra caída, barriéndola hacia el túnel. Pero a medida que escarbaba, más y más tierra caía en la ensanchada madriguera, y Julián paró a Dick inmediatamente.

—No sigas, Dick, podrías provocar un desprendimiento de tierras y todos quedaríamos enterrados vivos. ¡Oh, esto es espantoso! Tenemos que retroceder por el pasillo y procurar que los hombres que están arriba nos oigan gritar. Claro que eso significará que el señor Henning se enterará de todo.

—No creo que los hombres estén mucho más tiempo —dijo Dick mirando su reloj—. Acaban a las cinco y ya casi es esa hora. ¡Dios mío, hemos tardado mucho tiempo; la señora Philpot estará preguntándose dónde estamos todos!

—La taladradora ha dejado de funcionar —dijo Ana—. Ya no

tengo en los oídos ese estrépito espantoso.

—En ese caso, no sirve de nada retroceder por el túnel —dijo Julián—. Se habrán ido antes de que lleguemos allí. Os digo que esto es una cosa muy seria. Yo debía haber pensado en eso: cualquier idiota sabe que las entradas de tierra a los túneles han de reforzarse si están recién abiertas.

—Bueno, siempre podemos volver a las bodegas y esperar allí a que vengan mañana los hombres —dijo *Jorge* fingiendo una alegría que no sentía.

—¿Cómo vamos a saber que vendrán mañana? —dijo Dick—. Henning puede haberlos despedido hoy si no han respondido a sus esperanzas.

—No seas tan pesimista —replicó *Jorge*, dándose cuenta de que los gemelos se iban llenando de pánico. Desde luego estaban preocupados, pero más por el susto terrible de su madre al no verlos volver que por su propia seguridad.

Tim había permanecido pacientemente junto a *Jorge*, esperando salir del agujero. Por último, cansado de esperar, se alejó con un trotecillo, pero túnel abajo, no túnel arriba.

—¡*Tim*! ¿Adónde vas? —gritó *Jorge*, alumbrándolo con la linterna. El perro volvió la cabeza y la miró, mostrando con toda claridad por su actitud que estaba cansado de aquella espera y que tenía el propósito de descubrir adonde llevaba el túnel.

—¡Julián, mira a *Tim*! Quiere llevarnos túnel abajo —exclamó *Jorge*—. ¿Cómo no hemos pensado en eso?

—No lo sé. Me temo que sea porque haya creído que es una especie de callejón sin salida —dijo Julián—. Y lo sigo creyendo. Nadie sabe dónde está la entrada al túnel por la capilla, ¿verdad, gemelos?

—No —dijeron ambos a la vez—. Que nosotros sepamos, nunca la han descubierto.

—De cualquier modo, vale la pena intentarlo —dijo *Jorge*, sonándole la voz amortiguada al descender por el pasadizo detrás del impaciente *Tim*—. Aquí me asfixio.

Siguieron los demás, con *Retaco* bailando a la cola, pensando que todo aquello era una broma magnífica. El túnel, como los niños se habían imaginado, descendía siguiendo una línea más o menos

recta. Había trechos en los que se había hundido un poco, pero agachando la cabeza y encorvándose, era fácil pasar. Finalmente llegaron a un gran desprendimiento de tierra del techo y tuvieron que pasar andando a gatas. A Ana no le gustó en absoluto aquella parte.

Llegaron por último a un extraño y pequeño lugar donde el túnel acababa bruscamente. Era como una bóveda de piedra: una diminuta cámara de metro y medio de altura y unos dos metros de suelo cuadrado. Julián alzó la mirada temerosamente hacia el bajo techo. ¿Era de piedra? Si es así, estaban atrapados. Nunca podrían levantar una pesada losa de piedra.

Pero, no, no todo el techo estaba hecho de piedra. En el centro había como una trampilla de madera que descansaba en resaltes cortados en la piedra.

—Parece como una trampilla —dijo Julián, examinándola a la luz de su linterna—. Me pregunto si no estaremos justamente bajo el suelo de la vieja capilla. Dick, si tú, Enrique y yo empujamos todos al mismo tiempo, podremos mover esta trampilla.

Así, pues, todos empujaron. *Jorge* también, pero aunque la puertecita se elevó un poco por uno de los bordes, resultaba imposible empujarla hacia arriba.

—Ya sé por qué no podemos moverla —dijo Enrique, con la cara roja por el esfuerzo—. En el suelo de la vieja capilla hay sacos de grano y fertilizantes y toda clase de herramientas. Pesan como plomo. Nunca podremos mover esta trampilla si tiene dos o tres sacos encima.

—¡Cielos, nunca pensé en eso! —dijo Julián, con el corazón encogido—. ¿Sabíais que había esta entrada para el túnel, gemelos?

—De ninguna manera —dijo Enrique—. Nadie lo ha sabido nunca. Creo que ahora puedo explicarme el porqué: en un almacén como éste, el suelo está siempre cubierto con sacos de algo o con los derrames de esos sacos. Es posible que no lo hayan limpiado ni barrido durante siglos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer ahora? —preguntó Dick—. No podemos quedarnos en este lugar tan pequeño y tan asfixiante.

—¡Escuchad, creo oír algo! —dijo repentinamente *Jorge*—. Ruidos allá arriba.

Escucharon intensamente y a través de la bien encajada trampilla de roble oyeron una voz enérgica que gritaba:

—¡Échanos una mano, Bill!, ¿quieres?

—Es Jaime. Los hombres están trabajando horas extras esta semana —explicó Enrique—. Habrán venido a sacar algo de la capilla. ¡Pronto, gritemos todos y demos golpes en la trampilla con lo que sea que tengamos para hacer ruido!

Inmediatamente se organizó debajo de la trampilla un perfecto pandemónium de gritos, chillidos, ladridos y golpeteo de los puños de las espadas y de algunas piedras en la trampilla que tenían sobre sus cabezas. Luego los niños cesaron de dar golpes y de gritar y se mantuvieron en silencio, escuchando. Oyeron la voz de Jaime que denotaba un gran asombro.

—Bill, ¿qué son esos ruidos? ¿Crees que puede tratarse de una pelea de ratas?

—Nos han oído —dijo Julián, excitado—. Vamos a empezar otra vez. Y tú ladra todo lo que puedas, *Tim*.

Tim estaba más que dispuesto a hacerlo, porque ya se sentía muy cansado de túneles y de habitaciones oscuras llenas de ecos. Ladró larga y furiosamente, asustando tanto a *Retaco*, que el pobre perrito echó a correr túnel arriba. Entre los ladridos de *Tim*, los gritos de los niños y el golpeteo en la trampilla, el ruido fue mucho más estruendoso que antes, y Bill y Jaime escuchaban con asombro.

—Viene de aquí abajo —dijo Bill—. No me imagino lo que pueda ser. Si fuera de noche, creería que son los espíritus que se dedican a jugar. Ven, vamos a averiguarlo.

Aquel sitio estaba tan lleno de sacos, que los dos hombres tuvieron que saltar sobre las pilas molestando a la gata y a sus gatitos. Ella se había hecho un ovillo sobre sus hijos, espantada por el inesperado estrépito.

—Es por aquí, Bill —dijo Jaime, parándose entre dos pilas de sacos. Se llevó las manos a la boca y mugió como un toro.

—¿Hay alguien por ahí?

Los seis que estaban abajo contestaron frenéticamente con toda la fuerza de sus pulmones. *Tim* volvió a ladrar.

—Se oyen también los ladridos de un perro —dijo Bill, rascándose la cabeza, perplejo, echando una mirada a los sacos

como si pensase que podía haber un perro en uno de ellos.

—No sólo un perro; hay gente también —dijo Jaime, atónito—. ¿Dónde estarán? No pueden estar bajo estos sacos.

—Quizás estén en ese almacenillo que encontramos un día debajo del suelo —sugirió Bill—. ¿Recuerdas? Bajo una trampilla rodeada por una gran losa. ¿Recuerdas ahora, hombre?

—¡Ah, sí! —dijo Jaime, y entonces el clamor empezó de nuevo, pues los niños estaban ya casi desesperados.

—Vamos, Bill —dijo Jaime, notando el tono de urgencia, aunque no podía entender ni una sola de las palabras que llegaban de abajo —. Vamos a apartar estos sacos. Hay que dejar el suelo al descubierto.

Apartaron una docena de sacos y por último vieron la trampilla. La losa que en tiempos la había ocultado fue removida años antes por los dos hombres y ahora estaba apoyada contra la pared. No se habían molestado en volverla a poner en su sitio, sin sospechar que el «almacenillo subterráneo», como ellos habían creído, era realmente la entrada a un pasadizo secreto olvidado desde hacía siglos. Fue una suerte para los niños que sólo la vieja trampilla de madera se interpusiese entre ellos y los hombres, porque si la losa de piedra hubiese estado allí también, ninguno de sus gritos habría podido oírse en la capilla.

—Ahora, la trampilla —dijo Bill. Dio un zapatazo con sus pesadas botas—. ¿Quién está ahí abajo? —preguntó, sin sospechar cuál iba a ser la respuesta.

—¡Nosotros! —gritaron los gemelos, y los demás gritaron también mientras *Tim* ladraba de nuevo frenéticamente.

—¡Dios nos bendiga! ¡Son las voces de los gemelos! —dijo Jaime —. ¿Cómo han podido entrar en ese almacenillo sin mover estos sacos?

Dando un gran tirón, los hombres apartaron la pesada trampilla de madera y miraron con el mayor asombro la pequeña multitud que había allá abajo. Les costaba trabajo creer lo que veían. *Tim* fue el primero en salir. Dio un gran salto y aterrizó junto a los hombres, moviendo su gran cola y lamiéndolos ávidamente.

—¡Oh, gracias, Bill, gracias, Jaime! —exclamaron los gemelos cuando los dos hombres los hubieron aupado—. ¡Qué suerte que

estuvierais trabajando a deshora y que se os ocurriese venir por aquí!

—Vuestra mamá está preocupadísima por vosotros —dijo Bill con tono de reproche—. ¿Y no dijisteis que me ibais a ayudar con las pértigas?

—¿Cómo habéis bajado aquí? —preguntó Jaime mientras ayudaba a salir a los demás uno a uno. Julián fue el último y alargó primeramente al pobre y asustado *Retaco*, que pensaba que ya habían sido demasiadas aventuras en sólo un día.

—¡Oh, es una historia demasiado larga para contárosla ahora! —dijo Enrique—. Pero de nuevo, gracias, muchísimas gracias, Bill y Jaime. ¿Podéis poner de nuevo esa losa? No le digáis a nadie que estuvimos aquí abajo hasta que os contemos cómo ha ocurrido todo. Ahora tenemos que darnos prisa para decirle a mamá que todos estamos bien.

Y todos se alejaron, ansiosos de tomar el té, cansadísimos, llenos de agradecimiento por su escape a través de la habitacioncita de piedra bajo el suelo de la capilla. ¿Qué dirían todos cuando desplegasen los tesoros que llevaban consigo?

Capítulo XVIII

UNA GRAN HISTORIA QUE CONTAR

Los gemelos corrieron hacia la casa de campo y vieron a su madre que todavía estaba buscándolos. Se le lanzaron al cuello, y ella los zarandeó cariñosamente.

—¿Dónde habéis estado? Todos os habéis retrasado una hora para el té y me habéis tenido muy preocupada. El señor Henning me contó no sé qué de que estabais excavando en la falda de la colina.

—Mamá, venimos hambrientos, así es que tomemos el té y te daremos unas noticias estupendas —dijeron los gemelos al unísono —. Mamá, te vas a quedar atónita. ¿Dónde están papá y el abuelo?

—Todavía están a la mesa, porque también ellos llegaron tarde —dijo la señora Philpot—. Estuvieron afuera buscándoos a todos. El abuelo no está muy contento. Pero, ¿qué traéis ahí? Seguramente no serán espadas, ¿verdad?

—Mamá, tomemos el té primero y os lo contaremos todo —dijeron los gemelos—. Tenemos que lavarnos, ¿verdad? Bueno, muy bien, vamos a lavarnos todos. Y pondremos nuestros tesoros en la esquina más oscura para que papá y el abuelo no los vean hasta que sea el momento de mostrárselos.

Pronto estaban todos sentados a la mesa del té, alegres al ver un surtido maravilloso. Grandes rebanadas de pan untado con espesa mantequilla, mermelada de fabricación casera, queso casero, un gran pastel de jengibre, un pastel de fruta, un plato de ciruelas maduras e incluso unos buenos trozos de jamón preparado en casa por si alguno necesitaba algo más sustancioso.

El señor Philpot y el abuelo estaban todavía a la mesa, bebiendo

una última taza de té. La señora Philpot les había dicho que los niños tenían que lavarse, pero que contarían todo lo que había ocurrido cuando vinieran a tomar el té.

—¡Vaya! —dijo el abuelo, enarcando más todavía sus grandes cejas hirsutas que casi le tapaban la nariz—. Cuando yo era un muchacho, me guardaba muy bien de llegar un minuto más tarde a las comidas. Vosotros, gemelos, habéis tenido preocupada a vuestra madre, y eso está mal.

—Lo sentimos enormemente, abuelo —dijeron los gemelos, al unísono—. Pero esperen ustedes hasta que oigan nuestra historia. Julián, cuéntala tú.

Y así, entre grandes bocados de pan con mantequilla, emparedados de jamón y trozos de pastel, la historia fue contada al detalle, interviniendo todos los niños de vez en cuando.

El abuelo ya sabía que al señor Henning le habían dado permiso para excavar y que al señor Philpot le habían entregado un cheque de doscientas cincuenta libras. Había tenido un ataque terrible de furor, y sólo cuando la señora Philpot había sollozado y había dicho que devolvería el cheque, aunque le resultaba muy duro tener que separarse de él, el abuelo se había aplacado. Ahora, dispuesto a estallar en otro ataque de furor, escuchaba la historia de los niños.

Se olvidó de beber el té que se le iba enfriando. Se olvidó de llenar su pipa. Incluso se olvidó de hacer una sola pregunta. Nunca en toda su vida había oído una historia tan espléndida y maravillosa.

Julián relataba la historia agradablemente, y los demás llenaban los huecos que iba dejando. A la señora Philpot los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando oyó cómo *Retaco* y *Nariguda* habían entrado en la madriguera de los conejos y habían vuelto con un puñal roto y un anillo.

—Pero, pero, ¿dónde…? —empezó a decir, y escuchó de nuevo para enterarse de cómo Dick y Julián habían ensanchado la madriguera y todos habían pasado por allí y se habían deslizado dentro del largo túnel secreto.

—Muy bien, muy bien —dijo el abuelo, sacando su gran pañuelo rojo y secándose la frente—. Me gustaría haber estado allí. ¡Sigue, sigue, muchacho!

Julián había terminado de beber su té. Se echó a reír y continuó, describiendo cómo habían caminado túnel arriba con sus linternas y los perros con ellos.

—Era oscuro y olía a humedad, y de pronto oímos un ruido terrorífico —dijo.

—Se nos metía en la cabeza —explicó Ana.

—¿Qué era, qué era? —preguntó el abuelo con ojos casi tan grandes como los platillos que tenía frente a él.

—El ruido de los hombres que estaban taladrando en el antiguo asentamiento del castillo —dijo Julián, y el abuelo tuvo una explosión de cólera. Apuntó con su pipa a su nieto, el granjero.

—¿No te dije que no quería tener a esos hombres en mi granja? —empezó a decir, y sólo se calmó cuando la señora Philpot le dio unas palmaditas en el brazo, acariciándolo.

—Continúa, Julián —dijo ella.

Y entonces llegó la parte realmente excitante, el relato de cómo entraron en las auténticas bodegas del castillo, los arcos de piedra, el polvo viejo de siglos…

—Y los ecos —dijo Ana—. Cuando susurrábamos, un centenar de susurros nos respondía.

Cuando Julián describió sus hallazgos: la vieja armadura, todavía en buen estado, pero ennegrecida por los años, la panoplia de espadas y puñales y dagas, la caja de oro…

—¡Oro! ¡No te creo! —gritó el abuelo—. Estás exagerando, jovencito. No adornes demasiado tu historia. Atente a la verdad.

Inmediatamente, los gemelos sacaron de sus bolsillos algunas de las monedas de oro, todavía brillantes y relucientes. Las depositaron sobre la mesa frente a los tres asombrados adultos.

—¡Aquí están! Ellas pueden decir si estamos exagerando o no. Son monedas de oro. Hablan de manera más convincente que las palabras.

El señor Philpot las recogió reverentemente y las fue pasando una a una a su esposa y al anciano. El abuelo estaba boquiabierto y estupefacto. Le era imposible decir una palabra. Sólo podía lanzar algún que otro gruñido y resoplar un poco mientras movía las monedas en su gran mano huesuda.

—¿Son realmente de oro? —preguntó la señora Philpot

completamente trastornada ante la súbita aparición de las brillantes monedas—. Trevor, ¿nos pertenecerán a nosotros? ¿Querrá esto decir que estaremos lo bastante desahogados como para comprar un tractor nuevo y…?

—Depende de la cantidad de esto que haya en esas viejas bodegas —dijo el señor Philpot, tratando de mantenerse tranquilo—. Y depende de lo que nos permitan conservar, desde luego. Puede que sean propiedad de la Corona.

—¡La Corona! —rugió el abuelo, poniéndose súbitamente en pie—. ¡La Corona! ¡No, señor! ¡Esto es mío! ¡Nuestro! Se ha encontrado en mis tierras, lo depositaron allí nuestros antepasados. Sí, y le daré una parte al viejo señor Finniston, eso es lo que haré. Ha sido un buen amigo mío durante muchísimos años.

Los niños pensaron que aquélla era una idea magnífica. Luego mostraron las joyas que habían traído, y la señora Philpot se maravilló al verlas, aunque estuviesen ennegrecidas.

Pero las espadas y las dagas produjeron la mayor excitación al abuelo y a su nieto, el señor Philpot. Tan pronto como oyeron que los niños habían traído algunas de las viejas armas, los dos hombres se levantaron y fueron a recogerlas. El abuelo eligió la espada mayor y más pesada y la blandió peligrosamente alrededor de su cabeza, pareciendo una reencarnación de algún temible guerrero antiguo con su gran barba y ojos llameantes.

—¡No, no, abuelo! —dijo la señora Philpot, asustada—. ¡Oh, va usted a tirar las cosas que están en el aparador! ¿Ve, ya se lo decía? Adiós mi fuente.

Y la fuente cayó e hizo ¡crac! *Tim* y *Retaco* se aterrorizaron y empezaron a ladrar frenéticamente.

—¡Sentaos, sentaos todos! —gritó la señora Philpot a los excitados perros y hombres—. Dejemos que Julián termine su historia. Abuelo, siéntese usted.

—Vaya, vaya —dijo el abuelo con una ancha sonrisa en su rostro, tomando asiento en su sillón—. Vaya. ¿Sé o no sé manejar esta espada? ¿Dónde está ese americano? Podría traspasarlo ahora mismo.

Los niños rieron encantados. Era magnífico ver tan contento al anciano.

—Continúa con esa historia tuya —le dijo a Julián—. La cuentas bien, muchacho. Adelante. Y no me quites la espada, hija. La voy a conservar aquí entre las piernas por si tengo que utilizarla. Sí, señor.

Julián acabó rápidamente su relato y contó cómo habían vuelto por el pasadizo y habían encontrado derrumbada la entrada por la madriguera y cómo luego habían bajado por el resto del túnel y habían llegado finalmente a la habitacioncita de piedra.

—Y no podíamos salir de allí —dijo Julián—. Había una gran trampilla de madera sobre nuestras cabezas, pero encima estaban apilados una docena poco más o menos de sacos pesados como el plomo. No podíamos levantarla. Así es que nos pusimos a gritar.

—Por tanto, allí era adonde llevaba el pasadizo secreto —dijo el señor Philpot—. ¿Cómo lograsteis salir?

—Gritamos y dimos golpes, y Bill y Jaime nos oyeron y apartaron los sacos y levantaron la vieja trampilla —dijo Julián—. ¡Uf, lo contentos que nos pusimos al verlos! Creíamos estar perdidos ya para siempre. Jaime estaba enterado de la existencia de la habitacioncita de piedra bajo el suelo de la capilla, pero creía que era simplemente un viejo almacenillo.

—Nunca oí hablar antes de eso —dijo la señora Philpot, y el abuelo inclinó la cabeza dándole la razón.

—Tampoco yo —dijo—. Por lo que puedo recordar, el suelo de esa capilla siempre estuvo cubierto con pilas de sacos, y los trozos que se podían ver sin sacos estaban tapados por una espesa capa de polvo. Sí, incluso en los tiempos en que yo era un chiquillo y jugaba al escondite en la vieja capilla, estaba llena de sacos, y de esto hace ya sus buenos ochenta y cinco años. Vaya, vaya, parece que fue ayer cuando yo estaba jugando allí con una gata y sus gatitos.

—Ahora hay allí una gata y sus gatitos —dijo Ana.

—¡Ay, muchachita, y habrá una gata y sus gatitos allí cuando tú seas una mujer vieja, muy vieja! —dijo el abuelo—. Hay algunas cosas que, gracias a Dios, no cambian nunca. Bueno, bueno, ahora podré dormir tranquilamente todas las noches contando con que vosotros y la granja estaréis todos bien, Trevor, con el dinero que vas a sacar de esos viejos hallazgos, y yo viviré para ver crecer a los gemelos y llevar adelante la granja más hermosa de Dorset. Y podré

verlos contentos teniendo todo lo que necesitan, y bendecir sus lindas caras. Y ahora voy a manejar un poquito la espada.

Los niños huyeron. El abuelo parecía ahora muchos años más joven y Dios sabe los destrozos que iba a hacer con aquella espada. Había sido una tarde que no olvidarían nunca.

Capítulo XIX

«LA AVENTURA MÁS EXCITANTE QUE HEMOS TENIDO NUNCA»

Después de la excitación de toda la tarde, los niños se sentían cansados. Los gemelos salieron a dar pienso a los pollitos.

—Más vale tarde que nunca —dijeron simultáneamente.

—¿Dónde están el señor Henning y el señor Durleston y ese antipático Junior, señora Philpot? —preguntó *Jorge*, disponiéndose a ayudarla en el fregado de la vajilla del té.

—El señor Henning entró un momento para decir que él y el señor Durleston se iban a cenar a un hotel y que se llevaban también a Junior —dijo la señora Philpot—. Parecía encontrarse muy satisfecho. Dijo que habían taladrado hasta las bodegas del viejo castillo y que esperaban grandes cosas y que tal vez llegaría pronto un segundo cheque de doscientas cincuenta libras.

—Pero usted no lo aceptará, ¿verdad, señora Philpot? —dijo Julián rápidamente al oír lo que estaban hablando—. Las cosas que hay en esa bodega valen mucho más que cualquier dinero que le ofrezca el señor Henning. Él no piensa más que en llevárselas a América y venderlas allí por grandes cantidades y obtener enormes ganancias. ¿Por qué iba a dejarle usted hacer eso?

—Ese viejecito encantador, el señor Finniston, el de la tiendecita de antigüedades, debe de saber muy bien lo que vale cada cosa —dijo *Jorge*—. Y es un descendiente de los remotos Finniston del castillo Finniston. Se entusiasmará cuando se entere de lo que está ocurriendo.

—Le mandaremos razón para que suba mañana —decidió la señora Philpot—. Al fin y al cabo, el señor Henning tiene su consejero, ese hosco señor Durleston. Nosotros tendremos como

consejero nuestro al señor Finniston. Al abuelo eso le encantará: son muy amigos.

Pero no hubo necesidad de mandar a buscar al señor Finniston porque el abuelo en persona había bajado a comunicarle la gran noticia a su viejo camarada. ¡Qué charla tuvieron!

—¡Monedas de oro, joyas, armaduras, espadas y sabe Dios cuántas cosas más! —decía el abuelo por vigésima vez, y el anciano señor Finniston escuchaba gravemente, asintiendo con la cabeza.

—Ese espléndido espadón —continuaba el abuelo, recordando —. Pintiparado para mí, Guillermo. Mira, si es que he vivido antes alguna vez, esa vieja espada me perteneció. Es la sensación que me da. Es una cosa que no vendería nunca. La conservaré aunque sólo sea para blandiría por encima de mi cabeza cuando tengo los nervios disparados.

—Bueno, bueno, pero me imagino que te asegurarás de que estás en el centro de una habitación vacía si haces eso —dijo el señor Finniston, un poco alarmado ante la mirada de fiereza que veía en los ojos del anciano—. No os permitirán quedaros con todo el dinero, me temo; hay una cosa que se llama «derechos sobre tesoros», ya lo sabes, en virtud de los cuales algunos hallazgos pasan a la Corona, y me temo que éste sea uno de ellos. Pero con las joyas no pasa lo mismo, ni con las armaduras, ni con las espadas. Sólo con eso podréis hacer un montón de dinero.

—¿Lo bastante como para dos tractores nuevos? —preguntó el abuelo—. ¿Y como para un «Land-Rover»? El que tiene mi nieto me descoyunta los huesos. Mira, Guillermo, hemos de contratar a hombres que excaven en aquel lugar y descubran todo lo que haya que descubrir en las bodegas. ¿Qué me dices de quedarnos con los hombres que consiguió Henning? A él no le dejaremos excavicar, o como quiera que se llame eso, ni un momento más. Es un individuo que me ataca los nervios y que me pone de mal humor. Ahora puedo decirle que se vaya. Y mira, Guillermo, tú cerrarás esta tienda y te vendrás conmigo para ser mi consejero, ¿quieres? No me hace gracia que el americano me hable por encima del hombro, o ese otro tipo de Durleston.

—Será mejor que dejes de hablar un poco, viejo; se te está poniendo la cara demasiado colorada —dijo el señor Finniston—.

Te dará una apoplejía si sigues excitándote así. Vete ahora a casa y yo subiré mañana por la mañana. Me encargaré también de arreglar todo lo relativo a los trabajadores. Y no gastes demasiadas bromas con esa vieja espada; podrías cortarle a alguien la cabeza por error.

—Podría ser, podría ser —dijo el abuelo con una mirada maliciosa en sus brillantes ojos—. Porque si ese Junior se pone por medio cuando estoy blandiendo mi espada… está bien, Guillermo, está bien. No son más que bromas, ya lo sabes, las bromas mías.

Y ahogando una risita en su larga barba, el abuelo salió, dobló por el senderillo y regresó a la casa de campo, sintiéndose realmente muy satisfecho con la vida.

El señor Henning, el señor Durleston y Junior no regresaron aquella noche. Por lo visto, estaban todos tan excitados con lo de las excavaciones que habían hecho hasta taladrar el techo de la bodega, que permanecieron demasiado tiempo en el hotel y decidieron pasar la noche allí, lo que significó un gran alivio para la señora Philpot.

—A esta gente del campo les gusta acostarse a eso de las nueve —dijo el señor Henning—, y ya han dado. Iremos mañana por la mañana y les haremos que firmen ese contrato que usted ha redactado, Durleston. Están tan escasos de dinero, que firmarán cualquier cosa. Y tenga usted cuidado de no decir lo que creemos haber encontrado, no vayan a esperar más de doscientas cincuenta libras. Vamos a hacer nuestra fortunita con esto.

Así, a la mañana siguiente, los dos hombres, con un Junior excitado a quien el señor Durleston encontraba muy molesto, llegaron a la casa de campo a eso de las diez. Habían telefoneado para decir que llegarían sobre esa hora, que llevarían el contrato preparado y…

—… y el cheque, señora Philpot, el cheque —gangueó por el teléfono el señor Henning.

Cuando llegaron, había allí toda una compañía para recibirlos. Estaban el viejo abuelo, su nieto el señor Philpot y su esposa, los gemelos, desde luego, y el anciano señor Finniston, que husmeaba una pelea, con sus cansados ojos, que aquella mañana brillaban por primera vez en muchos años. Estaba sentado en la parte de atrás, preguntándose qué iba a suceder.

También estaban los Cinco sin faltar ni uno, *Tim* preguntándose a qué se debería aquella agitación. Se mantenía tan cerca de *Jorge* como le era posible y le gruñía a *Retaco* cada vez que el excitado perrito se le acercaba. A *Retaco* eso lo tenía sin cuidado. Siempre le era posible gruñir también a él.

Un coche chirrió en el camino y al poco rato entraron el señor Henning, el señor Durleston y Junior, en cuya cara se dibujaba una gran mueca.

—¡Hola, gentes! —dijo Junior con sus acostumbrados modales groseros—. ¿Cómo van las cosas?

No contestó nadie excepto *Tim*, que soltó un pequeño gruñido que obligó a Junior a apartarse rápidamente.

—A ver si te callas la boca —le dijo a *Tim*.

—¿Tomaste el desayuno en la cama en el hotel, muchachito? —preguntó de pronto *Jorge*—. ¿Te acuerdas de la última vez que lo tomaste aquí en la cama y el perro te sacó de mala manera?

—¡Pamplinas! —dijo Junior sombríamente—. Tenlo bien agarrado.

Se aplacó después de eso y se sentó junto a su padre. Luego empezó una reunión breve, dura y satisfactoria desde el punto de vista del señor Philpot.

—Bueno, señor Philpot, tengo mucho gusto en decirle que el señor Durleston me ha aconsejado que le ofrezca otro cheque de doscientas cincuenta libras —dijo el señor Henning con desenvoltura—. Si bien estamos bastante desanimados sobre lo que parece haber en las bodegas del castillo, comprendemos que es justo ofrecerle a usted la suma que sugerimos anteriormente. ¿No es verdad, señor Durleston?

—Completamente —dijo el señor Durleston con voz de hombre de negocios, y miró en torno a través de sus gafas de concha—. Tengo aquí el contrato. El señor Henning se muestra muy generoso. Mucho. Las bodegas son totalmente decepcionantes.

—Lo siento —dijo el señor Philpot—. Mantengo una opinión diferente, y mi consejero, el señor Finniston, me da la razón en esto. Vamos a excavar el paraje nosotros mismos, señor Henning, y por tanto, si alguna decepción hay en los hallazgos, la sufriremos nosotros, pero no usted.

—¿Qué significa esto? —dijo el señor Henning, lanzando miradas llameantes en torno—. Durleston, ¿qué dice usted a eso? Se trata de que doble la oferta, ¿no?

—Ofrézcale usted quinientas libras —dijo el señor Durleston pareciendo sentirse sorprendido por aquel revés.

—Puede usted ofrecerme cinco mil, si quiere, pero, se lo digo, prefiero hacer la excavación yo mismo en mi propio terreno —dijo el señor Philpot—. Y lo que es más, le devolveré a usted el cheque que me entregó ayer, y como tengo la intención de seguir con los hombres que contrató usted, yo mismo les pagaré por su trabajo. Así es que no se moleste en despedirlos. Ahora van a trabajar para mí.

—¡Pero esto es monstruoso! —gritó el señor Henning, perdiendo los estribos y poniéndose en pie. Dio un puñetazo en la mesa y miró con ojos llameantes al señor y a la señora Philpot—. ¿Qué esperan ustedes encontrar en esas viejas bodegas abandonadas? Taladramos ayer el techo y vimos que allí prácticamente no hay nada. Le hice a usted una oferta muy generosa. La elevaré hasta mil libras.

—No —dijo el señor Philpot calmosamente.

Pero el abuelo estaba ya harto de los gritos y de las destemplanzas del señor Henning. Se levantó también y gritó con tanta fuerza que todo el mundo dio un respingo y *Tim* empezó a ladrar. *Retaco* corrió inmediatamente a esconderse en la alacena de la cocina.

—Ahora me va a escuchar usted a mí —tronó el abuelo—. Esta granja me pertenece a mí y a mi nieto, que está sentado ahí, y pasará a mis bisnietos. Nunca hubo una granja más hermosa, y mi familia la tuvo durante cientos de años, y muy triste ha sido para mí ver cómo se echaba a perder por falta de dinero. Pero ahora veo dinero, mucho dinero, abajo, en esas bodegas. Todo el dinero que necesitamos para tractores y transportes y máquinas y Dios sabe qué. No queremos el dinero que usted pueda darnos. No, señor. Guárdese usted sus dólares, quédese con ellos. Ofrézcame cinco mil, si quiere, y ya verá lo que le digo.

El señor Henning se volvió rápidamente y miró al señor Durleston, quien en seguida le hizo una inclinación de cabeza.

—Está bien —dijo el americano al abuelo—. Cinco mil. ¿Trato

hecho?

—No —bramó el abuelo disfrutando más de lo que lo había hecho durante años—. En esas bodegas hay oro, joyas, armaduras, espadas, puñales, dagas, todo de una antigüedad de siglos y…

—No me venga con cuentos —dijo el señor Henning despectivamente—. ¡Viejo embustero!

El abuelo descargó el puño cerrado sobre la mesa e hizo que casi todos se cayeran de sus sillas.

—¡Gemelos! —rugió—. Id a buscar esas cosas que sacasteis ayer, buscadlas y traédmelas aquí. Voy a demostrarle a este americano que no tengo nada de embustero.

Y entonces, ante los ojos atónitos del señor Henning y del señor Durleston, y también de Junior, los gemelos desplegaron sobre la mesa las monedas de oro, las joyas, las espadas y los puñales. El señor Durleston se quedó mirando aquellas cosas como si no pudiera creer en lo que veían sus ojos.

—Bueno, ¿qué me dicen ustedes de esto? —preguntó el abuelo, volviendo a dar un puñetazo en la mesa.

El señor Durleston se recostó en su silla y dijo una sola palabra.

—¡Chatarra!

Entonces le tocó el turno al señor Finniston de ponerse en pie y decir unas pocas palabras. El señor Durleston, que no se había fijado en el calmoso anciano que estaba sentado en un segundo término, se horrorizó al verlo allí. Sabía que era un experto conocedor, pues él mismo había estado tratando de tirarle de la lengua respecto al viejo castillo.

—Señoras y caballeros —dijo el señor Finniston como si estuviera dirigiéndose a una ceremoniosa reunión—, lamento decir que, hablando como anticuario de reputación, no considero que el señor Durleston sepa lo que se dice si afirma que estos artículos son chatarra. Las cosas que están sobre la mesa valen una pequeña fortuna para cualquier coleccionista auténtico. Yo mismo podría venderlas mañana en Londres por una suma mucho mayor que la que el señor Durleston le ha aconsejado ofrecer al señor Henning. Gracias por haberme escuchado, señoras y caballeros.

Y se sentó, haciendo una cortés reverencia a la gente allí reunida. Ana sintió deseos de aplaudirle.

—Bueno, no creo que haya nada más que decir —dijo el señor Philpot, poniéndose en pie—. Si me comunica usted en qué hotel va a residir, señor Henning, me encargaré de que se le lleven allí sus cosas, porque desde luego usted no querrá permanecer aquí más tiempo.

—¡Papá, yo no quiero irme, quiero quedarme aquí! —se puso a gritar Junior de modo muy sorprendente—. Quiero ver cómo exca… excavotan las bodegas. Quiero escarbar yo. Quiero quedarme.

—Pero nosotros no queremos que te quedes —dijo Enrique furiosamente—. Tú y tu espionaje y tu estar siempre curioseando y escuchando y fanfarroneando y diciendo mentiras. ¡Niño repipi! ¡El desayuno en la cama! ¡No sabe limpiarse los zapatos! ¡Lloriquea cuando no se sale con la suya! Se pone a gritar cuando…

—Basta ya, Enrique —dijo su madre severamente y muy escandalizada—. No me importa que Junior continúe aquí si se modera un poco. No es culpa suya todo lo que ha ocurrido.

—¡Quiero quedarme! —lloriqueó Junior, y se puso a dar patadas bajo la mesa. Desgraciadamente acertó a *Tim* en la nariz, y el perro se irguió encolerizado, gruñendo y enseñando los dientes. Junior huyó como alma que lleva el diablo.

—¿Quieres quedarte ahora? —le gritó *Jorge* al pasar, y la respuesta le llegó inmediata:

—No.

—Bueno, gracias, *Tim*, por haberlo ayudado a decidirse —dijo *Jorge* dando unas palmaditas al perrazo.

El señor Henning parecía como si estuviese a punto de estallar.

—Si ese perro muerde a mi muchacho, te lo habría hecho pagar caro —dijo—. Voy a ponerles una denuncia, voy a…

—Por favor, váyase —dijo la señora Philpot con repentino aire de cansancio—. Tengo mucho que hacer en la cocina.

—Me tomaré mi tiempo —dijo el señor Henning pomposamente —. No voy a salir así de pronto como si no hubiera pagado mis facturas.

—¿Ve usted esta espada, Henning? —dijo el abuelo súbitamente, recogiendo de la mesa el espadón que tanto le gustaba—. Una hermosura, ¿verdad? Los hombres de antaño sabían cómo tratar a sus enemigos, ¿no le parece? Blandían espadas como ésta, hacían

así y…

—¡Oiga, deténgase! ¡Es usted peligroso! ¡Casi me corta! —gritó el señor Henning presa de un pánico repentino—. ¿Quiere soltarla de una vez?

—No. Es mía. No voy a venderla —dijo el abuelo, blandiendo de nuevo la espada. Dio con ella en la bombilla que tenía sobre la cabeza y el cristal se rompió con un estampido. El señor Durleston abandonó al señor Henning y huyó de la cocina con la máxima velocidad. Tropezó violentamente con Bill, que estaba entrando en aquel momento.

—¡Cuidado, se ha vuelto loco, el viejo se ha vuelto loco! —gritaba el señor Durleston—. ¡Henning, véngase usted antes de que le corte la cabeza!

El señor Henning huyó también. El abuelo lo persiguió hasta la puerta, echando espumarajos por la boca, y los dos perros aullaban encantados. Todo el mundo empezó a reír inconteniblemente.

—Abuelo, ¿qué mosca le ha picado? —dijo el señor Philpot cuando el anciano blandió de nuevo la espada con los ojos brillantes y una ancha sonrisa en su arrugado rostro.

—No me ha pasado nada. Sencillamente que pensé que sólo con esta espada podríamos librarnos de esos individuos. ¿Sabes cómo los llamo? ¡Chatarra! ¡Qué lástima, podía habérseme ocurrido cuando estaba aquí! ¡Chatarra! Guillermo Finniston, ¿has oído eso?

—Ahora lo que tienes que hacer es soltar esa espada, no vayas a estropearla —dijo el señor Finniston, que sabía cómo tratar al abuelo—, y tú y yo nos vamos a la vieja posada para hablar sobre todo lo que tenemos que hacer respecto al hallazgo del tesoro. Te digo que primero sueltes la espada. No, abuelo, no voy a llevarte a la posada cargado con esa espada.

La señora Philpot lanzó un suspiro de alivio cuando los dos ancianos empezaron a descender por el sendero dejando la espada a salvo en casa. Ella se sentó y, para horror de los niños, se echó a llorar.

—No, no, no me hagáis caso —dijo cuando los gemelos corrieron hacia ella consternados—. Estoy llorando de alegría: por haberme librado de ellos, por saber que no tengo que andar ahorrando y escatimando, que no tengo que admitir a huéspedes.

Por pensar que vuestro padre podrá comprar la maquinaria agrícola que necesita y… ¡Oh, Dios mío, qué tonta soy comportándome así!

—Oiga usted, señora Philpot, ¿quiere que nos vayamos nosotros también? —preguntó Ana al darse cuenta de improviso que también ella y los demás podían ser calificados de huéspedes y eran una carga suplementaria para la buena señora.

—¡Oh, no, querida mía, en realidad vosotros no sois huéspedes, vosotros sois amigos! —dijo la señora Philpot sonriendo entre sus lágrimas—. Y lo que es más, no les voy a cobrar a vuestras madres un solo penique por teneros aquí, en vista de la buena suerte que nos habéis traído.

—Muy bien, nos quedaremos. También a nosotros nos gustará —dijo Ana—. No querríamos perdernos por nada del mundo ver las demás cosas que haya en esas bodegas del castillo. ¿No es verdad, *Jorge*?

—Desde luego —dijo *Jorge*—. Queremos verlo todo. Ésta es la aventura más excitante que hemos tenido nunca.

—Siempre decimos lo mismo —dijo Ana—. Pero la parte hermosa de esta última no ha terminado todavía. Podremos ir a ver trabajar a los excavadores con sus taladradoras. Podremos ayudar a trasladar todas las cosas antiguas desde los sitios donde están ocultas, nos enteraremos de los precios que dan por ellas y veremos el nuevo tractor. Sinceramente, creo que la segunda parte de esta aventura será mejor que la primera. ¿No lo crees tú así, *Tim*?

—¡Guau! —dijo *Tim*, y movió la cola con tanta fuerza que derribó a *Retaco*.

Bueno, ¡adiós, Cinco! ¡Disfrutad el resto de vuestras aventuras y pasadlo bien, y aseguraos de que el abuelo tiene cuidado con ese grande y antiguo espadón!

FIN



ENID BLYTON. Nació en 1897, en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan *Alicia en el país de las maravillas* y *Alicia a través del espejo* de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir

muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968, año en el que falleció. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.